EL GÉNESIS

DE LA

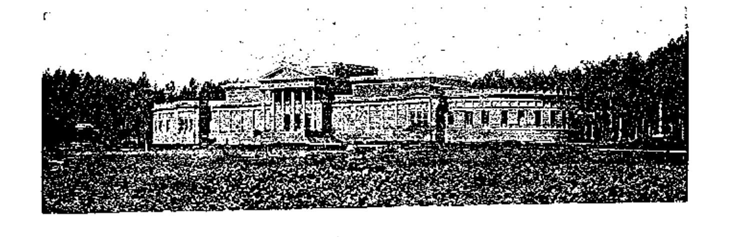
REVOLUCIÓN É INDEPENDENCIA

DE LA

AMÉRICA ESPAÑOLA

POR EL

Doctor ANDRÉS LAMAS

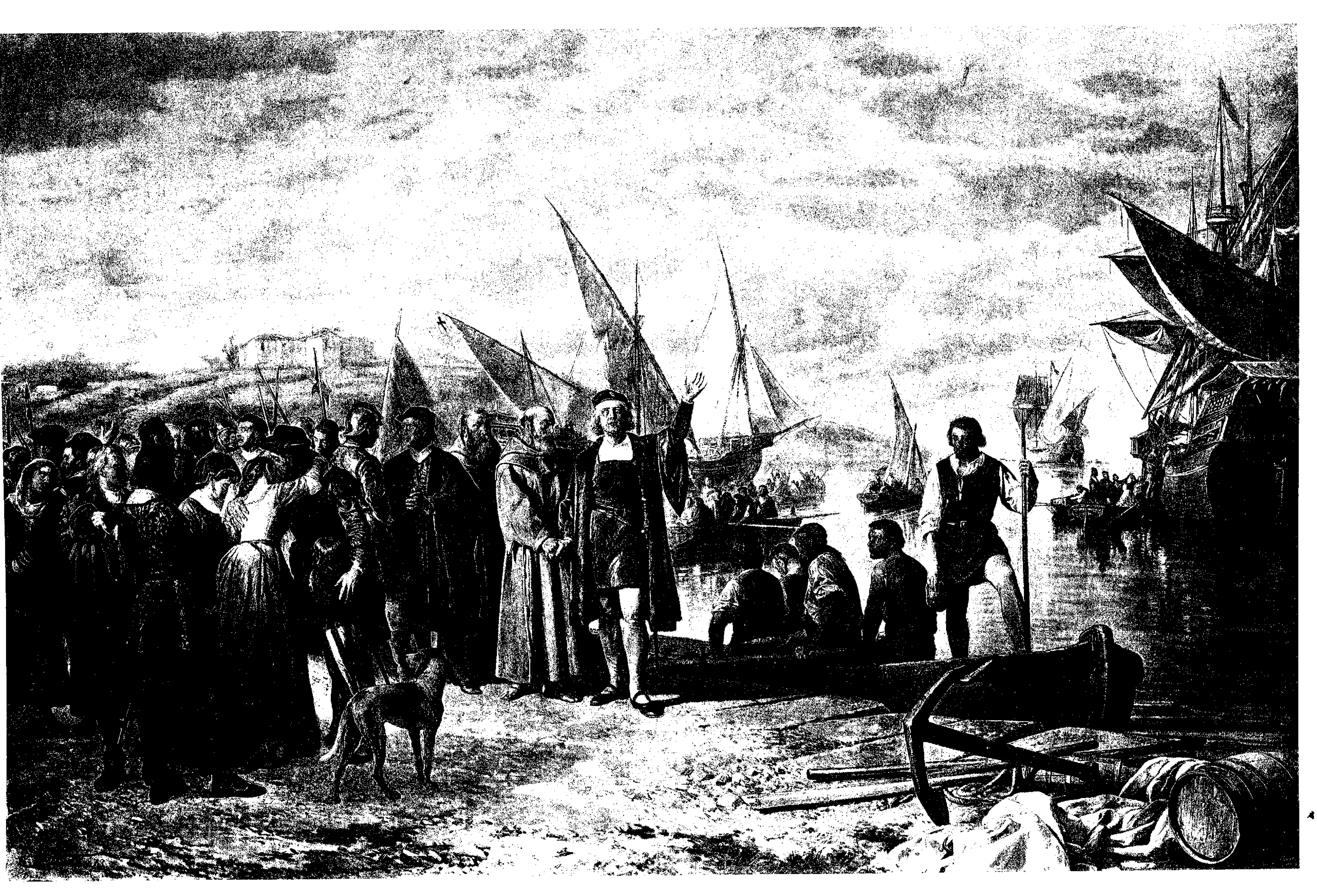


LA PLATA

TALLER DE PUBLICACIONES DEL MUSEO

BERNARD QUARITCH — LÓNDRES | FÉLIX LAJOUANE — BUENOS AIRES | ERNEST LEROUX — PARÍS

MDCCCXCI



EMBARQUE DE COLON

(PALOS DE MOGUER, AGOSTO 3 DE 1492)

CUADRO DE RICARDO BALACA — (MUSEO DE LA PLATA — DONACION DE J. B. SOSA)

HABIENDO ADQUIRIDO EN MIS LECTURAS EL CONVENCIMIENTO DE QUE LAS CAUSAS MÁS LEJANAS QUE HAN INFLUIDO EN LA UNIFORMIDAD DE LA REVOLUCIÓN EN TODAS LAS SECCIONES DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA, TIENEN SU RAÍZ EN LAS CONDICIONES EN QUE SE REALIZÓ SU DESCUBRIMIENTO, SU CONQUISTA Y SU ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA, ME HE DECIDIDO Á ENSAYAR EL ESTUDIO DE TAN INTERESANTE MATERIA, QUE REQUIERE SER TRATADA CON MÁS PREPARACIÓN Y CON MÁS TIEMPO QUE EL QUE PUEDO ACTUALMENTE CONSAGRARLE.

Y DEBIENDO DARLE UN TÍTULO Á ESTE LIGERO TRABAJO, ME HE DECIDIDO POR LA PALABRA GÉNESIS QUE, AUNQUE NO ADMITIDA TODAVÍA POR LA ACADEMIA EN LA ACEPCIÓN CON QUE ME PERMITO EMPLEARLA, ABARCA, POR SU AMPLIACIÓN ETIMOLÓGICA, EL ORÍGEN Y CONJUNTO DE FENÓMENOS SUCESIVOS CUYOS RESULTADOS PRODUCEN UN HECHO.

Andrés Lamas

Octubre de 1890.

Escrito espresamente para el Doctor Don Francisco P. Moreno

Andrés Lamas



Fig. 1. Indígenas americanos—facsimile del primer grabado que los representó (1497 á 1504)

LIBRO I

SUMARIO: — EL DESCUBRIMIENTO. — LOS INDÍGENAS. — PARA LA REINA ISABEL EL OBJETIVO PRINCIPAL DE LA CONQUISTA ERA LA CRISTIANIZACIÓN Y CIVILIZACIÓN DE LOS NATURALES DE LAS NUEVAS TIERRAS; PERO PARA LOS CONQUISTADORES, EL OBJETIVO ÚNICO, ERA LA ADQUISICIÓN DE LAS RIQUEZAS AURÍFERAS. — ILUSIONES Y DESENGAÑOS DE COLÓN. — ESCASEZ DE ORO Y DE BRAZOS EN LAS TIERRAS DESCUBIERTAS. — EL PODER REAL TRATA DE HERMANAR LA LIBERTAD Y LOS DERECHOS DE LOS NATURALES QUE RECONOCE, CON LA NECESIDAD DE OBTENER SU TRABAJO. — LOS REPARTIMIENTOS. — ATROCIDADES DEL GOBERNADOR OVANDO Y DE LOS CONQUISTADORES EN LA ESPAÑOLA Y EN LAS OTRAS ISLAS Y COSTAS DEL CONTINENTE INMEDIATO, PARA SOMETER Á LOS NATURALES AL TRABAJO FORZADO Y MORTÍFERO, POR LA VIOLENCIA, LLEVADA HASTA EL ESTERMINIO. — LA CONQUISTA ENTREGADA Á LOS AVENTUREROS PARA QUE LA HAGAN POR SUS MEDIOS Y POR SU CUENTA. — COMPAÑIA MERCANTIL ORGANIZADA POR PIZARRO PARA EL SALTEAMIENTO Y REPARTO DE LOS TESOROS DEL IMPERIO DE LOS INCAS. — DERRUMBE DE ESTE IMPERIO — LAS GUERRAS CÍVILES. — SEMILLAS DE LA CONQUISTA OPRESORA DE LOS AVENTUREROS.

I



Fig. 2. Armas de Colon

La idea de Colón, fundada en la esfericidad de la tierra, era buscar el *levante por el poniente* para pasar, navegando al Occidente, á las tierras del Gran Can (Asia Oriental, llamada India) ricas en especerias, diamantes y metales preciosos.

Esta idea, repudiada por las autoridades científicas y teológicas en las consultas doctorales á que se la sometió, fué, al fin, y despues de largo tiempo y de largas vacilaciones, acogida y patrocinada por la grande y piadosa Isabel que, impresionada por la sinceridad visible de las convicciones y del misticismo de Colón, tomó sobre sí, como acto personalísimo, la realización de la empresa, declarando que la aceptaba por la Corona de Castilla, y aún empeñaría sus joyas, si era necesario, en el caso de que su esposo, el Rey Fernando de Aragón, no tomase participación en los gastos que pudiera ocasionar.

Segun el contrato que los Reyes Católicos firmaron en Granada el 17 de abril de 1492, Colón tendría para sí y para sus sucesores el título de Almirante de todas las islas y tierras que descubriere, así como su Gobierno, con el cargo de Virey, y la décima parte de los productos, siendo, además, juez único en todos los asuntos que pudieran ocurrir sobre materias comerciales, etc.

Colón emprendió su portentoso viaje desde el puerto de Palos el 3 de Agosto de 1492, y en el dia perdurablemente memorable, 12 de Octubre del mismo año, descubrió y tomó posesión de una isla que los naturales llamaban *Guanahaní*, á la que denominó San Salvador.

Esta isla estaba situada en el que conocemos por archipiélago de Las Lucayas; y Colón fué sucesivamente descubriendo otras, desprovistas de cultura, á las que dió los nombres de Concepción, Isabela y Fernandina.

Navegando al Sur de éstas, abordó á la de Cuba *(Cubangú)* que denominó Juana. La tierra en que desembarcó era ondulada, con montañas, rios, llanuras y bosques, de vegetación tan vigorosa y tan densa que, como él mismo lo dijo, apenas se podían distinguir las hojas y las flores de cada árbol.

En presencia de esta magnífica vegetación en cuyo ambiente se aspiraban los más exquisitos perfumes, como era fama que acontecía en las tierras de las *especerías*, y con las noticias de sus exploradores que encontraban gentes más civilizadas, agrupadas en poblaciones que cultivaban la tierra, Colón creyó que había llegado á la extremidad del continente del Asia.

Pero en medio de tantas riquezas naturales, era escaso el oro; y buscando de preferencia este codiciado metal, guiado por las señas que le daban los indígenas de los parajes en que era más abundante, navegó al occidente, descubrió la isla de Haití, á la que denominó la *Española*, y desde ella al *Cibao* región montañosa al Sur de esta isla, á la que se dirigió, fondeando en la ensenada que llamó de Santo Tomás.

Amistosamente acogido y servido por los naturales de la *Española*, donde habia naufragado una de sus naves, la Santa Maria, que se estrelló en un escollo, resolvió regresar á Europa á dar cuenta de sus descubrimientos, dejando en aquella isla (con el consentimiento del Cacique que miraba en los españoles, aliados suyos contra sus enemigos los *Caribes* vecinos), un fuerte artillado con los cañones del buque perdido, y cuarenta hombres de guarnición al mando de Diego de Arana.

Colón volvía á España con la convicción, que conservó hasta su muerte, de que en este su primer viaje, al abordar á Cuba, había descubierto la extremidad del continente asiático. Para él, el *Cibao* era el *Cipango*, y Cuba ó Cubangú, el *Catay* de los geógrafos de la edad media.

Al regresar á Europa llevaba consigo algunos hombres naturales de las tierras á que llegara, muestras de los productos naturales, y lo que valía más, las observaciones de su sabiduría intuitiva.

Sobre estas observaciones me permito reproducir, en homenage al gran descubridor, el juicio de Humboldt:

« Entre los rasgos característicos de C. Colón merecen señalarse, sobre todo, la penetración « y la seguridad con que adquiría á primera vista una idea exacta de las proporciones, carácter « y cualidades de los objetos. Aunque desprovisto de instrucción y sin conocimientos de la física y « de las ciencias naturales, él abrazaba y combinaba los fenómenos del mundo exterior. A su « arribo á un mundo desconocido y bajo un cielo nuevo, observaba prolijamente la configuración « de los países, la fisonomía de las formas vegetales, las costumbres de los animales, la distri- « bución del calor, y las variaciones del magnetismo terrestre. Esforzándose por descubrir las « especerías de la India y el ruibarbo yá celebrado por los médicos árabes y judíos, por Rubruqui « y los viajeros italianos, observaba con cuidado escrupuloso las raíces, los frutos y las hojas « de las plantas. En el diario marítimo de Colón, y en sus relaciones de viaje se encuentran « planteadas todas las cuestiones que han ocupado la actividad científica en la mitad del siglo « XV y en toda la duración del XVI[1].

1 Cosmos — Tomo II — Segunda edicion francesa.



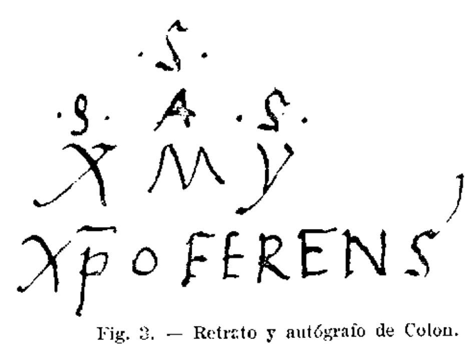


Fig. 3. — Retrato y autógrafo de Colon.

En presencia de los Reyes Católicos, que lo recibieron en Barcelona, como merecia, entre aplausos y honras extremas, Colon les expuso « las singulares mercedes que por su medio con- « cedió Dios á los pios monarcas. El espacioso « océano, cerrado antes á todos los mortales, ya « patente á las armadas de España: descubierto « en su seno el hemisferio de los antípodas, « ignorado del antiguo mundo; mares y tierras « maravillosas cuya dominacion cederia en in- « creible gloria y aumento de esta monarquia y « de la Iglesia Católica. En testimonio de sus « dichos les mostró varios objetos que habia « traido y estaban de manifiesto; tierras útiles « á la pintura, succino, piedras metálicas, algodon, « semillas, ramas y raices de plantas aromáticas « y medicinales, de áloe, de almáciga, de rui- « barbo, de púrpura, agí de varias formas y de « un picante superior á la pimienta oriental. Por « estos artículos que creía conocidos y bien cali- « ficados, y los rastros de las demás drogas y « especias, hizo ver las ventajas que habian de « resultar al comercio y al erario. Mayor ri- « queza prometió al manifestar cantidad de oro « en varias piezas, en granos y en polvo como « se cogía sin arte, con la segura esperanza de « las minas. Ponderó lo fértil del terreno, que á « poco cultivo rendía copiosamente el maiz, « la yuca, las batatas y otros mil frutos de los « europeos, de que presentaba alguna parte; no pudiendo dudarse que unas campiñas siempre « verdes y cubiertas de árboles frondosos y yerbas muy altas y lozanas darian con igual ven- « taja nuestros mantenimientos. Para más declarar la diferencia y novedad de las regiones descubiertas respecto del mundo conocido, exhibió ciertos géneros de animales extraños tanto « del mar como de la tierra, y cuarenta papagayos de muy vivos y variados colores. Despues, « llamando la atencion á sus isleños, que estaban presentes, discurrió sobre las condiciones y « costumbres de aquellas gentes, su rudeza, su simplicidad, candor y mansedumbre. Ofreció á la « vista y consideración sus adornos y atavios groseros, lo débil de sus armas, lo tosco « de sus utensilios y artefactos, cual de hombres salvages y desnudos, sin letras, sin ar- « mas, sin cultura y con pocas necesidades. Aunque en medio de tanta ignorancia y barbarie « observaba que no se había advertido entre ellos vestigio alguno de superstición ó idolatría, ántes « bien parecían todos persuadidos de la existencia de un supremo ser que morase en los cielos. De « ahí el mirar arriba en sus admiraciones y asombros, el creer á nuestros españoles bajados de lo « alto, el llamar *turey* á las cosas que juzgaban excelentes, como indicando que en el cielo estaba « el principio de toda excelencia y virtud, que descubrian buena razón y mucha docilidad y dispo- « sición para recibir la doctrina y fé de Jesú-Cristo. De donde concluyó haber reservado Dios á « los Monarcas Católicos no solamente los tesoros del mundo, pero un tesoro de más inestimable « precio en la infinita multitud de almas que debían reducirse al grémio de la Santa Iglesia »[1].

Si Cuba era, como lo creía Colon, el término del Continente Asiático, ó si lo que él había

1 Juan B. Muñoz — Historia del Nuevo Mundo — Tomo 1° y único.

descubierto era una región ó mundo nuevo, fueron las primeras cuestiones que, á todos, ocuparon y preocuparon desde luego.

La opinión de los sabios antiguos coincidia con la de Colon en cuanto á que por el occidente, era corta la distancia entre las costas de España y las de la India, y en la identidad de los papagayos recien conocidos, con los asiáticos que describe Plinio.

Al mismo resultado se llegaba por la comparación de los otros animales, de los productos y de los hombres, porque los que había traido Colon eran semejantes á los descritos por Marco Polo.

Confirmada por esas coincidencias y semejanzas la creencia de Colon, se dieron á las tierras por él descubiertas y demás que se suponían unidas á ellas el nombre de *Indias Occidentales*, y á sus naturales el de *Indios*, que ha prevalecido hasta nuestros dias.

Y como los portugueses tenian la prioridad de los descubrimientos, y los Papas le habían concedido á la Corona de Portugal todo lo que descubrieren desde el Cabo Bogador hasta la India, para evitar dificultades ulteriores, se recurrió á la Santa Sede, y el Papa Alejandro VI por Bula de 4 de mayo de 1493 concedió á los Reyes Católicos como donación perpétua para ellos y sus herederos todo lo que los españoles acababan de encontrar y descubrir, y en adelante encontraren y descubrieren hácia el Occidente y Mediodia. Su Santidad deslindaba esta donación por una línea imaginaria tirada de polo á polo desde un punto situado á cien leguas al Oeste de la Isla de los Azores y Cabo Verde. Esta línea indicada por las observaciones que contenía el diario del viaje de Colon sobre la descubierta del cambio de la declinación magnética y sobre el cambio del clima, le daba por base á la demarcación política de los descubrimientos, el meridiano físico que divide al globo en dos hemisferios, el Oriental y el Occidental. Con arreglo á esta división todo lo que descubrieren los españoles al Occidente y no estuviese poseido por cristianos, pertenecía á los Reyes Católicos; y al de Portugal le quedaba, con igual derecho, lo situado al Oriente de la mencionada divisoria.



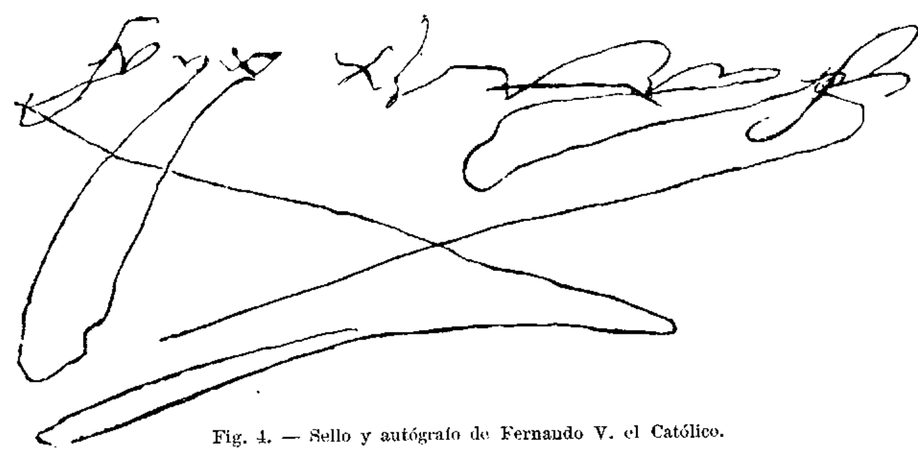


Fig. 1. — Sello y autógrafo de Fernando V. el Católico.

El fin primordial y supremo del descubrimiento y de la adquisición de los países de que se trataba, segun las declaraciones expresas y reiteradas de los Reyes Católicos, era «el de difundir la luz de la «cultura europea y de la Religión de «Cristo entre infinitas naciones bárbaras «é infieles»; y la donación de la Santa Sede que ha sido el título originario, y segun el derecho que acataban los Reyes Católicos, perfecto, de las propiedades que por esa donación adquirian, tenía por *condición* «la obligación de plantar y propagar la fé católica».

Esta condición impuesta por el alto poder espiritual que hacia la donación *motu propio* y no á solicitud de los Reyes Católicos (así lo espresa la Bula), las declaraciones de esos Reyes, que anticipadamente habian contraido la misma obligación que el donante les imponía, y los compromisos morales que Doña Isabel y el propio Colon habian tomado al emprender los descubri-

mientos, les garantizaban á los habitantes de las tierras descubiertas, y que se descubriesen, el tratamiento más humano y civilizador «porqué, como lo dice uno de los historiadores de la «época, debía ser el más sano y conforme al evangelio y espíritu del cristianismo, cuya potencia «consiste en la virtud de Dios, cuyas armas son la exhortación, la paciencia, los trabajos, y «cuya propagación debía procurarse en todos los tiempos por los medios únicos que enseñó su «divino amor y usaron sus discípulos é imitadores con asombroso fruto.»

Esto no excluia, en absoluto, las fuerzas, las armas y los medios materiales necesarios para realizar la conquista, para reprimir y repeler las resistencias y las agresiones materiales de los infieles, manteniendo la autoridad y el respeto del poder cristiano. Pero el espiritu del cristianismo circunscribía el uso de la fuerza material dentro de los límites de la necesidad legítima y del respeto de la libertad y del derecho humano; condenando, y esto sí en absoluto, el empleo de la fuerza que desconoce los derechos naturales del ser humano, que excede los límites de las necesidades legítimas, y que puesta al servicio de las codicias y de las sensualidades del mando y de las riquezas, violenta, oprime, tortura, tiraniza, esclaviza y extermina.

Tratóse desde luego del equipo de una gran armada con todos los elementos necesarios para continuar los descubrimientos y principiar la conquista, y los Reyes Católicos dieron órdenes á los puertos de Andalucía para que todos los navíos, con sus capitanes, pilotos, maestros y marineros, estuviesen prontos para servir en esa jornada; y á los receptores de tercias reales, al tesorero general de la Hermandad, y á otros varios en cuyo poder había caudales de la Real Hacienda, para que los pusieran en manos del jurado de Sevilla, Francisco Pinelo, comisionado para proveer á los gastos del armamento.



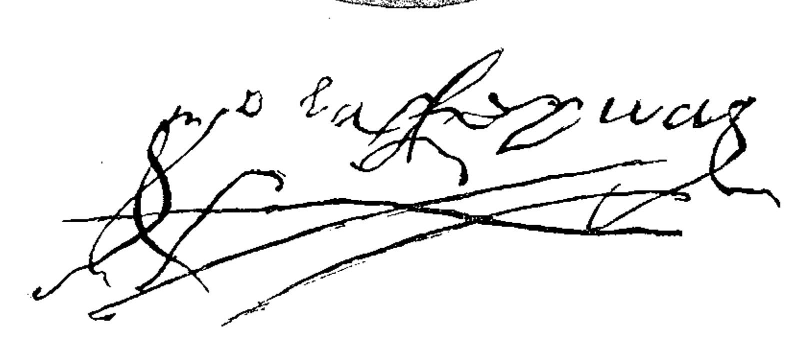


Fig. 5. — Sello y autógrafo de Isabel la Católica.

Además se mandó entregar cuanto en diversos pueblos de Andalucía y Castilla habíase secuestrado de alhajas, monedas y otros bienes que los judíos expelidos el año antecedente habían atentado sacar de España; y por último se autorizó á Pinelo para buscar prestado lo que faltare[1].

Los Reyes Católicos agotaron así todos los recursos pecuniarios de que pudieron disponer, confiados en que todos los sacrificios serían recompensados con creces, inmediatamente, por las riquezas auríferas de las tierras nuevas que iban á someterse á su dominación.

Concluidos los aprestos que llevaron bastante tiempo, el 25 de septiembre de 1493, emprendió Colon, desde el puerto de Cádiz, su segundo viaje con una armada de diez y siete naves en las que iban mil quinientas personas, y, entre ellas, criados de la Casa Real, caballeros é hidalgos, habituados á las emociones de las empresas arriesgadas, buscadores de peligrosas aventuras y de gloriosos hechos de armas, muchos aventureros plebeyos y no pocos especuladores que iban á probar fortuna en los criaderos de oro, de diamantes, de perlas y de ricas especerías que acababan de descubrirse.

Se embarcó como director de la conquista espiritual el Padre Fray Bernardo Boil, monge de Montserrat que gozaba de mucho valimiento

1 Ya vá dicho que la Reina Isabel habia declarado que estaba dispuesta á empeñar sus joyas en la empresa de Colon; pero esto no se hizo, porqué el Tesorero Sant-Angel prestó lo suficiente: de manera que para los armamentos de Colon, solo se dispuso de las alhajas de los expulsados judios.

en la Corte por su literatura, por la santidad de su vida y por su prudencia acreditada en las negociaciones con la Francia. S. S. lo invistió con el carácter de Vicario Apostólico, con facultades episcopales y cabeza de los otros eclesiáticos de ambos cleros de la expedición, entre los que se contaba el, despues tan célebre, Fr. Bartolomé de las Casas.

Las naves llevaban, además de las armas y caballos y abundantes provisiones de guerra y de boca, muchas mercaderias, bujerías ó rescates para la permutación con los indios, medicamentos, utensilios y herramientas de artes y oficios, toda clase de ganados y animales domésticos, trigo, arroz, sarmientos, caña de azucar, posturas y semillas de varias plantas y todo cuanto pareció útil propagar y multiplicar en la tierra nueva, ó se creyó necesario para la Colonia, para la conquista y para continuar los descubrimientos[2].

Pero de lo que más abundantemente iba provista aquella expedición, era de esperanzas é ilusiones halagüeñas, de ensueños de riquezas maravillosas de inmediata, fácil y segura adquisición.

Colon que habia incurrido en el error de creer que habia arribado á un extremo de las tierras fabulosamente ricas del imperio asiático del Gran-Can, lo trasmitió á los Reyes Católicos y á todos los que con él se aventuraron á conquistarlas. Pero él no habia descubierto, como creía, el extremo del continente de Asia; lo que habia descubierto era un mundo nuevo, que, á través del Océano se levantaba como una barrera entre las dos extremidades del mundo antiguo.

Los Portugueses, que, partiendo de su primer establecimiento en las costas del Malabar, recorrieron todo el sud-este de Asia hasta el Japon, encontraron las riquezas naturales esplotadas, acumuladas y preparadas para todos sus usos por el trabajo humano; pueblos civilizados, industriosos, acostumbrados al comercio y con las necesidades y los goces que esas condiciones producen, al paso que los españoles, que abordaron á las islas descubiertas por Colon, se encontraban con salvajes que ignoraban las artes más simples y necesarias, que vivian desnudos y se alimentaban de los frutos naturales, y no poseían ninguno de los hábitos, ni de las ideas que crea el contacto y el comercio con hombres de otras razas y de otros medios.

Existía el oro, pero para encontrarlo en cantidades que se acercasen á satisfacer las codicias que se habían despertado, era necesario buscarlo y extraerlo de las entrañas de la tierra.

La vegetación era riquísima, el suelo fértil pero á condición de que lo regase el sudor del cultivador constante é inteligente.

Los indígenas eran mansos como los describía Colon ante los Reyes Católicos, pero á su regreso á la *Española*, el fuerte que alli levantó estaba arrasado, y Diego de Arana y los soldados que con él lo guarnecían habian sido muertos.

Por el momento este hecho aunque mal esplicado, no cambió el primer juicio de Colon, y pareció confirmarlo la buena voluntad con que los indígenas cooperaron á los trabajos de una ciudad que se denominó la *Isabela*, situada en una vega junto al mar, abundante de pesca, de terreno fértil con capas de piedra, con facílidad para conducir agua en acequias, y que los indios decian poco distante de los grandes criaderos de oro del Cipao. Los trabajos se llevaron á cabo con ahinco. El dia de la Epifanía, 6 de enero de 1494, yá hubo templo en que se celebró misa solemne con trece eclesiásticos: los edificios públicos se construyeron de material con suma presteza, y con igual diligencia procuró cada uno de los vecinos, disponer su casa, barraca ó choza de madera, cubierta de yerbas ó de ramaje. Plantábanse al mismo tiempo diversas semillas que fructificaban con extraordinaria prontitud y lozanía.

La primera Ciudad de la Colonia estaba fundada, pero ella ni aun modificaba la realidad de la situación que era la siguiente:

Habíanse embarcado para Indias con el entusiasmo de encontrar el oro acumulado en las mismas playas, y desvanecida está ilusión y caidos de ánimo por las privaciones que sufrian, el dolor de la esperanza engañada despertaba en unos el deseo de volverse á España, y predisponía á otros á desobediencia contra los que no los sacaban de aquellas aflicciones y penurias.

2 Hé tomado en buenas fuentes, copiandolos, los detalles que no se avienen bien con la naturaleza de este trabajo, porqué en ellos encuentro el punto de partida de los desaciertos que cambiaron, por entero, el caracter, los medios y los resultados de la conquista.

La insalubridad de las tierras bajas, calientes y húmedas, y el seguir comiendo en tierra, despues de tres meses de navegación, carnes saladas y demas vituallas, de España, añejas y en parte corrompidas, les ocasionaban las calenturas que llamaban «ceciones.»

La tierra era fértil, como vá repetido, pero los que la labraban muy pocos, y estos más espuestos que los otros á las postraciones de las fiebres intermitentes, de manera que todavia no podía contarse con los productos de la tierra para el consumo de una colonia de más de mil hombres cuya subsistencia quedaba dependiente de la que le viniese de España.

Bajo este aspecto la situación era apremiante, casi desesperante sobre todo para Colon que era el que mejor sabía que las epidemias habian consumido los medicamentos, sucediendo lo mismo con los regalos que servían para permutar con los indios, frutos comestibles : gran parte del vino se había derramado durante la navegación por las malas condiciones de los toneles ; y el que quedaba estaba á punto de acabarse : habia escasez de carnes porqué las acecinadas no habian sido de provecho, y la habia de las demas vituallas. Mucha gente habia sin armas, aun de los que debían llevarlas. De los caballos, en que consistía la mayor fuerza de los españoles por el terror que infundían en los indios, no fueron más que veinticuatro, y era menester mucho mayor número.

Todo esto tenía que pedirse á España, y con urgencia, por las doce naves que habian terminado su descarga, y que solo podian llevar muchas noticias lastimeras y desalentadoras, poco oro, y pocas muestras de nuevos productos naturales.

En tan crítica posición y sabiendo hasta donde eran escasos los recursos pecuniarios, le asaltó la idea, execrable, de esclavizar á los indios Caribes, ya para granjearse el amor de los indios mansos, yá principalmente, para aliviar al erario real de las cuantiosas erogaciones que su empresa le imponía.

En el Memorial para los Reyes que dió á Antonio de Torres, en 30 de enero de 1494, decía Colon.

«Direis á sus Altezas que el provecho de las almas de los dichos caníbales, y aún destos «de acá, ha traido el pensamiento que cuanto más allá se llevasen, sería mejor. Sus Altezas «podrán dar licencia y permiso á un número de carabelas que trayan acá cada año ganados y «otros mantenimientos y cosas para poblar el campo, en precios razonables, las cuales cosas se «*podrian pagar en esclavos de estos caníbales,* gente tan fiera y dispuesta y bien proporcionada y «de muy buen entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad creemos que serán «mejores que otros ningunos esclavos».

En la nave que llevaba esta propuesta para establecer periodicamente el cambio de criaturas humanas por ganados y mercaderias, se enviaban ya varios caribes, hombres, mujeres y niños: más adelante en las naves que salieron de Haití el 24 de febrero de 1495 se embarcaron quinientos indios, reducidos á la esclavitud; y al regresar á España de su segundo viaje, el mismo Colon llevaba treinta esclavos, entre los que se encontraba el poderoso cacique de Haití, Caonabo, de raza caribe, que murió en la travesía; y como Colon, llevaron otros los esclavos indios que tenian para su servicio personal en la nueva Colonia, y entre los que los llevaron á España se contaban los eclesiásticos, y, entre estos, al mismo Fr. Bartolomé de las Casas.

Llegados á España los primeros indios esclavizados, por Carta Real de 12 de abril de 1492 se le ordenó al obispo Fonseca, encargado de los asuntos de Indias, «que la venta se hiciera «en Andalucia porqué allí sería más lucrativa que en ninguna otra parte»; pero Doña Isabel, en cuyo magnánimo corazon los tiernísimos sentimientos de su sexo se sobreponían, con frecuencia, á las ideas y á las crueldades de su tiempo, se arrepintió de haber firmado tal mandato y obtuvo que el Rey consorte conviniese en revocarlo, como se hizo en 16 del mismo abril, nombrándose una junta de letrados, teólogos y canonistas á quienes se consultaba si era lícita y podía hacerse con buena conciencia la venta de los esclavos.

Los consultados no pudieron ponerse de acuerdo; hubo diversidad de opinion, disputas acaloradas y la controversía se hizo interminable. Cuarenta años despues todavía no estaba evacuada la consulta.

La esclavitud era un hecho cuyo orígen se perdía en la oscuridad de los tiempos prehistóricos: por su persistencia y por su generalidad había adquirido el carácter y la fuerza de una base social sobre la cual habíase levantado la organización política y económica, tanto en Grecia como en Roma. Los jurisconsultos romanos más iluminados por la claridad de la razón humana, reconocian con Séneca, que la esclavitud era un hecho *contra natura*, pero la legitimaban con Aristóteles, como una necesidad social y la admitían y consagraban como una institución del derecho de gentes.

Este era el hecho y el derecho preexistentes, poderosos por su arraigo y su universalidad, cuando Jesú-Cristo predicaba su doctrina redentora. Desde que Dios era el padre de todos los hombres, y desde que estos, que eran hermanos, debían amar á Dios sobre todo y al prógimo como á sí mismos, de esas premisas fluía clara, evidente, la condenación de la inicua desigualdad que se denominaba esclavitud.

Pero como en el Evangelio esa condenación no era esplícita, la Iglesia no dedujo desde luego las consecuencias de su doctrina, sin duda porqué las grandes transformaciones no son súbitas, y los gérmenes de las doctrinas nuevas se desarrollan progresiva y paulatinamente.

El hecho es que los discípulos de Cristo, la Iglesia que ellos fundaron, la Griega, y las mismas sectas protestantes no pronunciaron la condenación explícita de la esclavitud, limitándose á suavizarla, lo que ha sido, en definitiva, uno de los medios más eficaces que, con el auxilio del tiempo, y de la mejor comprensión de los intereses económicos, han preparado su extinción.

Algunos de los Doctores de nuestra Iglesia, trataron de esplicar el hecho secularísimo que quedaba subsistente, con su propio criterio que, como humano, no podía dejar de ser falible.

San Agustin, sin salir de las regiones del ascetismo puro, decia: «que el órden de la naturaleza había sido trastornado por el pecado, y que al pecador se le había impuesto el yugo de «la esclavitud. En el órden natural, creado por Dios, agregaba, nadie es esclavo del hombre ni «del pecado: la esclavitud es una pena.»

Pero Santo Tomás de Aquino arrastrado por la corriente de las ideas, y de las conveniencias mundanas que primaban en su epoca, llegó hasta admitir, en contradiccion con San Agustin, «que la naturaleza ha destinado cierta clase de hombres á la esclavitud, como lo prueban las «relaciones que fisica, y moralmente subordinan unas cosas á las otras.»

En esta situación de la doctrina cristiana y admitida universalmente la esclavitud como hecho lícito y como necesidad y conveniencia social, la bula del Papa Pio II que en 1462 censuraba á los cristianos portugeses establecidos en Guinea por reducir á los neófitos negros á la esclavitud, y los anhelos y los actos de Doña Isabel, la Reina Católica, por mantener la libertad de los naturales del nuevo mundo, son hechos en el más alto grado meritorios, pero que siendo individuales, ni siquiera libertaban á los mismos que los practicaban, de la necesidad de contemporizar y aun de transigir con lo que no tenían fuerza para impedir ó contener.

Esto le aconteció á la Reina Católica. En todo el tiempo que tuvo de vida, y en su propio testamento, ella mantuvo, como principio legal, la libertad de los naturales del nuevo mundo incorporados á su corona; pero en el hecho ella viose obligada á imponerles el trabajo forzado, como medida imperiosa de órden y de interés público.

Colon, persuadido de que, como lo decian las instrucciones que de los Reyes Católicos, habia recibido «*las cosas espirtuales sin las temporales no pueden luengamente durar*» dominado, enceguecido por el afanoso empeño, yá que, de pronto era escaso el oro, de proporcionar los recursos pecuniarios, que á los Reyes pudieran faltarles, llegaba hasta esclavizar á sus semejantes, habia limitado esa inhumana aberración á los *caribes* antropófagos y enemigos de los indios mansos, que eran la gran mayoría; pero esa limitación no podia satisfacer á los españoles que lo acompañaban.

Los caribes iban á venderse á Europa para aumentar los recursos oficiales y no era eso lo que ellos necesitaban, lo que ellos querían. Tenian la tierra pero faltábles disponer, sin reato, de

los brazos de todos los naturales, no solo para sacar de ella su alimentación por la labor agrícola, sino, principalmente, para descubrir los terrenos auríferos, y para esplotar las minas, para extraer y apoderarse del oro; del oro! que era el único ideal, el único objeto con que habian ido á aquellas regiones.

Colon resistía á estas pretensiones: para satisfacerlas debía condenar á los naturales al trabajo forzado, á la servidumbre: y como los naturales la resistirian, ó huirían, habría que someterlos por la fuerza, por la guerra, por el terror, por la cacería de seres humanos.

Los descontentos pasaron de las malquerencias y enemistades personales, á las conspiraciones y sublevaciones contra la autoridad que Colon investía; y como acontece cuando esos estremos se tocan, no respetaron sus méritos eminentes, sus canas, ni siquiera sus intenciones, que solo Dios podía conocer y juzgar.

Intentó Colon aquietarlos y aún conciliarlos por medio de concesiones parciales, y algunas muy condenables, como, por ejemplo, la que les daba esclavos para su servicio personal, pero nada parcial podía satisfacerlos.

De ahí los primeros relámpagos de la guerra civil, inevitable, al fin, entre tantas ambiciones desenfrenadas, y los primeros choques entre el Adelantado D. Bartolomé Colon para poner, por una parte, en respeto á los españoles desobedientes, y por la otra, para someter á los naturales que se sublevaban contra la opresión que empezaba á pesar sobre ellos.

En España, la Reina Isabel desaprobaba á Colon porque esclavizaba á los indios, y los españoles de la nueva Colonia le acusaban ante la misma Señora, de que «no permitía que los «indios sirvieran á los cristianos, y los acariciaba para hacerse independiente con su apoyo, ó «bien *para formar una liga con algun príncipe*».

En la nueva Colonia, las rebeliones de Roldan, de Mojíca y de Ojeda, que combatían abiertamente á Colon, lo imposibilitaban para dominar las dificultades naturales de la empresa, cuya responsabilidad llevaba, creándole otras nuevas; y en España, sin hacerse cargo de esas circunstancias ó aprovechándolas personajes tan altamente colocados como los tesoreros de la Corona, el Obispo Fonseca, y el propio Vicario de Indias, el P. Boil, le acusaban por el malogro de todas las esperanzas que él mismo había creado, y por el descrédito de esta empresa grandiosa en la que estaban comprometidos los intereses y los prestigios de las coronas de Castilla y de Aragon.

El descrédito de los negocios de Indias, porque en ellos no podía cosecharse el oro sin rudas penalidades y trabajos, era tal que hasta los más menesterosos aventureros que ántes se afanaban por obtener como gracia muy solicitada por los mismos hidalgos, un lugar en las naves de aquella carrera, huían de ellas, poniendo á los Reyes en la necesidad de suplir la falta de voluntarios por un medio, que, no por haber sido adoptado por todas las naciones hasta nuestros propios dias, ha dejado de ser siempre un contrasentido, una inmoralidad, una lepra social.

En efecto, los Reyes Católicos ordenaron á todos los tribunales y jueces, que, á cualesquiera reos de ambos sexos, dignos de destierro á una isla ó fuera de sus reinos, ó bien destinados á trabajar en minas, les conmutasen la pena, destinando á la nueva Colonia por diez años á quien mereciese destierro perpétuo, y por la mitad de su tiempo á quien lo tuviese determinado.

Además de esto, se expidió y públicó un perdon general á todos los malhechores, con tal de que dentro de cierto plazo se presentasen para embarcarse con destino á Indias y servir allí, por dos años los que tuvieren pena de muerte, y por uno los que la mereciesen menor.

La reducción de la penalidad era una forma vana, aunque decorosa, porqué en el estado casi inorgánico, de la nueva colonia, no era practicable, y, en el hecho, los criminales se incorporarian libremente á los aventureros que los habián precedido.

Consigno estos hechos porqué ellos aclaran y precisan la situación.

Para aprovechar la fertilidad y los ricos productos del suelo en la latitud en que se encontraba

la nueva colonia, y, sobre todo, para el trabajo de las minas y de los lavaderos de oro, los españoles necesitaban disponer de los naturales como instrumentos de trabajo, y no prestándose ellos de buen grado á esa servidumbre, habria que imponérsela por la fuerza: si no se les imponía, España no podia suplir tamaña necesidad con trabajadores libres, como el hecho que acabo de relatar lo comprueba, y si acometiendo lo imposible, emprendía enviarlos violentados, aun consiguiéndolo, el número sería muy reducido, y este mismo sería diezmado por las enfermedades endémicas que entre no aclimatados se generalizan, y devastan como las epidémicas.

Estaban, pues, los Reyes católicos, en el nuevo mundo, en presencia de la necesidad de encontrar el medio de conciliar la labor y la explotación de la tierra con el derecho y la libertad humana. Pavoroso problema, — todavía hoy sin solución completa y definitiva — que, como en el estado natural, somete los más debiles, hombres ó bestias, al dominio y á la servidumbre de los más fuertes.

Aristóteles, esplicando esta iniquidad, dice que « la esclavitud es una necesidad social como parte integrante ó instrumento de la existencia de la familia; pero que para que la propiedad produzca estos efectos por el uso, ella necesita, á su vez, instrumentos suyos; que estos son animados é inanimados; que los animados son los *animales domesticables* y *los esclavos,* y que los unos como los otros nos ayudan con sus fuerzas corporales á satisfacer las necesidades de la existencia. »

Los esclavos eran hombres, y, por consiguiente, la base de la organización social continuaba siendo, esencialmente, la misma del estado nativo, con la única diferencia de sustituir el imperio de la fuerza colectiva al de la fuerza individual; de ahí los Ilotas, los parias de los griegos, los esclavos y la plebe de los romanos; el vasallaje y las servidumbres de la edad media que fué el dominio y la anarquía de los señores territoriales; y, por último, la constitución de la sociedad moderna que asienta en la desigualdad de los hombres, en su división en nobles y villanos, en señores y en siervos de la gleba, ó sea en libres que monopolizan la tierra que era el patrimonio comun, y en esclavos adheridos á ella para cultivarla.

Era esta la organización en toda la Europa, y de ella emanaba el poder y la encumbrada gerarquía de los Reyes, y á ella tenían que amoldar todos sus actos, contemporizando, como con la esclavitud lo hacían los Doctores de la Iglesia cristiana.

La Reina Isabel mantuvo siempre, resistiendo á cuanto le rodeaba, la libertad de los indios, prohibiendo que los esclavizaran y vendieran como esclavos; pero para conservar sus posesiones de ultramar, aumentando su población y el trabajo de sus minas, lo que no era hacedero sin el concurso personal de los naturales cuya conversión á la fé cristiana se facilitaría por el contacto diario con los cristíanos, despues de consultar con los teologos y políticos de mejor nota, se decidió á tomar un término medio, que en su candidez creía posible, y lo estableció en la Provision Real firmada en Medina del Campo á 20 de diciembre de 1503 en los siguientes términos:

« En la instrucción que mandamos dar al comendador D. Frey Nicolas de Ovando, ordenamos « que los indios, vecinos y moradores de la isla Española, *fuesen libres* y *no sujetos á servidumbre:* « mas agora soy informada que *á causa de la mucha libertad* que los dichos indios tienen, huyen, « y se apartan de la conversión y comunicación de los cristianos, no quieren trabajar, y andan « vagamundos, ni los pueden haber para las doctrinas y traer á que se conviertan á nuestra santa « fé católica, que á esta causa los cristianos que están en la dicha isla, y viven y moran en ella, « no hallan *quien trabaje en sus grangerias y mantenimientos ni les ayuden á sacar y coger el oro* « *que hay en la dicha isla,* por lo cual os mando á vos el dicho Gobernador, que en adelante « *compelais* y *apremieis á los dichos indios* que traten y conversen con los cristianos de las dichas « islas, y *que trabajen en sus edificios, en coger y sacar oro,* y *otros metales y en fazer grangerias* « *y mantenimientos para los cristianos vecinos y moradores de la dicha isla;* y fagais pagar á cada « uno el dia que trabajare el jornal que determineis, tratándolos como personas libres, *como lo son,* « y no como siervos. »

Los trabajos forzados á que no estaban acostumbrados, y algunos penosísimos como los de

las minas, en localidades insalubres como los estrechos valles auríferos, el alejamiento de los sitios en que tenían á sus mujeres é hijos, y dependientes de todo, hasta de la designación del salario, de la voluntad de estraños, soberbios y violentos, que los trataban sin miramiento, sin conmiseración y los azotaban por la más leve falta, era, para los malaventurados indios, más que la servidumbre, la esclavitud más absoluta y aniquiladora. La conversión á la fé cristiana se reducía á la fórmula del bautismo.

El término medio entre la esclavitud y la servidumbre que habían imaginado los Reyes Católicos, no podía tener — y no tuvo — existencia práctica, ni entonces ni despues, ni en la isla Española ni en ninguna otra parte del nuevo mundo.

Todo lo que en las provisiones Reales era favorable á los indios, en la práctica les fué funesto. Por ejemplo, los indios eran *legalmente libres*, y por esta condición vinieron á encontrarse más maltratados que los *esclavos negros* cuando éstos se introdujeron. Un indio muerto se reemplazaba por otro sin gasto pecuniario, al paso que la muerte de un esclavo negro era una pérdida efectiva de dinero; y como la adquisición del dinero — el oro — era todo para aquellos hombres que se denominaban cristianos, tuvieron por los negros miramientos y cuidados que nunca dispensaron á los indios.

Estas son las condiciones en que colocaron á los indígenas del nuevo mundo los *repartimientos*, las *encomiendas* y la *mita*.

Colon encontró indios mansos con los que le era posible entenderse y que cooperaron á la fundación de la Española; pero que violentados huyeron y resistieron y ya no podían ser sometidos á los trabajos forzados que iban á imponérseles más que por la fuerza material; y, para colmo de desdichas, esa fuerza no estaba morigerada por el espíritu del cristianismo, ni por la cultura y suavidad de las costumbres.

La Europa apenas había salido de la edad media, en la que todo, hasta el juicio de Dios, se solicitaba y se decidía ó alcanzaba por el poderío ó azar de las armas.

Las costumbres, en las que imperaban las tradiciones feudales, eran todavía rudas, altaneras, violentas. Y el fanatismo que, desequilibrando las facultades humanas, oscurece y trastorna la razón, sustituía la predicación y el proselitismo evangélico, que es la fuerza invencible de la Iglesia de Cristo, por la fuerza perecedera de las armas de los hombres que guerreaban á los infieles, ó los quemaban en las hogueras de la Inquisición.

Los conquistadores del nuevo mundo eran, y no podían dejar de ser, hombres de su época, de costumbres rudas, de hábitos violentos, de fanatismos ciegos, cruentos, implacables.

Estos hombres, aguijoneados además por la avaricia, que no se detiene ante ninguna barrera moral, no podían detenerse ante el derecho ni la vida de los infieles.

Desde que el trabajo forzado de los indios, la fijación arbitraria de los jornales (que eran mezquinos y quedaban impagos) y la facultad de trasladarlos á las partes más distantes de la isla, separados de sus familias, se establecieron como instituciones legales, Ovando les impuso á los Caciques la obligación de entregar en la localidad que se les señalaba, el número de trabajadores que se les requería, bajo pena de ser compelidos por la fuerza y por el arrasamiento de sus chozas y de sus sembrados.

Los Caciques que siquiera vacilaron en el cumplimiento de lo que se les prescribía, fueron castigados hasta con la muerte, y los indios de las tribus maltratados por los hombres de armas, pisoteados por los caballos y mordidos por los perros que llamaban de *ayuda*, eran arreados como bestias.

El miedo produce la obediencia, y los indios fueron por millares á trabajar en las minas y lavaderos de oro, donde agobiados por trabajos que mal podían resistir, con malos y escasos víveres, y diezmados por las enfermedades, morían tambien por miles.

No me cabe historiar las atrocidades del Gobernador Ovando, pero para caracterizarlo, cópio de un historiador los siguientes episodios:

« El Gobernador dispuso una campaña á la provincia de Jaragua, cuyos habitantes manifestaban

mayor energía que los del resto de la isla. Llevaba consigo trescientos infantes bien armados y setenta ginetes. Por muerte del Cacique, mandaba allí una hermana suya llamada Anacaona, la cual recibió á los castellanos con amistosa benevolencia. Ovando, con todo, creyó notar cierto disimulo en esta favorable acogida, y dispuso la ejecución de un pérfido golpe de mano. Anunció un gran torneo en que los ginetes iban á mostrar su habilidad simulando un combate. Los indígenas acudieron en gran número al lugar designado para asistir á un espectáculo desconocido.

«A una señal dada por Ovando, sonaron las trompetas, los soldados desenvainaron sus espadas, y en vez de dar principio al simulacro del combate, cargaron sobre los indios inermes y desarmados. La matanza fué atroz: los agresores no reparaban para herir ni en sexos ni en edades. Los señores principales que estaban cerca de Anacaona fueron salvados de la carnicería para sufrir una suerte peor: encerrados en una choza, y amarrados á los postes, les aplicaron los tormentos más horribles para arrancarles sus declaraciones. Los sufrimientos les hicieron proferir algunas palabras contra la infeliz india, y entonces los españoles prendieron fuego á la choza para que los prisioneros perecieran quemados. Anacaona fué conducida á Santo Domingo, cargada de cadenas, y ahorcada en la plaza pública. El castigo de los indios que escaparon de la matanza ó no habían concurrido á la citación, se continuó durante seis meses.»

Desesperados los indios de Higerey, dieron muerte á algunos españoles, lo que les trajo una guerra de esterminio en que fueron fácilmente vencidos por la táctica y las armas de los europeos. Los castigos y las venganzas de Ovando excedieron todas sus crueldades y se prolongaron por mucho tiempo, hasta que los indios aterrorizados se resignaron á su destino por la más sumisa obediencia.

Segun los testimonios contemporáneos, en siete meses ahorcó ó quemó ochenta caciques.

Refiriéndose á estas atrocidades, le decía Colon á su hijo don Diego, en carta de 1º de Diciembre de 1504: «Cosas tan feas, con crueldades tan crudas, jamás fué visto.»

Los repartimientos, dotando de abundantes brazos á la minería y al cultivo del suelo, extraían cantidades de oro relativamente considerables y adelantaban las plantaciones, que, como las de la caña de azúcar, ofrecían más prontos y valiosos productos; los colonos se enriquecían: las rentas de la Corona acrecieron, y la noticia de estos resultados engrosaba la corriente de aventureros que desde las playas de España se dirigían á las del nuevo mundo. Llegó á doce mil el número de españoles, pero los brazos de los trabajadores, que eran los indios, escaseaban, porque los trabajos forzados, las violencias, las miserias de todo género, y la guerra de exterminio, habían aniquilado á la poblacion indígena. Se calculaba en un millon cuando se descubrió la isla, y quince años despues no excedía de sesenta mil.

Para suplir los vacíos que les dejaba la muerte de sus víctimas, se apoderaban de los Caribes clasificados como caníbales, cuya esclavitud se había consentido, y que más adelante fueron marcados con hierros candentes como lo hacían los portugueses con los negros, y se autorizaron las expediciones á las pequeñas islas adyacentes, que denominaban *inútiles,* para transportar sus habitantes á la Española, donde eran *repartidos*.

Evidenciado el provecho que podía sacarse del trabajo forzado de los indígenas, el Rey Fernando, ya viudo, principió á recompensar los servicios á las adulonerías de sus súbditos, con lo que llamaron *mercedes de indios*. Yá no fué entónces necesario venir personalmente al nuevo mundo para adquirir la donación de cierto número de indios, porque para conquistarla bastaba tener valimiento en la Córte.

Este sistema que, como se ha visto, suprimía la libertad natural y legal de los indígenas y, bien lejos de atraerlos los alejaba de la conversión á la Religión Católica, objetivo legítimo y ostensible de la conquista, era, sin embargo, el único compatible con la índole, los hábitos y las codicias impacientes de los conquistadores, y el único tambien que podía darles, y les dió, la explotación de las minas, y satisfizo las más urgentes necesidades de la naciente industria de sus primeras colonias, la Española, Puerto Rico, Cuba.

Tales resultados acreditaron el negocio de Indias, y el sistema que los produjo fué implantado

en la inmensa extensión que abarcaron los descubrimientos y las expediciones de los españoles en el nuevo mundo, desde los 37° 48′ de latitud S. hasta los 41° 43′ de latitud N.

Las expediciones dejaron de hacerse por cuenta de los Reyes, limitándose éstos á autorizarlas, concediéndoles á los que las verificaban la gobernación de las tierras que descubrieran ó conquistaran.

Así, un mundo entero sobre el cual los Reyes no tenían otro título de dominio que la donación que les hizo la bula de Alejandro VI con fines esencialmente espirituales y civilizadores, fué entregado por ellos á aventureros sin responsabilidades morales ni sociales, sin nociones de gobierno ni de administración, sin espíritu verdaderamente cristiano porque eran fanáticos y consideraban no solo lícito sinó meritorio ante Dios y ante los hombres, el esterminio de los infieles por el hierro y por el fuego.



Fig. 6. — El Papa Alejandro VI.

II

Por estas concesiones reales, los que las obtenían estaban facultados para armar á los hombres que reunieran, y para hacer la guerra á los naturales del nuevo mundo que resistieran la conquista de sus tierras; pero la falta de carácter y de la autoridad inherente á la gerarquía militar no les permitía á los concesionarios ni siquiera establecer y conservar la armonía y subordinación de los aventureros que los acompañasen, porque éstos no tenían entre sí, ni con el jefe que los mandaba, ningun otro vínculo que la parte que debía caberles, si les iba bien, en el reparto del botin que se proponían adquirir por el esfuerzo comun.

El siguiente episodio histórico caracteriza bien las empresas sin carácter ni responsabilidad oficial que entonces se emprendían :

En la primera tentativa sobre el Perú, hallándose abrumados por las fatigas y miserias que iban soportando, los soldados se desalentaron, y Pizarro, para reaccionarlos, no invocó ni la Religión ni el Rey, y trazando con su espada una línea recta de este á oeste en la arena de la playa, volviéndose al sud les dijo : «Por aquí se vá al Perú á ser ricos»; y en seguida señalando al norte agregó: «Por acá se vuelve á Panamá á ser pobres». Solo trece hombres pasaron la raya para ir adelante con su Jefe, y, por entonces, la empresa fracasó.

El que dijo, y los que oyeron aquellas palabras, no eran soldados, porque los que lo son, ván, sin vacilar ni murmurar, por áspero y peligroso que el camino sea, á donde vá la bandera que juraron, á donde los lleva su Jefe, conservando en la mala como en la buena fortuna, la disciplina militar que mantiene la unidad y el honor de las armas.

Los hombres de Pizarro solo pueden considerarse como sócios industriales de una empresa ó salteamiento que debía realizarse á mano armada, de que él era jefe ó sócio capitalista, y en la que todos habían entrado para salir de pobres; y siendo este el único ideal de todos y de cada uno, el vínculo que los ligaba era fragilísimo, como es siempre frágil el que anuda el solo interés pecuniario, porque la pérdida de la confianza en el éxito ó en la persona que dirige el negocio, lo desata ó lo quebranta fácilmente.

Las agrupaciones de ambiciones ó codicias personales, son, por su propia naturaleza, esencialmente anárquicas, subversivas. Y esos caracteres han tenido en mayor ó menor grado, todas las expediciones en la primera época de la conquista.



Fig. 7. — Vasco Nuñez de Balboa

Las grandes personalidades, descollantes en esa época, Vasco Nuñez de Balboa, Hernan Cortés, el mismo Pizarro, realizaron los grandes hechos que han vinculado sus nombres al descubrimiento del mar Pacífico y á la conquista de los imperios de Méjico y del Perú, suplantando á sus jefes, ó apoderándose de sus elementos por actos irregulares, propiamente de insurrección.

Acabo de nombrar á Méjico y al Perú, nacionalidades que tenían organización social y gobiernos regulares, instituciones militares y civiles, industrias y artes, leyes agrarias que promovían y metodizaban el trabajo, agriculturas florecientes, obras públicas, palacios, templos, acueductos.

Había allí una civilización inferior, sin duda, á la de los europeos, pero que imponía, cuando menos un tratamiento bien distinto del que cruelmente se observaba con las tribus atrasadas, desnudas y nómades.

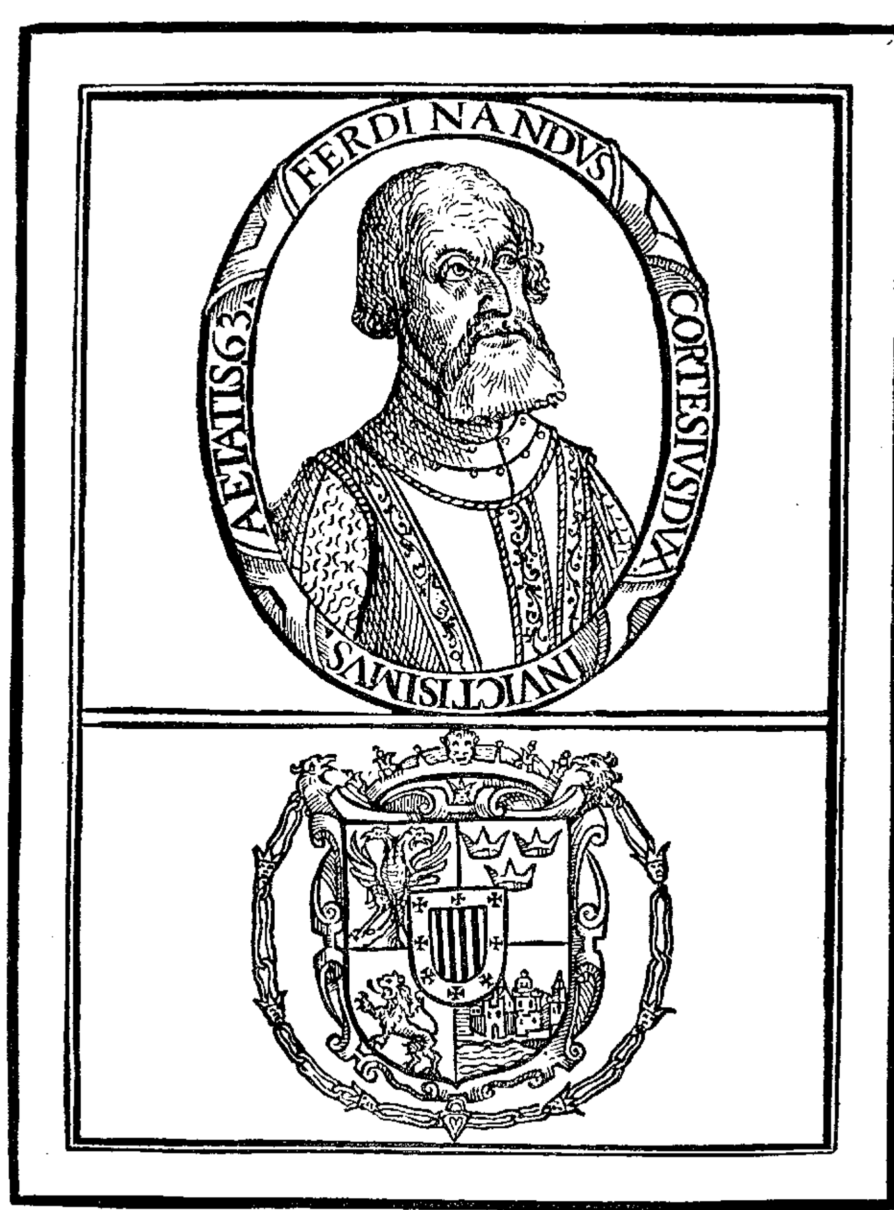


Fig. 8 — Hernan Cortés y sus armas

Desde que había con quien entenderse en buenos términos, y materias industriales de intercambio, podían, como los portugueses en el Asia, principiar por entablar relaciones amistosas y comerciales que les permitirían imponer paulatinamente la superioridad de sus personas, de su cultura, de su ciencia y de sus armas, preparando bajo auspicios propicios el proselitismo de la religión incruenta.

La historia de los descubrimientos demuestra que era posible entenderse amistosamente con los naturales y dominarlos moralmente por los resortes de una civilización adelantada; pero los conquistadores de Méjico y del Perú no conocían bien esos resortes, ni traían el propósito de emplearlos.

Ellos, como vá repetido, no venían preparados ni dispuestos para las conquistas morales: eran hombres habituados á imponerse por la fuerza material, y cuyo fin único era la adquisición inmediata de la riqueza, de la mayor cantidad de metales preciosos en el más breve espacio de tiempo.

No solo no empleaban los medios blandos, pacientes, persuasivos que son los de la religión cristiana, sinó que se opusieron á que ellos se empleasen. Fr. Bartolomé Las Casas, anhelando demostrar la eficacia de esos medios, y convencido de que los prestigios de la inteligencia y de la civilización, podían apoderarse del ánimo de los indígenas, conduciéndolos poco á poco á la vida social y á las labores industriales, solicitó permiso del rey para fundar en las costas del continente del nuevo mundo una colonia de labradores, artesanos y eclesiásticos, comprometiéndose á civilizar en dos años diez mil indios, instruidos en las artes útiles, y asegurar á la Corona una renta de quince mil ducados por lo pronto, pero con la esperanza de cuadruplicar en pocos años.

Gran resistencia encontró este proyecto en el Obispo Fonseca y en otros magnates que entendían en los negocios de Indias, oponiéndose á la empresa del *visionario*, como llamaban á Las Casas, sosteniéndose en esos acuerdos oficiales que era imposible reducir á los indígenas por medio de la predicación evangélica, porque eran hombres «destinados á la servidumbre por la inferioridad de su « inteligencia ».

Pero Las Casas, con su persuasiva elocuencia, consiguió que el Rey accediese á su solicitud como á un ensayo poco costoso y que podía ser muy benéfico si daba buen resultado.

Se le concedieron doscientas leguas de costa entre el golfo de Paria y Santa Marta, con el fondo que pudiese ocupar en el interior del país: reunió doscientos labradores que debía llevar en tres naves equipadas por cuenta del Rey, y con abundantes provisiones. Las Casas consideraba un medio importante para conseguir sus propósitos presentar á sus colonos como gente diversa de los codiciosos españoles, que se habían hecho famosos por sus atrocidades. Al efecto dispuso que se vistiesen de paño blanco con una cruz roja en el pecho.

Pero al llegar á Puerto Rico con su colonia, encontró desde luego los obstáculos que debía encontrar la ejecución de su plan. Como ya hemos dicho, la despoblación efectuada por los repartimientos, y la guerra de exterminio habían producido escasez de brazos, y no pudiendo proveerse de esclavos negros por el alto precio que les habían puesto los genoveses que habían monopolizado ese comercio, resolvieron adquirir indios en la costa firme, por engaño ó arrancándolos á la fuerza.

Este tráfico infame, dice el historiador de quien tomamos este relato, iba acompañado de las mayores atrocidades, de modo que los españoles llegaron á ser profundamente detestados en aquella costa. En la violencia de su resentimiento, los indios dieron muerte á los misioneros dominicanos que se habían establecido en Cumana para convertirlos al cristianismo.

Irritados los colonos de la Española, habían preparado cinco naves y trescientos hombres bajo las órdenes de Gonzalo Ocampo para castigar severamente á aquellos indios, y tomar como esclavos el mayor número posible. Ocampo se hallaba en Puerto Rico cuando Las Casas llegó á aquella isla y los esfuerzos de éste para impedir la expedición fueron completamente inútiles.

Las Casas dejó, sin embargo, sus colonos acantonados en Puerto Rico, y él se dirigió á la Española para evitar las consecuencias que preveía del viaje de Ocampo. Desgraciadamente, allí, no encontró más que enemigos de su empresa. En el interés de los colonos estaba el conservar el sistema de repartimientos; y además era opinion fija entre ellos, la de que los indios eran séres de naturaleza inferior y que por lo tanto estaban destinados á vivir sometidos al vasallaje de hombres más inteligentes.

Las Casas encontró, pues, todos los ánimos predispuestos en contra de su empresa y nada pudo hacer para impedir la expedición de Ocampo, y al regresar á Puerto Rico se encontró con que de doscientos hombres que había sacado de España, algunos habían sucumbido á los rigores del clima, y los demás habían buscado ocupación en la isla.

Apesar de esto, se embarcó con los pocos que le quedaban, pero las atrocidades cometidas por Ocampo habían embravecido de tal manera á los indígenas, que se habían retirado á los montes á fin de prepararse para destruir á los agresores. No halló, pues, indios que atraer por medios pacíficos, y los españoles no se lo hubieran permitido si los hubiese hallado.

La tentativa cristiana de Las Casas era imposible en aquellos dias y con aquellos hombres.



Concierto entre Franciſco Pizarro, Diego de Almagro, ÿ Hernando de Luque para hazer el deſcubrimiento del Sur à Levante ÿ ſale franciſco Pizarro para deſcubrir.

Fig. 9.

en los cuales la codicia se había sobrepuesto á todo, á la religión, á la humanidad, y á la ingénita hidalguía de su raza.

La religión subordinada á la codicia é interpretada por el fanatismo, aparece asociada é invocada para consumar en nombre del Dios de paz y de clemencia, los pactos más inícuos y los actos de fuerza más alevosos.

Veamos á Pizarro, el más místico de los aventureros.

Las noticias adquiridas en las arriesgadas y penosas exploraciones que se habían realizado en la costa del Perú, persuadieron á Pizarro y á Almagro de que el imperio de los Incas, como el de Méjico, encerraba tesoros inmensos en oro, perlas y piedras preciosas; y para apoderarse de ellos á mano armada, despues de obtener la autorización del Gobernador de Panamá, y de haber encontrado en el Cura Fernando de Luque el sócio capitalista que necesitaban, celebraron un contrato de compañía, en el cual, bajo la invocación de la Santísima Trinidad y de Nuestra Señora la Vírgen María, estipularon que se comprometían á emprender por su cuenta el descubrimiento y la conquista del Perú, debiendo los sócios Pizarro y Almagro tomar á su cargo la parte militar, y el sócio Luque prestar los fondos necesarios para el apresto de la expedición.

Los tesoros que se adquiriesen en oro y objetos preciosos, lo mismo que las tierras, indios y demás, se repartirían entre los tres sócios por partes iguales.

Despues que los tres prestaron juramento sobre los Santos Evangelios, el clérigo Luque firmó el contrato, y no sabiendo escribir Pizarro y Almagro, lo hicieron por ellos los testigos del acto.

« En seguida, y para dar mayor fuerza al contrato, el Cura Luque administró el Sacramento de la Eucaristía á los contratantes, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno, mientras que los espectadores se enternecían en presencia de tan solemne ceremonia. »

Tocando despues la insuficiencia de sus medios, resolvieron de comun acuerdo que Pizarro, llevando consigo algunas muestras de la riqueza de los países que habían hallado, así como indios y otros comprobantes del relato que debía hacer, fuese á España, y solicitase del Rey los recursos necesarios para consumar la conquista, quedando convenido, como adición al contrato, que Pizarro pediría para sí el título de Gobernador, para Almagro el de Adelantado, y el cargo de Obispo de las nuevas regiones para Luque.

A su regreso de España, Pizarro que venía investido con los títulos de Gobernador y Adelantado y con ámplias facultades, emprendió la campaña definitiva.

Llegado á Tumbes, donde se demoró tres meses, para reponer á su tropa de las penosas marchas que hasta allí lo condujeran, avanzó hasta el rio Piura, donde fundó la primera colonia española en el Perú, denominada Ciudad de San Miguel.

A esta fundación concurrieron los indígenas de la localidad, con los que continuó en las mejores relaciones, merced á que, como lo dice Oviedo, mandó *por pregon ó só graves penas que á los indios no le fuese hecha fuerza ni descortesía, é que se les hiciese muy buen tratamiento por los españoles é sus criados.* »

Esta población, que muy pronto tuvo Iglesia, casa de justicia, almacenes y un fuerte y gobierno municipal, era una base que podía agrandarse á medida que se irradiase la confianza que principiaban á tener los indígenas.

Podía, pues, hacerse allí pié firme, entablar relaciones y negociaciones con Atahualpa, congraciarse con los disidentes como lo hizo Cortés en Méjico, y aumentar con los refuerzos que debían venirles, su verdadero poder, que la demora no podía disminuir, puesto que consistía en la superioridad de sus hombres, de sus caballos, que los presentaban como séres sobrenaturales, de sus armas, que tenían los prestigios terroríficos del rayo y del trueno.

Pero los procederes lentos, aún siendo de éxito seguro, de una conquista espiritual, política ó comercial, no se avenían con la índole de aquellos hombres, ni con el propósito que los había reunido, y que consistía esclusivamente en la pronta adquisición y el reparto entre ellos de los tesoros, oro, perlas, piedras preciosas, que se encontrasen reunidos en la Corte del Inca.

Habiendo venido solo por eso y solo para eso, tenían que ir adelante hasta dar con el Inca, que estaba en el interior del país, del otro lado de las montañas altísimas, cuyos picos helados sobrepasaban á las nubes, á cuyos flancos se abrían hondos despeñaderos ó se precipitaban torrentes de agua, que descendían serpenteando ó se volcaban en los rios que corrían entre una vegetación que iba vigorizándose y embelleciéndose á medida que se alejaba de las desoladas regiones de la nieve, hasta convertirse en bosques espesos de árboles corpulentos y de tupidas

enredaderas, festoneadas de flores de colores vivaces al entrar en la zona risueña, caliente y aromática de los valles.

Para intentar escalar esas alturas, penetrando sin guia seguro, en una cadena de montañas cuyos senderos irregulares parecían abiertos por fuerzas volcánicas que hubieran despedazado las rocas primitivas; para que soldados revestidos de hierro, cuyas panoplias tenían un peso que abrumaría en camino llano al hombre moderno, trepasen con ellas cuestas empinadas, fatigosas para los mismos indígenas desnudos; para que se aventurasen con armas y caballos en desfiladeros estrechos, que apenas daban paso, orillando abismos y espuestos á que desde las alturas cayesen sobre ellos piedras y flechas matadoras, ignorando si al llegar, si llegaban, á la garganta del estrecho sendero encontrarían un abismo ó una emboscada que les cerrase el paso; en fin, para echarse así, á ojos cerrados, en todas las oscuridades y peligros de una naturaleza agreste y desconocida que, en aquel caso estaba al servicio de un pueblo numeroso y adiestrado, se requerían, y en grado muy elevado, todas las dotes que constituyen la superioridad y esplican ó justifican la dominación de las razas humanas más sobresalientes.

Teníanlas todos los aventureros españoles que emprendieron los descubrimientos y las conquistas del nuevo mundo. Lástima grande que tan valerosas prendas no hubieran estado al servicio de una política cristianamente civilizadora!

Atahualpa que recibió y retribuyó los amistosos mensajes de Pizarro, lejos de dificultar su marcha, ordenó que no le pusieran impedimiento y antes bien les recibieran de paz y auxiliaran con víveres.

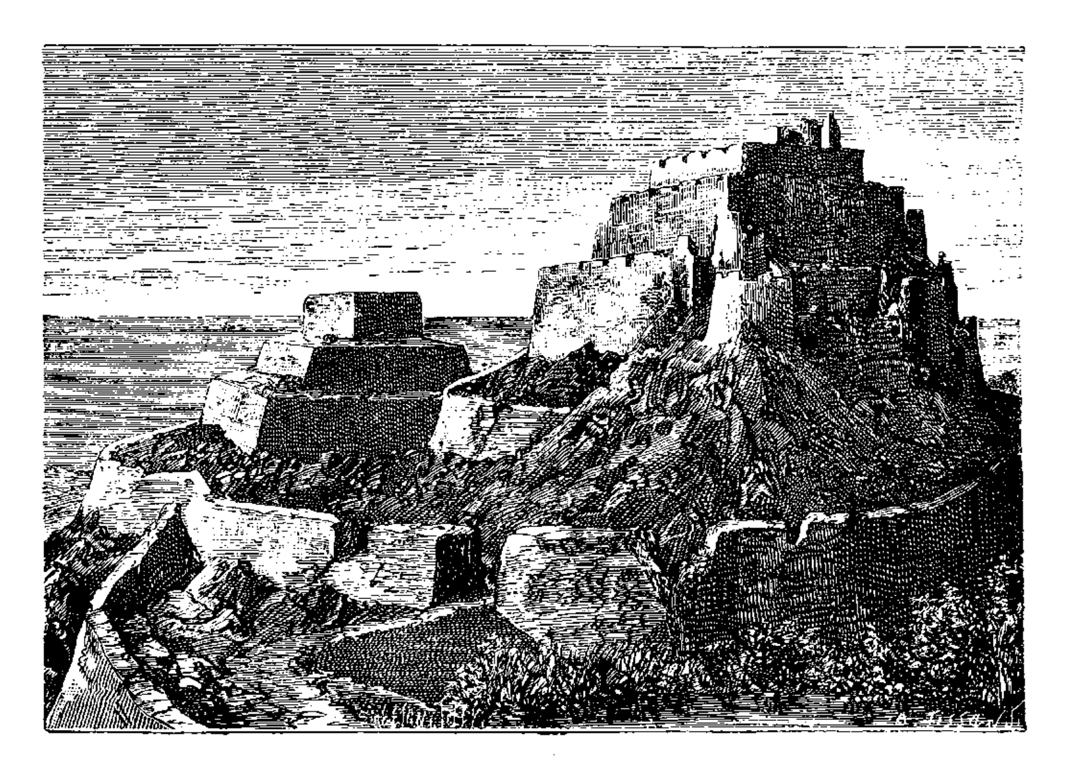


Fig. 10. — Antigua fortaleza de Paramonga

Trepando las cordilleras, los españoles encontraron en eminencias, extratéjicamente bien elejidas, algunas fortalezas abiertas en la piedra viva, y complementadas con sólida mampostería, que hubieran impedido el pasaje y desbaratado á los que lo intentaran, y de una de ellas dice Xerez, historiador de estos sucesos que era « tan ancha la cerca como « qualquier fortaleça de España; « que si en esta tierra oviese los « maestros é herramientas de Es- « paña no pudiera ser mejor la- « brada la cerca. »

El abandono de estas posiciones fortificadas, corroboraba la resolución de dejarlos internar ¿con qué intenciones? — ¿para cercarlos despues de tenerlos en los valles, rodeados de las numerosas tropas del Inca, al cual suponían astuto y mal intencionado?

Pero si ese era el plan, como sin pruebas lo dán por cierto los historiadores que se empeñan en justificar ó esplicar el procedimiento ulterior de Pizarro ¿es creíble que el Inca astuto, y que ya conocía por sus emisarios el poder, para los suyos extraordinario, de los caballos y de los arcabuces de los españoles, se expusiera á que esos caballos y esas armas, que podían maniobrar libre y ámpliamente en la llanura, los desbaratasen ó aterrasen, cuando en los desfiladores dominados por alturas inaccesibles por la naturaleza ó por el arte, y donde los caballos no podían maniobrar, y á los fuegos de los arcabuces les faltaría el blanco ú objetivo, los españoles sin amparo contra las piedras y las flechas que vinieran de lo alto caerían indefensos, serían aniquilados por la naturaleza de aquellos sitios y por los hombres que en ellos habían nacido?

El Inca ¿era ó no era tan astuto como suponen los historiadores? Si lo era, él no habría aventurado en la llanura lo que tenía por seguro en los desfiladeros de la cordillera. Si no lo era, la suposición no tiene asidero.

Los españoles, sin vacilar, apesar de los recelos que pudieran despertárseles, continuaron su escabrosa ascensión hasta alcanzar las alturas; y siguiendo por ellas, transidos por el aire helado. que entumecía ó resfriaba los caballos, llegaron, por fin, á una eminencia desde la cual se les presentó el valle de Caxamalca, de forma ovalada, con cinco leguas de largo por tres de ancho, cruzado por un rio, que por medio de canales y acueductos facilitaba la irrigación de los cultivos, cuidados con esmero, prósperos, que enriquecían y embellecían el suelo. Casi al pié de la eminencia en que estaban los españoles, se extendía la ciudad de Caxamalca, cuyas casas blancas iluminaba el sol; y, como á una legua de distancia, en las colinas orientales del valle, se encontraba Atahualpa en una de sus residencias de recreo, rodeada de las tiendas en que estaba acampado su ejército.

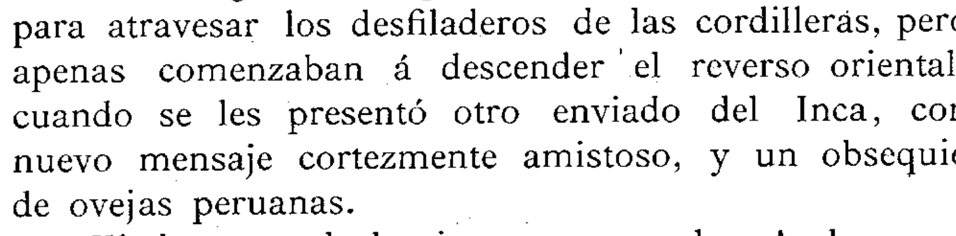
En este escenario ván á ponerse en contacto dos civilizaciones.

Veamos los hechos de sus respectivos representantes.



Fig. 10. — Atahualpa.

Hacía poco tiempo que los españoles estaban á la vista de Caxamalca, cuando les llegó un indio enviado por Pizarro al campo de Atahualpa, y por él supo que el camino estaba libre, y que venía en viaje una embajada del Inca. Esta embajada, que arribó poco despues, se componía de un noble Inca con su comitiva, y estaba encargada de cumplimentar al Jefe español en nombre del Emperador, de rogarle aceptara el presente de algunas llamas, y le hiciera saber cuando llegaría á Caxamalca, que ya estaba desalojada, para enviarle las provisiones convenientes.



Al dia siguiente temprano, los españoles se movieron para atravesar los desfiladeros de las cordilleras, pero apenas comenzaban á descender el reverso oriental, cuando se les presentó otro enviado del Inca, con nuevo mensaje cortezmente amistoso, y un obsequio de ovejas peruanas.

El descenso de la sierra, aunque los Andes sean menos escarpados en el este que en el oeste, presentaba casi dificultades iguales á las de la subida, y si el Inca hubiera querido hostilizarlos, lo habría podido hacer con suma ventaja.

Apesar de encontrar el tránsito libre en todas partes, Pizarro con su pequeño ejercito en tres divisiones, descendió á paso mesurado y en órden de batalla, y así llegó y entró en la ciudad de Caxamalca que encontró desocupada por sus habitantes que se calculaban en diez mil.

Las paredes de las casas, en general, eran de tierra-greda endurecida al sol, y los techos de paja ó de madera, pero había algunas de más lujo y solidez construidas con piedra tallada. Había un convento para las Vírgenes del Sol, y un templo dedicado á la misma divinidad, á la sombra de un bosquecillo en la extremidad del pueblo. Del lado del campo que ocupaba el Inca, se extendía una pradera rodeada de barracas, poco elevadas, para los soldados. Al extremo de la *plaza* de la ciudad y mirando al campo, había una ciudadela de piedra, á la que se subía por una escalera, en un terreno elevado que dominaba toda la ciudad, y estaba construida con piedra tallada, rodeada de tres murallas. Era una posición muy fuerte, y la mano de obra demostraba los mayores conocimientos, dando una alta idea de la arquitectura de este pueblo. Los españoles no habían visto hasta allí nada parecido. « Fuerzas son, dice Xerez, que entre indios no se han visto tales. »

Apenas tomó posesión de Caxamalca, Pizarro despachó á Hernando de Soto, y á su propio hermano Hernando Pizarro, con treintisiete hombres de caballería para que se presentasen en el campamento imperial á saludar al Inca en su nombre, y á repetirle lo que ántes había dicho á sus emisarios, esto es, que venía del otro lado de los mares mandado por un Rey muy poderoso, para conocer y estrechar relaciones de amistad con el Emperador del Perú. Atahualpa les contestó: « Decid á ese capitan que os envía acá, que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana por la « mañana; que en bebiendo una vez, yo iré con algunos de estos principales mios á verme con « él; que entanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, « y que no entren en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer ».

Estas últimas palabras, lo que habían visto, la magnificencia y la riqueza del monarca indio. la fuerza de su ejército, su bella continencia y la disciplina que parecía reinar en todos los rangos, cosas todas que probaban un grado de civilización mucho más adelantado, y por consecuencia de un poder más grande que todo cuanto habían visto en las regiones interiores del país, impresionaron tristemente á los mensajeros españoles, y comparando sus pocas fuerzas y lo avanzados que estaban para poder recibir refuerzos, principiaron á creer que habían obrado temerariamente arrojándose al centro de un imperio tan formidable.

Poseídos de los más sombríos presentimientos, dieron cuenta á Pizarro de su comisión, pero éste estaba tranquilo porque tenía un plan preconcebido que evitaría, con un solo golpe, todos los peligros de su comprometida situación.

En esta misma tarde reunió á sus oficiales para proponerles su plan de operaciones, que consistía en hacer caer al Inca en una emboscada y tomarlo prisionero en presencia de su ejército.

Fundólo brevemente previniendo toda objeción. No era tiempo de volver atrás: el movimiento retrógrado sería prevenido por el enemigo que conocía mejor que ellos los pasos de la Sierra, desalentaría á los suyos y duplicaría el empuje de los del Inca. Estar inactivo en posición amistosa, era peligroso porque pronto se darían cuenta de que los españoles no eran séres sobrenaturales, y éstos eran pocos y ellos muchos. En una batalla campal, aún siendo victoriosa, no habría seguridad de apresar al Inca.

« La resolución de visitarnos en nuestros cuarteles, que él ha tomado con tanta confianza, — agregaba Pizarro, — nos dá el mejor medio de asegurar tan deseada captura ».

La empresa no es desesperada: la superioridad de las armas, y una acción concentrada compensan mucho la desigualdad del número: sin esperar la llegada del ejército que le sigue, se asegura la persona del Inca, y los suyos, sorprendidos por suceso tan extraordinario, ni siquiera intentarán resistencia.

Esto era hacer con Atahualpa, lo que había hecho Hernan Cortés con Moctezuma, pero en forma más villana, más traicionera y más brutal.

Resuelto este plan, preparó su ejecución.

Los edificios de tres de los costados de la plaza eran salones espaciosos y tenían grandes puertas que daban á ella. Dentro de esos salones colocó su caballería dividida en dos cuerpos, uno bajo el mando de su hermano Hernando, y el otro bajo el de Soto. En otro edificio aposentó su infantería, reservándose veinte hombres escogidos para que obrasen con él cuando el caso llegare. En la Fortaleza estableció á Pedro de Candía con un número de soldados y su artillería (dos falconetes).

Todos recibieron la órden de esperar en sus puestos la llegada de Inca, debiendo, aun despues que hubiere entrado en la plaza, conservarse ocultos en los salones, evitando ser notados, hasta que se diera la señal, que sería un cañonazo. La disposición de los salones, que eran muy grandes, favorecían estas órdenes. Al sonar el cañonazo todos debían lanzar el grito de guerra, saliendo compactos de la emboscada, y pasando á filo de espada á los peruanos, hasta apoderarse de la persona del Inca.

Pizarro se aseguró personalmente del buen estado de las armas, hizo poner campanillas en los pretales de los caballos para aumentar con su ruido la consternación de los indios, y se entretuvo

en recomendar á todos la obediencia implícita para que en la precipitación de la salida no hubiese confusión. Todo depende, les decía, del concierto, del reposo, y de la celeridad de la ejecución.

Concluidas estas disposiciones, bien preparada la emboscada, y previsto todo lo que pudiera asegurar el éxito de la felonía, se celebró la misa con mucha solemnidad por los eclesiásticos, invocando la protección del Dios de las batallas, para los soldados que iban á combatir por la Cruz.

Uno de los expedicionarios, dice: « Francisco Pizarro animó á los soldados con una muy « cristiana plática que les hizo; con que, y asegurarles los eclesiásticos de parte de Dios y de su « Madre Santísima la victoria, amanecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á « voces: *Exsurge Domine, et judica causam tuam.*

Llegado el dia de la visita, Atahualpa hizo saber á Pizarro, que sus guerreros irían armados, como los de él habían ido á su campo.

Había ya pasado el medio dia, cuando Atahualpa se puso en marcha para el campo español, con toda la pompa y el ceremonial correspondiente. Delante venía un cuerpo de sirvientes destinado á mantener expedito y limpio el camino. Elevado sobre todos se dejaba ver el Inca llevado en una litera sobre los hombros de sus principales nobles, mientras que los otros, de los mismos rangos, caminaban á los costados, y revestido de ornatos que, segun la expresión de un conquistador « brillaban como el sol». Su ejército se tendía á lo largo del camino é iba ocupando la pradera en larga extensión.

A media milla de Caxamalca, el cortejo Imperial hizo alto, y Pizarro notó con sorpresa que Atahualpa se preparaba á levantar sus tiendas como para acampar allí. Enseguida llegó un mensajero que informó á los españoles de que el Inca pasaría la noche donde estaba, y que en la mañana del siguiente dia entraría en la ciudad.

Esta noticia perturbó á Pizarro, que había visto con la misma impaciencia que sus soldados la lentitud del movimiento de los peruanos. Las tropas estaban sobre las armas desde el amanecer, la caballería y la infantería en sus puestos esperando, sin ruido, la llegada del Inca. En toda la ciudad reinaba el más profundo silencio, que solo interrumpía, de cuando en cuando, el grito del centinela que, de lo alto de la fortaleza, indicaba los movimientos del ejército peruano.

Pizarro le rogó afectuosamente que no dejara de venir á cenar con él. «El Gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no había de cenar hasta que fuese (carta de H. Pizarro)».

Atahualpa no vaciló en complacer á Pizarro, y lo hizo con extrema cortesía, haciéndole saber, al moverse, que dejaba retrasada la mayor parte de sus guerreros, y que él entraría en la ciudad con pequeño número y sin armas: «Él quería venir luego é que venía sin armas» (carta de H. Pizarro).

Al mismo tiempo ordenaba el Inca se le preparase alojamiento en la ciudad, en una de las casas de piedra.

En esta forma, Atahualpa, confiando en la hidalguía de Pizarro, se ponía desarmado en sus manos.

Este acto debió, cuando menos, evitar la ejecución de la carnicería que estaba preparada, puesto que no era necesaria para apoderarse de la persona del Inca, que venía desarmado á cenar en la mesa del jefe español.

Pero Pizarro solo vió el dedo de Dios que facilitaba el éxito de la emboscada, y no alteró nada, como si nada hubiese ocurrido.

Poco tiempo antes de ponerse el sol entraba en la ciudad el Cortejo Imperial. Delante venían algunos cientos de sirvientes encargados de mantener la limpieza del trayecto: luego diferentes grupos de personas con vestiduras diversas, algunos vestidos rojos con cuadros blancos, y enseguida otros, con trajes blancos, conduciendo mazas y martillos de plata y de cobre. Las guardias y las gentes del inmediato servicio del Emperador se distinguían por una librea azul ricamente recamada. Los de mayor categoría se hacían notables por el brillo de los pendientes que traían en las orejas. Por encima de todos sus vasallos aparecía Atahualpa conducido en una litera abierta

sobre la cual había una especie de trono de oro macizo que, segun los historiadores, pesaba un quintal.

El traje del monarca era mucho más rico que el que vestía el dia anterior. De su cuello pendía un collar de esmeraldas de tamaño y brillo extraordinarios. En su cabellera lucía adornos de oro, y el cordon, de que pendía la *borla* imperial, ceñía sus sienes. La actitud del Inca era serena y digna, y desde la altura en que venía, miraba á la multitud con el aire de un hombre habituado al mando.

Apesar de que al llegar al recinto de la ciudad nadie salió á recibirlo, el cortejo siguió su marcha y penetró en la plaza, guardando el órden más completo y ceremonioso. Tampoco en la plaza se presentó ningun español.

Atahualpa se detiene, y dirigiendo una mirada interrogadora á todo lo que le circunda, pregunta: «¿Dónde están los extrangeros?»

En estos momentos se presenta el eclesiástico Vicente de Valverde, fraile domínico, capellan de Pizarro (y despues Obispo del Cuzco) trayendo en una mano su Breviario, y en la otra un crucifijo, y acercándose al Inca, le dijo que venía de órden del General para exponerle las doctrinas de la verdadera Fé, que era el objeto con que los españoles habían venido de su país. Enseguida principió á esplicar, con la claridad que pudo, el misterio de la Trinidad, y yéndose muy lejos, comenzó por la creación del hombre; de allí pasó, sucesivamente, á su caída, á la redención por Jesucristo, al Calvario, al sacrificio en la Cruz y á la Ascensión del Salvador, que había dejado al Apóstol San Pedro como su Vicario en este mundo. Agregó despues, que ese poder se había trasmitido á los sucesores del Apóstol, hombres sábios y virtuosos que, con el título de Papas, tenían autoridad sobre todas las potencias y todos los potentados de la tierra; y que uno de estos últimos Papas, había encargado al Rey de España, el más poderoso monarca del mundo, la conquista y la conversión de los indígenas del hemisferio Occidental, siendo su General Francisco Pizarro el que venía á cumplir esta misión. En consecuencia de todo lo cual, concluyó suplicando al monarca peruano, que lo acogiese favorablemente, que abjurase los errores de su fé y abrazase la de los cristianos, que le acababa de ser anunciada, y era la única que podía salvarlo; y por último, que se reconociese tributario del Emperador Cárlos V, quien en ese caso, le ayudaría y protegería como á vasallo fiel.

Tengo por imposible que el indígena que servía de intérprete, trasmitiese al alcance del Inca lo que decía el P. Valverde sobre los misterios de la religión cristiana y sobre la filiación que pretendía establecer entre el altísimo poder espiritual del Apóstol San Pedro y el poder de Francisco Pizarro, jefe de los aventureros que se hallaban en acecho preparados y dispuestos para cometer una sangrienta alevosía.

Pero el hecho es que, el Inca de alguna manera comprendió que se le pedía que abjurase su religión y se reconociera vasallo de un monarca extrangero, y que no diciéndole nada ni á su inteligencia ni á su oído el libro que debía aclararle tan extrañas pretensiones, las desechó, indignado, como ofensivas, y arrojó el libro como inútil.

El religioso, al parecer escandalizado por tamaño desacato, corrió en busca de Pizarro gritando: «¡Los Evangelios en tierra!» y unos historiadores afirman y otros niegan que agregaba— «¡Venganza, cristianos! salid, que yo os absuelvo!»

Pero el hecho es que, como si estuviera entendido que al apartarse el religioso del Inca, el cañón de la fortaleza daría la señal convenida con los emboscados, el cañonazo resonó, Pizarro alzó el lienzo blanco y los españoles, al grito de ¡Santiago y á ellos!, salieron impetuosamente de los salones en que estaban ocultos, penetrando en la plaza en columnas cerradas. ¡Todo exactamente como había sido tramado y ordenado!

Los cañonazos, el fuego de los arcabuces, el sonido de las trompetas, el humo y el olor de la pólvora, aturdían á los indígenas; y al paso que la caballería, aumentaba el estruendo con las herraduras y los cascabeles, y difundía el terror y la muerte con las lanzas de los ginetes y con el impetuoso empuje de los caballos, las espadas blandidas con tanto esfuerzo como des-

treza, completaban el espanto y el horror de los míseros sorprendidos, sembrando la muerte por todas partes.

No hubo resistencia, no pudo haberla; nadie pensaba ni intentaba más que huir de aquella matanza, pero las salidas de la plaza eran estrechas, y no pudiendo escaparse con la celeridad que deseaban, se encontraron estrechados contra un muro de piedra y barro que, desesperados, derribaron por un esfuerzo, abriendo ancha brecha por la que se precipitaron al campo; pero por el campo abierto los persiguió la caballería, atropellándolos y matándolos sin piedad.



Don Francisco Pizarro prende al Inga Atahualpa y deshaze su Exercito cerca de Caxamalca.

Fig. 11.

Los nobles que rodeaban al Inca, aunque aterrorizados como todos, se mantuvieron en sus puestos, resignados al sacrificio como mártires de su lealtad al soberano, y los españoles tuvieron que dar muerte á muchos de ellos para llegar al Inca. Cuando iban ya á tocarlo—«Nadie toque al indio só pena de la vida!» gritó Pizarro, y temiendo que no bastase esta órden, se precipitó sobre Atahualpa, y lo tomó del vestido, recibiendo en la mano una cuchillada dirigida contra el Inca, en la ferocidad de aquella matanza de indefensos.

La oscuridad de la noche impidió la prolongación de esa carnicería, y la captura del Inca acabó de dispersar á sus súbditos. Los soldados del ejército acampado en las inmediaciones, dominados tambien por el terror, abandonaron sus puestos y se entregaron á la fuga. La caballería que había salido en persecución de los fugitivos, no tuvo más cuidado que conducir rebaños de prisioneros.

Xerés, secretario de Pizarro, dice que murieron 2000 indios, pero de algunos documentos aparece que fueron 10.000. Entre los españoles no hubo ningun muerto, y el único herido fué Pizarro, en la mano con que tomó al Inca.

En la noche, y despues de ordenado el servicio, Pizarro volvió á ocuparse de su prisionero, al cual había dejado bajo segura custodia. Atahualpa manifestaba una serenidad que probaba que tenía el hábito de dominarse, que en aquel trance le era tan necesario para no empeorar su situación. Traído al alojamiento de Pizarro, correspondió á la cortesía con que éste lo trataba, y no rehusó la cena con que le obsequiara.

Pero debajo de la aparente tranquilidad que siempre conservó, era presa no solo de los sobresaltos en que debía tenerlo la probada deslealtad de Pizarro, sinó del temor de que se entendiese con su destronado hermano Huáscar, para asegurarse, por su medio, la sumisión de todo el Imperio; y habiendo llegado á conocer que era la codicia del oro la que más actuaba y dominaba en los españoles, díjole un dia á Pizarro: — «Si me soltais, yo cubriré de oro todo este aposento», y como notara cierta incredulidad en el semblante del capitan español, añadió: —«No solo cubriré de oro el suelo, sinó que llenaré el aposento hasta donde llega mi mano (la «alzó, puesto de puntillas), y tambien llenaré de plata los dos cuartos contíguos».

Pizarro aceptó el convenio propuesto. El salón tenía veinte y dos piés de largo y diez y siete de ancho. A la altura de nueve piés — á que había llegado la mano del Inca, se tiró una raya colorada. El contrato se ajustó ante escribano con las formas legales usadas por los españoles.

El Inca envió mensajeros por todo el imperio para comunicar la órden de conducir á Caxamalca el oro necesario para pagar su rescate. Hizo más todavía, ordenando por separado que los españoles fuesen respetados en todas partes, y tal era el espíritu de obediencia, que los mandatos del Inca prisionero fueron cumplidos en todo el imperio. Pocos dias despues de celebrado el convenio, comenzaron á llegar á Caxamalca los indios cargados de oro. Al mismo tiempo algunos destacamentos de las tropas de Pizarro hicieron diversas escursiones en el territorio del Imperio, y en vez de encontrar la menor resistencia, fueron recibidos con respeto y sumisión. Los españoles eran llevados en hamacas, cargados por los indios y bien servidos durante el camino.

En esos dias llegó á San Miguel, Griego de Almagro con 150 hombres, y este refuerzo permitió que se multiplicasen las exploraciones de los españoles. Visitaron el Cuzco, capital del imperio Jauja, Pachacamac y otros lugares importantes; y en ellos, además del mejor conocimiento del país y de sus riquezas, adquirieron noticias de la situación política, y aún llegaron á tener relación con Huáscar, el Inca destronado, quien acusando la usurpación de su hermano, ofreciôles mayor cantidad de oro que la prometida por Atahualpa, si le ayudaban á reconquistar el trono.

Atahualpa no había establecido todavía su residencia en el Cuzco, y segun Huáscar, ignoraba las riquezas que existían en esa ciudad, y los lugares en que se hallaban, todo lo que á él, Huáscar, le era conocido.

Apoderándose de Huáscar, trayéndolo á Caxamalca, donde ya estaba Atahualpa, y constituyén-

dose juez y árbitro entre los dos, no solo se apoderaría del cetro del Imperio para darlo al que pudiera serle más dócil como instrumento, sinó, lo que por el momento le era más importante, el uno por un motivo, y el otro por el contrario, le entregarían ó harían conocer todas las riquezas acumuladas por la dinastía de los Incas.

Atahualpa, si no tuvo conocimiento directo de lo que se trataba, llegó á sospecharlo y á temerlo, y con sus temores trasmitidos á los súbditos suyos que venían á Caxamalca, coincidió la muerte de Huáscar, que todos los historiadores concuerdan en que fué violenta, y sinó por órden directa, por sujestiones de su hermano.

Cuando esto acontecía, era ya muy crecida la cantidad de oro reunida en Caxamalca, y aunque ella no alcanzaba todavía la altura necesaria para el rescate del Inca, ella inquietaba á los españoles é impacientaba su codicia. Todos querían conocer y asegurar su parte en aquel portentoso botin.

Tan grande llegó á ser la ansiedad, que sin esperar lo que faltaba para el rescate del Inca, en Junio de 1533 se resolvió hacer la repartición.

Apartáronse solo algunas piezas de oro notables por su ejecución artística, y todo lo demás fué convertido en barras despues de un mes de trabajo en las fundiciones. Se calculó en 51.610 marcos el peso de la plata, y en 1.326,539 pesos oro el valor de las alhajas de ese mismo metal.

Con razón nota el historiador de quien voy tomando este relato, que el peso de oro de que hablan las crónicas de la conquista, equivalía á poco más de tres de nuestra moneda, de manera que la cantidad reunida para el rescate de Atahualpa pasaba de 4.000,000 de la moneda actual de oro; y como el valor comercial del dinero era entonces muy superior al de ahora, sería necesario cuadruplicar ó quintuplicar esta suma para formarse una idea de la importancia que tenía en aquella época aquel rico tesoro.

Despues de deducir los quintos del Rey, y una gruesa cantidad para distribuir á los soldados de Almagro, y á los vecinos de San Miguel de Piura, y para la construcción de una Iglesia, quedó todavía con abundancia para repartir entre los españoles segun su rango y sus servicios. Baste decir que cada soldado de caballería recibió 8.800 pesos oro y 362 marcos de plata; y á cada soldado de infantería le tocó casi la mitad de esta suma. Las porciones de Francisco y Hernando Pizarro, de Hernando de Soto, y de otros capitanes, fueron verdaderamente maravillosas.

Algunos soldados, hallándose ricos, quisieron volverse á España, y Pizarro no les puso impedimento porque supuso que la vista de esa riqueza despertaría la codicia y le traería al Perú numerosa inmigración.

Queriendo, además, alejar todo motivo de discordia entre él y su sócio Almagro, Pizarro aceptó gustoso el pensamiento de mandar á España á su hermano Hernando, que había tratado siempre de enemistarlos. Encomendáronle al efecto que hiciera á Cárlos V una relación minuciosa del descubrimiento y conquista del Perú, le presentase los tesoros que correspondían á la corona, y pidiese gracias y mercedes para los conquistadores. Los compañeros convinieron en dar á Hernando una suma mayor que la que le correspondía por su parte de botin. «Trabajaron de « le enviar rico, dice Oviedo, por quitarlo de entre ellos, y porque yendo muy rico, como fué, « no tuviese voluntad de tornar á aquellas partes ».

Aunque los tesoros del rescate no habían alcanzado la raya trazada en la pared del aposento del malhadado prisionero, que en sus ánsias de libertad no había podido medir la posibilidad de lo que ofrecía, el hecho era que las cantidades de oro y de plata que habían venido, excedían las más exageradas esperanzas de Pizarro y de sus compañeros, y que á ellos mismos les parecían fabulosas.

Siendo este el hecho, y repartidos aquellos tesoros sin haber establecido, ni intentado establecer lo que pudiera faltar, la más comun hidalguía.... ¿hidalguía? no! la más vulgar equidad, habría dado por cumplido aquel compromiso contraído por la angustia, por el dolor, por el anhelo de aspirar aire libre, aire vital.

El Inca había cumplido, porque si faltaban algunos puñados de oro, mucho había dado de sobra en las órdenes expontáneas que cursó á sus súbditos, para que no hostilizasen á los espa-

ñoles; para que, lejos de hostilizarlos, los sirvieran; y para que, sirviéndolos, los guiasen á las localidades que más les interesasen. Estas órdenes habían sido religiosamente cumplidas, y en las páginas históricas de la conquista, encontramos á los indígenas peruanos doblados bajo el peso de los metales preciosos que conducían á Caxamalca para rescatar al Inca, cruzándose en los caminos con sus compatriotas que, porque así lo ordenaba el Inca, iban guiando á los españoles que recorrían el país, sirviéndoles como criados, informándolos, cargándolos á veces en palanquines, poniéndolos, en suma, por esos servicios, en posesión de todo, hasta de la opulenta capital del Imperio.

Pero Pizarro, al repartir los tesoros que los hicieran ricos, á él y á todos los suyos, no llevó en cuenta estos servicios, que valían tanto sinó más que ellos, y, lo que es peor, no recordó haber celebrado un verdadero contrato bilateral, por el cual ese oro, que había repartido, era el rescate del Inca, el precio de su libertad, y faltándose á sí mismo y á las armas de caballero que llevaba, mancillando la representación Real de que se declaraba investido, y comprometiendo el respeto, la fé de la religión que invocaba en todos sus actos, mantuvo preso al Inca como si nada se hubiese pactado, como si á nada estuviese comprometido, como si nada hubiera ocurrido que modificara, al menos, la situación del prisionero.

La prolongación del cautiverio del Inca, no podía dejar de ser, y fué muy pronto, embarazosa é inquietante, y lo que más alarmaba á Pizarro y á los españoles, era la autoridad absoluta que, apesar de estar preso, conservaba inalterable sobre todos sus súbditos. Éstos estaban tranquilos, porque él lo ordenaba; pero no podía dejar de preverse que no se resignaría á una reclusión perpétua, y que, á una señal suya, la población entera del Imperio podía sublevarse. Por otra parte, para mantenerlo en esa reclusión, se necesitaba la mayor parte, si no toda la fuerza disponible.

No era él, por cierto, el causante ni el responsable de esta situación: eran ellos, los españoles, los que la habían creado, por sus felonías, por sus crueldades y por sus imprevisiones, y digo imprevisiones, porque el crímen es siempre imprevisor.

Desde que por una cruenta felonía se apoderó de la persona del Inca, y por otra felonía lo mantuvo preso despues de recibir y distribuir el tesoro reunido para el pactado rescate, Pizarro no pudo dejar de interrogarse á sí mismo: ¿Qué haré con ese hombre que ya no me creerá nada, con el que nada puedo tratar, y que, sin peligro, no puedo poner en libertad ni conservar preso? Y esta simple pregunta le había hecho comprender que sus anteriores atentados lo arrastraban, fatalmente, á eliminar la persona del Inca en el Perú.

Entonces Pizarro, condenado por sus propias culpas á cometer un nuevo crímen, habría podido embarcar al Inca en la misma nave que le llevaba á Cárlos V la parte que le correspondía en el tesoro acumulado para el rescate del destronado monarca del Perú.

En el fondo, tan ilegal era el destierro como la muerte del Inca; pero aquellos hombres, habituados á tantas crueldades, no repugnaban la sangre.

Los soldados, segun el historiador de quien voy á copiar las últimas escenas de este horrendo drama, y particularmente los de Almagro, no cesaban de pedir la muerte del Inca. Pizarro mismo, sea que creyera conveniente á los intereses de la conquista dar este paso atrevido, sea que no tuviera energía para resistir á las exigencias de los suyos, aceptó al fin este arbitrio, y dispuso el juicio de Atahualpa. Inútiles fueron las protestas del infeliz cautivo para manifestar su inocencia y la completa tranquilidad que por órden suya existía en todo el Imperio, porque apesar de ella tuvo que comparecer ante el tribunal organizado para juzgarlo.

Estaba compuesto éste, de Pizarro, Almagro y dos consejeros, y provisto de un poder absoluto para absolver y condenar. Un Fiscal debía acusar al cautivo en nombre del Rey de España. Se nombró un defensor al acusado, y se hicieron todos los arreglos necesarios para seguir el juicio conforme á los procedimientos españoles.

Ante este tribunal se dirigieron las acusaciones más extravagantes, y se redactó un interrogatorio con arreglo al que habían de declarar los testigos, así cristianos como indios. Acusábase

á Atahualpa, de que siendo hijo bastardo, hubiese usurpado el trono de los Incas, y condenado á muerte á su hermano; de ser idólatra; de tener muchas concubinas; de haber gastado los tesoros del Imperio, que por derecho de conquista pertenecían al Rey de España; y de haber levantado gente contra los castellanos.

Siete de éstos que fueron llamados á declarar, sirvieron, como es muy fácil suponer, para acumular cargos contra el acusado. Los indios que prestaron sus declaraciones lo hicieron por medio del intérprete Felipillo, que estaba interesado en la condenación del Inca; y aunque algunos de ellos se negaron resueltamente á responder, y otros dijieron *no* á todas las preguntas, bastó que la mayoría declarara en sentido afirmativo, para que el tribunal condenase á Atahualpa á ser quemado vivo.

No faltaron algunos soldados castellanos que protestaron contra tanta iniquidad. Algunos de ellos propusieron que se apelase de la sentencia ante Cárlos V., ofreciéndose á responder por el prisionero, mientras llegaba la real resolución; pero la mayoría los acusaron de traidores, y como solía suceder entre los españoles del siglo XVI, en casos semejantes, se consultó la opinión de los teólogos, para tranquilizar las conciencias. El voto de Valverde fué concebido en estos términos : « —Hay causa para matar á Atahualpa; y si lo creen necesario, yo firmaré la sentencia ».

El desdichado Inca no pudo recibir con firmeza tamaño golpe. Suplicó á Pizarro con las lágrimas en los ojos que se le perdonara la vida, comprometiéndose al efecto á pagar un doble rescate; pero aunque Pizarro mal podía contener su emoción, no se atrevió á desandar el camino en que se había adelantado.

Atahualpa, despues que perdió toda esperanza, recobró alguna tranquilidad, disponiéndose para salir al suplicio. A su lado iba el P. Valverde exhortándole, y en el acompañamiento, Pizarro y muchos de los suyos; y al aproximarle á los tizones encendidos y á las llamaradas de la hoguera en que iban á quemarlo vivo, el P. Valverde aprovechó el estremecimiento que esa vista produjo en el mísero condenado para abrazarlo y rogarle que se dejara bautizar, prometiéndole que si en eso consintiera se conmutaría su pena en la del garrote, que era menos penosa. El Inca preguntó si así se haría, y confirmada la conmutación por Pizarro, recibió el bautismo con el nombre de Juan Atahualpa, dándole ese nombre en honor de San Juan Bautista, cuya fiesta se celebraba en aquel dia.

Rogó Atahualpa que su cadáver fuese llevado á Quito, para ser sepultado en la tumba de sus abuelos, é invocó para sus hijos la protección de Pizarro. En seguida, asumiendo una actitud estóica, sometióse á cuanto con él quisieran hacer, y rodeado por los españoles que rezaban el Credo en altas voces, el verdugo estranguló al último soberano de un gran Imperio, como el más vil de los malhechores.

En el dia inmediato, su cadáver, que había permanecido toda la noche en el lugar de la ejecución, fué colocado en un ataud y trasportado á la nueva iglesia de San Francisco, donde iban á tener lugar sus exequias.

Este funeral cristiano del Inca, que solo había recibido el agua del bautismo al borde de la hoguera en que iban á quemarlo, y con la promesa de que lo libertarían de las torturas del fuego, y que despues de bautizado, dispuso que su cadáver fuera enterrado en la tumba de sus antepasados, que no era sepultura cristiana, era una profanación de las más solemnes ceremonias de la iglesia de Jesu-Cristo con que fué celebrado.

Pizarro presidió esa profanación del culto cristiano, como había presidido la de las formas de la justicia humana, con las que intentó encubrir el homicidio alevoso del hombre cuyo cadáver honraba con todas las apariencias del más dolorido recogimiento.

Y presidiéndolo, pudo aquilatarse moralmente á sí mismo, viendo con sus propios ojos, la expresión del dolor sincero y de la lealtad de las hermanas y esposas de Atahualpa, que luchaban dentro del templo con los españoles que les impedían la realización del propósito de acreditar, suicidándose sobre su cadáver, el amor y la fidelidad de ultratumba.

Poco despues de estos sucesos, regresó Hernando de Soto de su expedición, trayendo la

noticia de que eran infundadas las acusaciones que se hacían á Atahualpa, y al saber la condenación, manifestó el más profundo pesar por tan grande desgracia. « Muy mal lo ha hecho su Señoría, y fuera justo aguardarnos » — dijo el honrado caballero.

Pizarro no pudo contestar aquel reproche sinó disculpándose con las exigencias de los suyos;



Fig. 12. — Luis Valverde, 1er Obispo del Cuzco.

disculpa contraproducente, porque la sumisión á las voluntades de las muchedumbres inconscientes y brutales, bien lejos de atenuar, agrava las responsabilidades morales de los que ejerciendo el mando supremo, lo deshonran con esa que es la más indigna y peligrosa de las cobardías.

La felonía con que fué apresado Atahualpa, su largo cautiverio, y la deslealtad con que despues de apropiarse y repartirse los tesoros acumulados para su rescate, se le dió en vez de la libertad pactada, la injustificable muerte de un criminal, debían convertirlo en el porvenir, como ha sucedido, en el símbolo concreto de la esclavitud y del martirio de su raza y de su país; pero por lo pronto, el suplicio del Inca, modificaba radicalmente la situación existente.

Su muerte, al paso que puso de manifiesto y difundió la preponderancia de los españoles sobre los hijos del Sol, le quitó al Imperio el único descendiente de Huaina Capac que hubiera podido sostener la fuerza del gobierno, por la adhesión que le profesaban sus vasallos de Quito, y por lo mucho que le temían los partidarios de Huáscar.



Fig. 13. — Funerales de Atahualpa. — Cuadro del pintor peruano Luis Montero.

Faltando la autoridad de este Inca, amado por unos, temido por otros, obedecido por todos, el Gobierno del Imperio, que no era emanación de la sociedad en que imperaba por un derecho abstractamente sobrenatural, personalísimo, que absorbía todo lo que en el organismo de la sociedad humana vincula á los asociados y les hace aptos para su propio gobierno, al sufrir la acefalía debía producir las disgregaciones y las convulsiones de la anarquía.

Así fué que muerto el Inca, sin sucesor visible é inmediato, brotaron en todas las esferas sociales abundantes manantiales que, de orígen antíguo ó reciente, estaban contenidos por su hábil y firme política.

Los *yanaconas* (adscriptos al servicio personal) se alzaban contra los amos; los *sintimaes* (oriundos de las tierras conquistadas) contra los originarios, y los barrios altos contra los bajos,

volviéndose así contra el poder centralizado las divisiones y rivalidades sociales que él había creado ó fomentado, y las acciones individuales ó comunales que él había absorbido para ensancharse y fortalecerse.

Los del Cuzco, cuna, residencia y metrópoli tradicional de los Incas, pretendían sobreponerse á los de Quito, donde había nacido la madre de Atahualpa y estaba establecida la residencia de la Córte y la Capital del Imperio.

Temían los del Cuzco al Inca Manco, que siendo el sucesor legítimo de Huáscar, era tambien el caudillo más popular del Sur, y contaban, además, con el apoyo que les ofrecía el imponente ejército que estaba á las órdenes de Quizquiz.

Las provincias más lejanas, de sumisión reciente, y cuya incorporación al Imperio no se había arraigado, aspiraban á recobrar su independencia.

Y en el mismo Quito, cuya trasformación en Capital del Imperio había despojado á sus habitantes nativos de los goces y de las preeminencias que proporciona la propiedad de la casa en que se habita, renacía el anhelo de recuperarla, y ya existía un caudillo llamado Rumiñahui que pretendía restablecer el antíguo reino, expulsando de su recinto á los representantes de la dinastía imperial.

No faltaban caudillos ni entre los del Cuzco, ni entre los de Quito, dolidos del destino que le preparaban al país entero los extrangeros que lo habían invadido; pero si coincidían, aun separados, en ese patriótico propósito, se alzaban entre ellos, como una barrera, las ambiciones de los partidos en que estaban divididos y que, como personales enconados en la guerra civil, estaban dominados por intransigencias casi intratables.

Pero todas estas manifestaciones y causas de anarquía, guerra civil y descomposición social, eran agravadas y dominadas por otra de mayor importancia que quebrantaba las bases fundamentales de la dinastía reinante, y de la civilización que ella había promovido y adelantado.

Segun la tradición, el Sol era Dios, é hijos suyos Manco Capac y su familia, fundadores del Imperio y de la civilización incásica; de lo que resultaba como creencia fundamental, la divinidad del Inca (sinónimo de soberano), y como vinculación social el más fuerte de los lazos, que es el lazo religioso.

Manco Capac y su hermana y mujer Manco Oello-Huaco, habían aparecido en las orillas del lago Titicaca, y Pizarro y los españoles se les habían presentado salidos de un gran mar, como heraldos de otro Dios y de otro rey, que pregonaban como más poderosos.

Pizarro no tuvo reparo en poner sus manos sobre Atahualpa, el semi-dios incásico, reduciéndolo á cautiverio, y poco despues su hermano Hernando llegó á Pachacamac, villa muy poblada y con muchos edificios, sólidamente construidos. El templo de la divinidad tutelar, que daba su nombre á la villa, era una vasta construcción de piedra, ó más bien, una aglomeración de edificios que, agrupados en los contornos de una eminencia cónica, tenían más la apariencia de fortaleza que de establecimiento religioso.

El ídolo Pachacamac, adorado como creador del mundo, era el preeminente, y los oráculos emanados de su santuario sombrío y misterioso gozaban del mayor crédito. De todas partes venían romerías de peregrinos á visitarlo, y el altar del Dios, enriquecido por las ofrendas, era de los más opulentos. En este santuario solo se penetraba de rodillas.

Al presentarse Hernando Pizarro en la entrada inferior del templo, los guardianes de la puerta no le permitieron trasponerla, pero él, gritando que no venía de tan lejos para que lo detuviera un padre indio, forzó el pasaje, y seguido de sus hombres subió á la galería que conducía en la cumbre de la montaña, á un recinto en que se elevaba una especie de capilla. Era el santuario de la temida divinidad. La puerta estaba ornamentada con cristales, turquesas y corales. Allí los indios intentaron impedir que Pizarro violase el sagrado recinto, pero en ese preciso momento un temblor de tierra que conmueve hasta en sus cimientos las antíguas murallas, aterra de tal modo á los indígenas que acompañaban á Pizarro, y á los habitantes de la villa, que todos huyen pavorosamente, convencidos de que su Dios irritado sepultaría á los invasores bajo las ruinas ó los concluiría por el fuego de sus rayos.


HISTORIA GENERAL
DE LOS HECHOS
DE LOS CASTELLANOS
EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME
DEL MAR OCEANO
Escrita por Antonio de Herrera
Coronista
Mayor de SU MAGESTAD
de las Yndias y Coronista de Castilla
y Leon
DECADA QUINTA
AL REY. Nuestro Señor
en MADRID. por Francisco
Martinez ABAD.
Año 1728.
Guascar Trezeno Ynga
Mangocapac I. Rey del Cuzco
Cinchiroca Segundo Ynga
Guaynacapac duodezimo Ynga
Lloqui yupangui tercero Ynga
Topayngayupangui undecimo Ynga.
Maytacapac Quarto Ynga
Pachacuti yupangui decimo Ynga.
Capacyupangui quinto Ynga
Yrco noveno Ynga
Yngaraca Sexto Ynga
Viracocha Octavo Ynga
Yaguarguacac yupangui setimo Ynga

Fig. 13.

Pizarro y los suyos no participan de ese terror, y violentando la puerta penetran en el interior: pero en lugar de una sala, como ellos se la habían imaginado, brillante de oro y de piedras preciosas, ofrendas de los adoradores de Pachacamac, se encontraron en una cámara pequeña y oscura, ó en un antro, cuyo suelo y cuyas paredes exhalaban el olor repugnante de un matadero. Este era el lugar de los sacrificios. Luego que sus ojos se acostumbraron á la oscuridad, descubrieron en el suelo pedazos de oro y algunas esmeraldas y distinguieron en el último rincon de la sala el ídolo del Dios. Era un mónstruo estraño, hecho de madera, y con una cabeza que semejaba la de un hombre.

Arrancando al ídolo de su santuario, los españoles lo arrastraron afuera y lo hicieron pedazos. El sitio fué en seguida purificado, y se levantó en él una gran cruz de piedra. Algunos años despues los muros del templo fueron demolidos por los españoles para utilizar el material en sus construcciones, y la cruz ha subsistido extendiendo sus brazos sobre las ruinas.

Los indígenas, viendo que no descendía en ninguna forma el castigo de los conquistadores, que la tierra no se había abierto para tragarlos, y que su Dios no había tenido poder para impedir la profanación de su santuario, principiaron á creer que había algo más poderoso que lo que habían adorado, y fueron regresando poco á poco para ofrecer sus homenages á los estrangeros, á quienes tributaron, desde entonces, un respeto supersticioso.

Vino más tarde el suplicio de Atahualpa; este monarca de orígen divino, murió como un simple mortal, y ni en el cielo ni en la tierra hubo nada que lo amparase, ó castigase á los que lo sacrificaron, probando estos hechos, á los ojos de aquellos ignorantes é idólatras peruanos, que el Dios de los estrangeros debía necesariamente ser más fuerte y abarcar mayor suma de poder que aquel que acababa de ser derribado. Y buscando una esplicación racional á un hecho que por lo inaudito los asombraba, vinieron á discurrir que su Dios, nacido en el lago de Titica, era inferior, porque forzosamente debía serlo, al Dios de los estrangeros que había nacido en la blanca espuma del anchuroso mar.

Quebrantada, pues, la creencia religiosa, preso y muerto el Inca, á quien reputaban semi-Dios, aquella sociedad, roto el único lazo que la sugetaba y derribado el pedestal en que se apoyaba, derrumbóse, y derrumbóse con rapidez, como se derrumba rápidamente cuanto carece de apoyo y de sostén; y Pizarro, que al llegar al valle de Caxamalca, tenía ante sí á un imperio organizado y poderoso, encontróse, luego de muerto Atahualpa, con que solo le opondría resistencia una sociedad rota, un imperio desquiciado.

III

En presencia de los trastornos que producía la muerte de Atahualpa, y de las divisiones que reinaban entre quiteños y cuzqueños, presintió Pizarro que había llegado el momento de adelantar y consumar su conquista con la cooperación de los mismos indígenas, dando su apoyo yá al uno yá al otro de los bandos, que, hostilizándose, se debilitarían recíprocamente, y le franquearían el camino y la ocupación de las más codiciadas posesiones.

Desde luego reunió á los señores de Quito que habían formado en Caxamalca la córte del cautivo Atahualpa, entre los que se encontraba, por haber sido traído contra su voluntad, el prestigioso Chascuchina, que era uno de los más gloriosos generales del Imperio, y los invitó á que

reconstituyeran su propio gobierno, nombrando un nuevo Inca. La elección recayó en el jóven Tupac-Inca, hermano de padre y madre de Atahualpa, y lo invistieron de la dignidad imperial con todas las ceremonias que eran de estilo en el advenimiento de los emperadores.

Era cuando menos dudoso que se sometieran al monarca electo en el campamento del matador de Atahualpa, los caudillos suyos que en Quito juraban vengarlo, y especialmente el preponderante Rumiñahuí, que, como lo dejo dicho, intentaba restaurar la autonomía del antíguo reino; y esto me esplica el hecho de que el nuevo Inca, sin duda para asegurarse el apoyo de Pizarro, inaugurase su reinado declarándose vasallo del Rey católico.

Por su parte, los cuzqueños reconocían y aclamaban como Inca á Manco, hermano carnal de Huáscar, pretendiendo reconstruir el Imperio con la rama dinástica del Cuzco.

El general Quizquiz y su ejército, se conservaban allí, dispuestos á resistir á los españoles, pero prefiriendo para la definitiva reorganización del Imperio al príncipe de Quito.

Así se abría bajo la mano y con la intervención directa de Pizarro, el segundo período de la guerra civil, que se estinguía con el cautiverio de Huáscar y el triunfo de Atahualpa en los mismos dias en que los aventureros españoles emprendían, desembarcando en las costas peruanas, la conquista que iban á continuar, del Imperio de los Incas.

La fama del cuantioso tesoro partido en Caxamalca, había aumentado el pequeño ejército de Pizarro, con crecido número de aventureros que recorrían la parte central del continente, y que desde allí alzaban el vuelo para dejarse caer, como las aves de presa, en los sitios en que había despojos que hacer ó botines que repartir.

Al frente de su ejército, y despues de despachar al capitan Sebastian de Benalcazar para que reforzase, con las tropas que le dió, la colonia de San Miguel, centro de las ulteriores operaciones del norte, Pizarro dejó los cuarteles de Caxamalca en septiembre de 1533, y se puso en marcha para el Cuzco con el Inca Tupac y el general Chascuchina, que lo acompañaban en lujosas literas, y con un séquito que remedaba la pompa con que los hijos del Sol visitaban sus dominios.

Aunque los indígenas que fué encontrando se le presentaban en actitud hostil, llegó sin resistencia séria hasta el valle de Jauja, donde se detuvo, y resolvió la fundación de la ciudad que ha llevado ese nombre.

Allí murió inesperadamente el Inca Tupac, y Pizarro aprovechó este suceso para libertarse de las inquietudes en que lo tenían la actitud retraída, el patriotismo, la reputación y las dotes militares del caudillo Chascuchina, al que mandó prender y juzgar como sospechoso de haber envenenado á su nuevo soberano, y de tener inteligencias con los enemigos. De nada de esto había ni hubo prueba alguna fehaciente, pero se procedió como en el juicio de Atahualpa, y, como á él, se le condenó á ser quemado vivo.

Al aproximarse á la hoguera en que esa atrocidad debía verificarse, el Padre Valverde, que acompañaba al condenado, le hizo la misma exhortación y promesa que á Atahualpa, pero el viejo guerrero, mirándole de arriba abajo con el más altivo desdén, esclamó: — «Cállate, mentiroso; no quiero nada de tí ni de los tuyos!» Y esto diciendo, se arrojó al fuego gritando, ya envuelto por las llamas: ¡Pachacamá! ¡Pachacamá!

Sobre esta nueva profanación de la justicia, el cronista Herrera se limita á decir: «los que siguen las razones de estado, á todo cierran los ojos».

Entre tanto, impuesto Quizquiz de la marcha de Pizarro, proveía á la seguridad de la ciudad del Cuzco, dejándole una parte de su ejército al mando de buenos oficiales, y con la otra salía al encuentro de los invasores en las cercanías de Jauja.

No queriendo aventurar un combate en el territorio llano, en el cual la superioridad de la caballería no le dejaba probabilidades de buen éxito, se resolvió esperar á los invasores, ocupando los desfiladeros de la cordillera que debían trasponer.

Allí tuvo lugar el primer encuentro con la vanguardia de Pizarro, al mando de Hernando de Soto; y voy á narrarlo con detalles (que omitiré en adelante), para caracterizar la decisión y los medios con que los indígenas emprendieron la resistencia armada.

Apenas Hernando de Soto y sus soldados se internaron en los estrechos, escabrosos y empinados senderos de la sierra, multitudes indígenas, armadas á su manera, que parecían salidas de las cavernas ó de las breñas, llenando el aire con sus gritos de guerra, se precipitaron iracundos sobre la caballería española, que trepaba fatigosamente la áspera cuesta, y la acometida fué tan rápida y vigorosa, que las primeras filas perdieron su formación y remolinaron, desordenando y confundiendo á las que detrás venían. Los caballos estaban cansados, y los indígenas metiéndose entre ellos, se prendieron fuertemente de las patas de esos animales para impedirles la subida ó despeñarlos en la pendiente.

En este momento de confusión indescriptible, Hernando de Soto, que no había perdido su aplomo, despertó en los soldados que lo acompañaban la heroicidad de su raza, y enterrando las espuelas en los hijares de su caballo, al grito de: ¡Santiago y á ellos! se lanzó sobre la muralla de hombres que le cerraba el camino; los suyos le imitaron y se abrieron paso, por el cual siguieron batallando, hasta que al fin alcanzaron una planicie, en la que pudiendo ordenarse y mover los caballos, resistirían con menos desventajas. En ella continuó la refriega, despues de breve descanso, hasta que la oscuridad de la noche la suspendió, habiendo sufrido los españoles la pérdida, relativamente considerable, de seis hombres y tres caballos.

Soto, al entrar en la sierra, dió oportuno aviso á Pizarro de los peligros que podía correr en los desfiladeros, si, como todo lo indicaba, le esperaban en ellos fuerzas numerosas; y Pizarro, atendiéndolo sin demora, despachó en su auxilio á Almagro con toda su gente, pero por mucho que éste aceleró su marcha, cuando llegó al pié de la cordillera había cerrado la noche, que era muy oscura. Hizo sonar allí sus trompetas para avisar el arribo del refuerzo, y habiendo Soto despachado hombres para que guiados por esos sonidos le encontrasen, verificóse la incorporación sin mayor dificultad.

Los sonidos de las trompetas habían alarmado á los indígenas durante la noche, y á las primeras luces del dia se convencieron de que el enemigo había sido reforzado.

Sin embargo, renovaron las hostilidades, cerrándoles el camino por donde habían subido, sin duda para impedir ó dificultar nuevos arribos.

Almagro, que había asumido el mando como superior, evolucionó de manera que parecía más dispuesto á evitar que á empeñar un combate; continuando esa evolución hasta darle el carácter de una retirada tan pronunciada que casi semejaba una huida.

Estas astucias de Almagro engañaron á los indígenas y los persuadieron de que los españoles derrotados, segun ellos lo creían, en la tarde del dia anterior, huían amilanados, y, creyendo que su triunfo era tan seguro que escusaba toda precaución, emprendieron una persecución sin órden ni concierto que les fué funesta, porque llegados á un espacio más ámplio en el que la caballería podía maniobrar, volvió caras y se precipitó sobre ellos con tal rapidez y tal empuje, que les hizo los mayores y más sangrientos destrozos, no permitiéndoles ordenarse y hacer pié firme como lo intentaron más de una vez, hasta que amparados por una espesa niebla que sobrevino, pudieron alejarse.

Poco despues llegó Pizarro con el resto de sus tropas, y los españoles tuvieron en Villas cinco dias de reposo sin volver á notar la importuna presencia de los enemigos.

Estos sucesos debilitaron en Manco, el Inca del Cuzco, la confianza que pudiera tener en la resistencia de Quizquiz, y persuadido de que la muerte de Chascuchina era un rompimiento definitivo con los de Quito, salió al encuentro de Pizarro en el valle de Xaquinaguana. Pizarro lo recibió afectuosamente, declarándole entonces que su viaje al Perú había tenido por objeto sostener los derechos de Huáscar: la marcha á Caxamalca había sido para desarmar á sus enemigos, la muerte de Atahualpa para vengarle, y la venida al Cuzco para reponer en el trono al legítimo heredero.

Los cuzqueños aceptaron estas esplicaciones. Pizarro le declaró á Manco que le ceñiría la borla imperial con su propia mano, y llevándole en compañía de todos los suyos, se dirigió á la ciudad del Cuzco, en la que suponía entrar sin resistencia.

Equivocóse en esto porque los de Quizquiz resistieron, pero despues de récios combates abandonaron la Ciudad y se retiraron para reunirse en las montañas con su general.

Posesionado de la Ciudad, sin miramiento por el monarca, y disimulando éste porque bien sabía que en cuanto al oro, los españoles lo anteponían á todo, Pizarro se apoderó desde luego de los tesoros imperiales del Cuzco que sobrepujaban á los reunidos para el rescate de Atahualpa. Sacados los quintos del rey, todo lo que los capitanes y oficiales quisieron para sí, y todo lo escondido por la tropa, les tocó á cada uno de los 480 soldados cuatro mil pesos de oro.

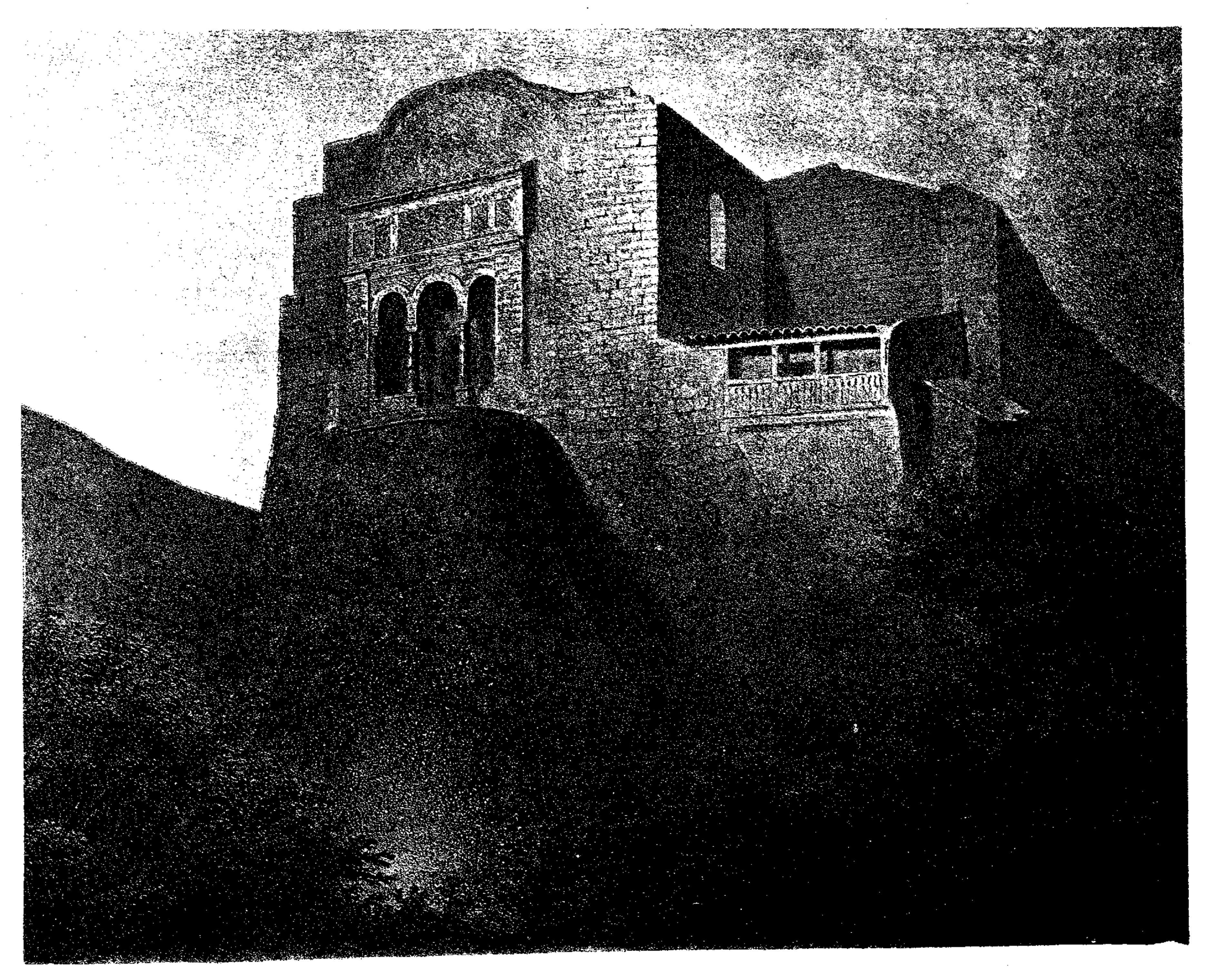


Fig. 14. — Parte del Convento de Santo Domingo, edificado sobre los muros ciclópeos del Templo del Sol (Cuzco).

La población del Cuzco había recibido á los españoles como salvadores del Imperio; y en medio de fiestas que recordaban los mejores tiempos de la monarquía, el Inca fué coronado con la borla imperial. Los españoles, por su parte, admirados de la riqueza de aquella Capital, de la

abundancia de su población, que algunos computaban en 200.000 almas, y más que todo, de la suavidad é inteligencia de los cuzqueños, pensaron en establecerse sólidamente allí. Fundaron cabildo, convirtieron en Iglesia cristiana el templo del Sol, y principiaron la predicación evangélica.

A estos actos que anulaban la autoridad y representación del Inca y lastimaban las creencias religiosas de su pueblo, se agregaron los de los soldados, cuya codicia é insolencia irritaban y vejaban á todos los naturales. Las casas de las sacerdotisas fueron violadas, saqueados los tesoros de los templos y despojados y estropeados los infelices que, tan cariñosamente los habían recibido. Todo esto provocaba y preparaba la sublevación del Inca y de los cuzqueños, que más tarde tuvo lugar.

Mientras así se adelantaba la conquista del Sud del imperio, el capitan Benalcazar, que había quedado, como dejo dicho, en San Miguel de Piura, viéndose reforzado por los aventureros que continuaban viniendo al Perú buscando mejor fortuna, cediendo á la seducción de las riquezas de Quito, de que tanto se hablaba, resolvió expedicionar por su cuenta para apoderarse de ellas.

En Quito, el caudillo Rumiñahuí, dominado por su ambición, aspiraba á reemplazar á los Incas, en medio de la confusión reinante, despues de haber suprimido por la muerte á los vástagos de la dinastía de Atahualpa que allí residían, de haber vencido por el terror todas las resistencias que se oponían, y de encontrarse en posesión del mando supremo cuando Benalcazar llegó á sus dominios.

La lucha armada que con este motivo se trabó, fué tenaz, llegando á quedar indecisa la gran batalla en que los contendientes habían comprometido sus mejores elementos; pero en la noche que precedió al dia en que debía renovarse, se hizo sentir la erupción del volcán Cotopaxi, que los oráculos habían anunciado como fatal al reino de Quito, y los guerreros quiteños se dispersaron.

Apesar de eso, Rumiñahuí quiso continuar la resistencia, pero no pudiendo defender á Quito, le puso fuego, intentando destruir completamente la Ciudad, lo que evitó Benalcazar penetrando en ella.

Luego despues de dispersar á los indígenas que habían quedado en las inmediaciones, se estableció en Quito, denominándola San Francisco.



Fig. 15. — Hernando de Soto.

No se encontraron en Quito los grandes tesoros que se le atribuían, pero su fama se había difundido por todo el nuevo mundo de los españoles, y las exageraciones eran tales que encendieron la codicia de Pedro Alvarado, conquistador y gobernador de Guatemala, el cual sin prestar atención á los derechos de Pizarro, preparó una expedición con la que desembarcó en las costas de Quito, compuesta de 500 soldados españoles, muchos indios auxiliares y 230 caballos.

La internación de estos expedicionarios fué una série de contrariedades y calamidades de todo género. Los veteranos de Cortés, dice el historiador que en esta parte voy siguiendo, acostumbrados á soportar padecimientos sobrehumanos, sucumbían en este viaje entre los horrores del hambre, las fiebres malignas y el frío de las alturas á que no estaban acostumbrados. Jamás los conquistadores del nuevo mundo habían encontrado mayores dificultades. Alvarado, aunque acometido de violentas calenturas, conservó su ánimo inflexible. Pero el cielo y la tierra parecían haberse conjurado contra los españoles. El aire se cubrió de cenizas humeantes; oyéronse ruidos subterráneos: inmensas moles de nieve se desprendían de las montañas, arrastrando grandes peñascos; eran los sorprendentes fenómenos de la erupción del volcán Cotopaxi, que en ese mismo tiempo había aterrorizado á los guerreros quiteños de Rumiñahuí. Las penalidades de esta marcha no terminaron allí; al atravesar nuevos cordones de montañas, antes de llegar á Riobamba, el frío intenso de las alturas causó la muerte de gran número de indígenas auxiliares y españoles.

Pizarro tuvo aviso oportuno de esta invasión, y sin pérdida de momento había dispuesto que Almagro, incorporando á sus fuerzas las de Benalcazar, al que ponía á sus órdenes, repeliese á los invasores; de lo que resultó que cuando Alvarado, concluyendo el penoso descenso de la alta cordillera inmediata á la Ciudad de Quito, llegaba á la llanura que tiene á su pié, y se detenía allí para tomar algun aliento, ya aquellos capitanes estaban reunidos en Riobamba y le esperaban decididos á oponérsele.

Un combate fratricida parecía inevitable. Alvarado no podía flaquear ante los que le cerraban, con las armas en la mano, el camino que había tomado; pero en las primeras escaramuzas ya se dejó sentir la influencia de la noticia, vulgarizada por allí, y que se trasmitía del uno al otro campo, de que no se encontraban los afamados tesoros quiteños. Aquellos soldados avezados á los combates más récios con los hombres y con la misma naturaleza, hallándose poco dispuestos á pelear y atraídos por el oro y las maravillas del Sur del Perú conquistado, se pasaban resueltamente á las banderas de Almagro; y el mismo Alvarado, desde que se persuadió de que en realidad no existían los tesoros que habían determinado su empresa, se disponía á terminarla por una transacción mercantil.

Y la transacción se realizó con ese carácter que ha empequeñecido los grandes hombres y los altos hechos de la conquista.

Alvarado convino con Almagro en vender á Pizarro su escuadra, las armas, pertrechos y municiones de su ejército, permitiendo que todos los hombres que lo acompañaban tomasen servicio en el Perú, por la cantidad de cien mil pesos oro; y firmado este contrato, los dos capitanes se pusieron en viaje para el Sur, para recabar la aprobación de Pizarro, que había salido del Cuzco con un cuerpo de tropas para reforzar las fuerzas suyas, en operaciones contra la invasión de Alvarado.

Encontraron á Pizarro en el valle del Rimac, donde aprobó la compra-venta y le hizo entrega á Alvarado del precio pactado.

Con Alvarado habían ido personas de calidad y fama, que quedaron con Pizarro y se hicieron notables en el Perú, entre ellos tres Alvarados, parientes del conquistador de Guatemala, Garcilaso de la Vega, despues padre del historiador de este apellido, Juan de Saavedra, Alfonso Palomino y otros.

Fué entonces que Pizarro resolvió fundar en el sitio en que se encontraba una Ciudad destinada á ser la Capital del Imperio que conquistaba. Decidido no solo por la inmediación á los hermosísimos valles y por la dulzura del clima de las orillas del Rimac, sinó porque quedaría á dos leguas del mar y casi á igual distancia del Cuzco y de Quito, el 1° de Enero de 1535 fundó la Ciudad «de los Reyes» en honor de la fiesta de la Epifania que se celebra en ese dia: pero ese nombre que es el oficial, fué sustituido popularmente por el de Lima que ha prevalecido (1). Se comenzaron desde luego las construcciones, y se puso tanto empeño, que en breve tiempo quedó establecida allí la residencia de Pizarro, á la que tendré que referirme, siendo esto lo que me ha inducido á consignar estos detalles.

Por este tiempo se tuvo noticia del arresto de Hernando Pizarro que, como queda dicho, fué á España á dar cuenta de la expedición del Perú, de la captura del Inca y de la repartición de los tesoros, cuyo quinto llevaba para el tesoro real.

Cárlos V. quedó admirado de las portentosas hazañas de sus vasallos y de las riquezas de los países de aquel nuevo mundo que iba incorporándose á las posesiones de su corona.

El rey confirmaba á Pizarro en su gobierno del Perú, al que daba la denominación de Nueva Castilla, añadiéndole sesenta leguas de tierra sobre las doscientas que se le habían concedido antes, las cuales debían contarse desde el rio de San Juan corriendo hácia el Sur, con muchos privilegios, y la nobleza con el título de Marqués de los Atavillos; pero al mismo tiempo Almagro era pro-

(1) Dicen los historiadores que Lima es un nombre corrompido del de Rimac, que los naturales daban á aquel valle: y el señor Paz Soldan, en su Diccionario geográfico del Perú, dá la siguiente esplicación etimológica: «*Lima* es corrupción de Rimac que significa hablador, porque decía que hablaba y daba respuestas: el verbo es *Rima*, hablar, charlar, arengar».



Fig. 16. — Casa de Pizarro en Lima.

visto de otro gobierno independiente, en el mismo Perú, que se creaba con el nombre de Nuevo Reino de Toledo, cuyo territorio debía comenzar desde los confines del señalado á Pizarro y dilatarse al Sur por doscientas leguas.

La noticia de estas provisiones no era oficial, porque los despachos reales los traía Hernando Pizarro, que aun se encontraba en Panamá con una espedición destinada á aumentar las fuerzas de su hermano en el Perú; pero apesar de eso, apenas la recibió Almagro en San Miguel, sin esperar su confirmación, partió aceleradamente á tomar posesión del Cuzco, juzgando que esta Ciudad estaba comprendida en su gobierno.

Hallábanse allí Juan y Gonzalo Pizarro, los cuales se opusieron á la pretensión de Almagro, produciendo un sério conflicto, que se habría dirimido por las armas, si al primer aviso de esta novedad no se hubiera trasladado al Cuzco el Gobernador Pizarro.

Pizarro dominó á Almagro, mostrándose dispuesto á hacer los mayores sacrificios para conservar inalterables los vínculos que los unían como compañeros y amigos. Lo convenció fácilmente de que había obrado con precipitación, puesto que no había nada oficial que confirmase las anunciadas concesiones; y lo indujo á celebrar un nuevo convenio con la misma solemnidad con que hicieron el famoso contrato de Panamá, en la iglesia, durante la misa, y jurando por el sacramento de la eucaristía.

Almagro se comprometió á emprender la conquista de Chile, donde abundaba el oro, segun lo afirmaban los naturales, prometiendo ambos respetar los lazos de la amistad y no comunicarse con el rey sin consentimiento mútuo, para evitar acusaciones recíprocas, y repartiéndose entre ambos las utilidades de las operaciones subsiguientes.

No entra en mi propósito historiar la conquista de Chile, á la que partió Almagro con solo una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente Rodrigo Ordoñez, para que lo siguiese con el resto, como lo hizo.

Durante esta expedición, reapareció la resistencia armada de los indígenas, que por algun tiempo parecía extinguida con las derrotas y la muerte de Quizquiz en el Norte y la sumisión del Inca y del pueblo del Cuzco en el Sur.

Pero el Inca que, como todos los oprimidos, aspiraba á libertarse con los suyos, del yugo cada dia más pesado, que les imponían los codiciosos conquistadores, preparó sigilosa y acertadamente una sublevación general desde las afueras del Cuzco hasta los confines del reino de Quito, sirviéndose para promoverla en Chile de Felipillo, el famoso intérprete del juicio de Atahualpa, con lo cual se proponía impedir la concentración de las fuerzas que los españoles tenían fraccionadas mientras él operaba con masas considerables. Faltábales solo poder disponer de su propia persona, que consideraban vigilada con centinelas de vista dentro del propio palacio del Inca, los hermanos Gonzalo y Juan Pizarro que mandaban en el Cuzco, cuando llegó á esta Ciudad Hernando Pizarro que regresaba de España con las anunciadas provisiones reales.

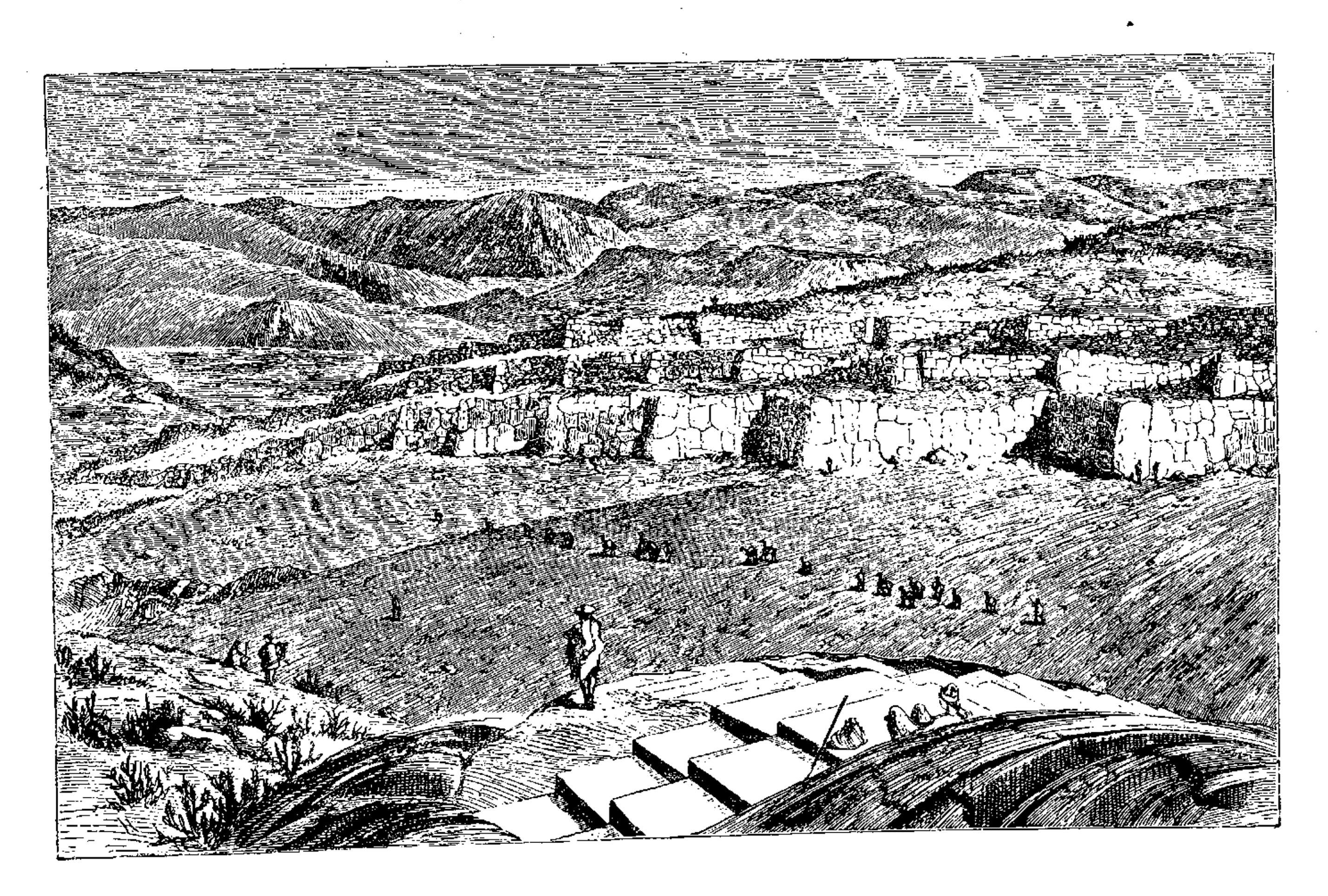


Fig. 17. — Parte de la fortaleza de Sacsahuaman (cerca del Cuzco).

El Inca conocía á Hernando y desde su arribo tratóle con efusiva amistad, despertando su avaricia personal que era estrema, iniciándole en los medios de satisfacerla, é inspirándole por toda su conducta la más absoluta confianza; y seguro ya de poseerla, díjole un dia con la mayor sencillez, que si le dieran licencia para asistir á una fiesta solemne que hacían los indios en una población cercana, prometía traerle de allí una estátua maciza de oro de tamaño natural, que representaba á su padre Huainca Capac. Hernando dióle sin vacilar la solicitada licencia, y Manco,

que debía regresar con la estátua tan pronto como terminase la fiesta, pudo salir libremente del palacio de sus antepasados que le habían transformado en vejatoria prisión.

Apenas llegó á la población indicada, el Inca, colocándose al frente de las tropas prevenidas, y declarando que él era la estátua de su padre, enarboló el estandarte de la insurrección. Partieron incontinente ligeros correos con el aviso convenido, y al oscurecer, este aviso se trasmitía á todas partes y á las mayores distancias, por medio de hogueras que se encendían sucesivamente.

Al mismo tiempo que se encendían estos fuegos, que durante aquella noche brillaban como estrellas en toda la extensión de los horizontes que abarcaba la vista, se aproximaba al Cuzco un valeroso capitan despachado por el Inca con suficiente y escogida tropa para que, cayendo de sorpresa, inquietase el interior de la Ciudad, la dañase de todos modos, y tomase posiciones en que pudiera sostenerse hasta que llegase el grueso ejército que iría á cercarla.

Los indígenas operaron aceleradamente y penetraron en la Ciudad con tanta fuerza, que hallándose dentro los tres Pizarros, Hernando, Gonzalo y Juan, con 260 españoles, no pudieron rechazar á los invasores, que incendiaron algunas partes de la Ciudad y se apoderaron de la fortaleza antes de que los españoles pudieran refugiarse y hacerse fuertes en ella, como lo intentaron cuando era ya tarde.

Al rededor de esa fortaleza, en la que los del Inca hicieron pié firme, se prolongó la lucha durante siete dias; que tanto tardaron en apoderarse de ella por un asalto nocturno, en el que murió Juan Pizarro, partida la cabeza por una pedrada.

Pero cuando los españoles alcanzaban esta victoria, ya se acercaba á la Ciudad el Inca Manco Capac con el grueso de su ejército.

Entre tanto, en aquella primera noche de la insurrección, en que se realizaba la sorpresa del Cuzco, y en los dias que la siguieron, los españoles que se encontraban diseminados en las demás poblaciones, establecimientos de campo, minas, y aun en los caminos, eran asaltados, despojados y cruelmente muertos por los indígenas sublevados. El plan de la insurrección tuvo complemento en el extenso territorio que abarcaba, menos en Chile, donde sucedió lo que más adelante se dirá.

El ejército que estableció el sitio del Cuzco se componía de cien mil hombres, y este número podía duplicarse con facilidad.

El Inca Manco Capac venía á su frente, montado á caballo, con un pequeño cuerpo de indígenas armados á la española, con las armas de los que habían muerto en los dias anteriores.

La tropa, formada en escuadrones compactos, se mostraba animada del mayor entusiasmo y en esta ocasión probaron su aptitud para el manejo de las armas europeas, así las de corte como las de fuego. Traían lanzas construidas por ellos, sólidas y guarnecidas de puntas de cobre; montaban los caballos de que se habían apoderado y cargaban resueltamente.

Su número les permitió cercar estrechamente todo el recinto de la Ciudad, y estrechar á los sitiados poniendo fuego á diversos barrios y levantando palizadas en las calles para impedir ó dificultar la salida de los enemigos.

Así obligaron á los españoles á concentrarse á la gran plaza y á las casas que junto á ella estaban, levantando toldos en el centro para abrigarse.

En este estrecho espacio, aquel puñado de españoles se mantuvo heróicamente, desplegando en todos los conflictos defensivos ó agresivos su acostumbrado valor.

Érales imposible vencer la superioridad numérica de los sitiadores, pero imposible les era á éstos quebrantar la fortaleza de los sitiados, ni ponerse en los combates de cuerpo á cuerpo al alcance de aquellos puños más duros que el hierro, mejor templados que el acero de sus temibles toledanas.

Equilibradas las fuerzas, el sitio, que era un conflicto permanente, se prolongó por cinco meses, y como esta prolongación impedía las siembras, cuya falta reproduciría los desastres del hambre, el Inca se resolvió á levantarlo temporalmente, dejando una fuerte columna para el resguardo de su persona, con la cual se retiró á una fortaleza denominada el Tambo.

En ella fueron á buscarlo los españoles, llevándoles un ataque vigoroso; pero la posición

elevada de aquella sólida construcción y el vigor de sus defensores, los obligó á volver al Cuzco, donde tenían no poco que hacer, para mejorar su situación, aprovechando aquella trégua. Los cronistas españoles atribuyen la salvación de los sitiados en el Cuzco á la protección del Cielo.

Como la insurrección había sido general, el Gobernador Pizarro, que se hallaba en Lima, se había encontrado incomunicado con todos sus capitanes; y así aislado, había pedido refuerzos á las colonias del Norte y hasta á Pedro de Alvarado que gobernaba todavía en Guatemala; pero mientras estos auxilios llegaban, los indígenas se mostraban cada dia más insolentes, y la ruina de los españoles más próxima.

En Chile no se había producido la insurrección, porque los agentes del Inca fueron descubiertos al iniciar los trabajos y huyeron. Se les persiguió, fueron capturados, y al intérprete Felipillo, que era uno de ellos, como ya he dicho, se le descuartizó.

En seguida resolvió Almagro abandonar á Chile para combatir la insurrección y apoderarse del gobierno que le conferían las provisiones reales auténticas que había recibido; y en el mes de marzo de 1537, al acercarse al Cuzco en auxilio de sus defensores, envió emisarios al Inca Manco dándole aviso de su próximo arribo con fuerte número de tropas, é intimándole que suspendiera las hostilidades y tratase bien á los prisioneros hasta que él llegase á poner arreglo en todo, y á reparar los agravios que se le hubieran inferido.

El Inca, víctima de tantas falsedades, bien autorizado estaba para temer que en la suspensión de hostilidades solo se propusieran adelantar su marcha sin obstáculos ó acometerlo descuidado; pero en vez de rehusarla ó de tomar las precauciones que juzgase necesarias para garantir su seguridad, se decidió á realizar él, por su parte, todo lo que en su enemigo sospechaba.



El Adelantado Don **DIEGO de ALMAGRO** *Capitan Liberalissimo.*

Fig. 18.

No rehusó, pues, la suspensión de hostilidades, y poniéndose en acecho, en el momento que le pareció más propicio para una sorpresa, cayó de improviso sobre el campamento de Almagro, pero éste no estaba descuidado, y despues de rechazar el rudo ataque, derrotadas las fuerzas del Inca, quedóle abierto el camino hasta las puertas del Cuzco.

Almagro creía de buena fé que esa Ciudad del Cuzco, Capital del antíguo imperio, estaba dentro de los límites que le señalaba el rey para su gobernación.

Sin embargo, eso era cuestionable, porque la real provisión se refería á grados de latitud, cuya fijación requería conocimientos científicos de que carecían todos los que por allí estaban.

El conflicto se estableció de hecho entre Almagro que, al frente de sus tropas, exijía la entrega de la Ciudad, y Hernando Pizarro, jefe de la fuerza de la guarnición que la rehusaba, y estaba á punto de dirimirse por las armas, cuando en un momento lucido, oyendo buenos consejos, convinieron en someter la cuestión al parecer de algunos pilotos peritos en cosmografía.

Pero esa lucidez duró poco. Hernando Pizarro había quedado en posesión del Cuzco, pero formalmente comprometido á respetar el statu-quo, no tomando ninguna medida militar; más á los pocos dias comenzó á reparar las fortificaciones y á cortar algunos puentes, y los de Almagro, que tenían amigos dentro de la plaza, y no querían pasar á campo raso la estación de las lluvias, mientras sus adversarios estuvieran recojidos en los buenos cuarteles de la Ciudad, resolvieron no tolerar esa infracción de lo pactado, apoderándose de ella, lo que efectuaron en una noche tempestuosa (8 abril 1537) á viva fuerza despues de sorprendidas las centinelas.

Hernando Pizarro, encerrado en una casa, se defendió vigorosamente, pero habiéndole puesto fuego al edificio, tuvo que rendirse á discreción con todos los que le acompañaban. Al siguiente dia el Cabildo reconoció á Almagro como Gobernador de la Ciudad, y Hernando y Gonzalo Pizarro fueron encerrados en estrechas prisiones.

La guerra civil había comenzado, y en esta lucha fratricida, veremos reproducidas todas las simulaciones, las alevosías y las crueldades que caracterizan á la conquista.

El Gobernador Pizarro fortalecido con alguno de los socorros que solicitara, había organizado una columna de 500 hombres bajo el mando del capitan Alonso de Alvarado, para socorrer á la guarnición del Cuzco, y cuando este jefe se aproximaba á su destino, apercibido á pelear con los indígenas insurreccionados, se presentaron en su campo los emisarios que venían á imponerlo de los sucesos ocurridos, y á solicitar su adhesión al partido de Almagro.

Alvarado, fiel á su mandato, apresó á los emisarios y continuó su marcha al Sur, decidido á restablecer en el Cuzco, con la fuerza de que disponía, la autoridad de Pizarro; pero al llegar á orillas del rio Abancay encontró á los de Almagro que aun inferiores en número se mostraban resueltos á oponérsele.

Los de Almagro, hábilmente dirijidos, entretuvieron el dia con diversos movimientos, y en la noche lograron que pasase el rio, sin ser sentido, un fuerte destacamento que sorprendió el campamento y dispersó las fuerzas de Alvarado, tomando prisionero á este jefe y á algunos de sus mejores oficiales.

Por los dispersos de Alvarado que llegaron á Lima, se enteró por primera vez el Gobernador Pizarro del regreso de Alvarado con su fuerza, de la ocupación del Cuzco, en la que sus hermanos Hernando y Gonzalo estaban aprisionados, del establecimiento del Gobierno de su antíguo compañero, y de la pérdida del ejército de Alvarado que con tantos afanes había reunido y organizado.

Sin medios para reparar por las armas todo lo perdido, se propuso ganar tiempo, adormecer á Almagro, mientras preparaba sigilosa y astutamente su ruina, y salvar si era posible la vida de su hermano Hernando, que consideraba en inminente peligro.

Mientras Pizarro mostrándose dominado por la confraternidad que lo ligaba con su viejo amigo y compañero, y por horror á la guerra civil, aparentaba buscar un avenimiento, los oficiales de Almagro, y especialmente Rodrigo Orgoñez, que era el de más valía, estrechaban á éste á que complementase su triunfo, quitando la vida á los dos Pizarros, á Alonso de Alvarado y á otros prisioneros que serían siempre un peligro para él, y marchar inmediatamente sobre Lima para no dar tiempo á que el Gobernador pudiese aprestarse para la defensa.

Pero Almagro, tan valiente en el campo de batalla como el más alentado de sus compañeros, y menos cruel que el de mejores entrañas, rehusaba matar á sus compatriotas prisioneros y sobre todo derramar la sangre de los Pizarros, en cuya familia respetaba antíguos y cariñosos afectos; y considerándose seguro, lejos de encaminarse á Lima, salió del Cuzco para hacer una exploración á los valles de la costa.

Durante esta ausencia, Gonzalo Pizarro, Alvarado y otros presos lograron fugar del Cuzco, y se encaminaron á Lima; y con motivo de esta evasión los oficiales de Almagro volvieron á insistir en sus consejos, pero él no solo se negó á quitarle la vida á Hernando Pizarro que había quedado en su poder, sinó que continuó la negociación con su hermano el Gobernador.

Esta negociación caminaba lentamente, y Pizarro, segun despues fué visto, levantaba con suma reserva diversos procesos para justificar ante la Córte su conducta y acusar la de su antíguo sócio,

probando por medio de numerosas declaraciones, que á él se le debía principalmente la conquista del Perú, que Almagro había llegado cuando ésta estaba casi terminada, y que desde su arribo había sido la causa de las discordias civiles. Los procesos hábilmente concebidos y ejecutados, presentaban pruebas que impresionaban, y que impresionaron tanto á Cárlos V que, sin más investigar, por cédula dada en Barcelona el 14 de marzo de 1538 le mandaba á Almagro que restituyese á Pizarro la Ciudad del Cuzco — «Os mandamos, decía, que sin poner escusa ni dilación alguna dejeis, torneis y restituyais al dicho Gobernador don Francisco Pizarro la dicha Ciudad del Cuzco y solteis luego á las personas que tuvieredes presas». (1)

En el tiempo que decorrió, mientras estos procesos hacían viaje á España, y allá se veían y fallaban, Pizarro había adelantado mucho sus otras operaciones y los sucesos se precipitaron rápida y decisivamente.

La negociación confiada por Pizarro al licenciado Espinosa, cuyo nombre está ligado á la iniciación y realización de la empresa sobre el Perú, no dió satisfactorios resultados, pero se reanudó más tarde por Fray Francisco Bobadilla, Provincial de la Orden de mercenarios, el que recordándole á Almagro antíguas relaciones de amistad, le redujo á que celebrase una conferencia con el Gobernador, y á que se inclinase á poner en libertad á Hernando Pizarro, con el formal compromiso de salir inmediatamente para España.

Todos los amigos y partidarios de Almagro, enviaron sus instancias para que no pusiese en libertad al mentado Hernando, y aun hicieron sentir que se opondrían á este acto, porqué el empeño del Gobernador Pizarro encerraba dañosos fines; pero hallábase á la sazón en el Cuzco el capitán Diego de Alvarado, imparcial, hombre de bien, respetado por todos, y que creyendo que el marqués Pizarro no deshonraría su alto rango, correspondiendo con una traición á la libertad, que generosamente se concediera á su pedido, se ofreció como fiador de que Hernando Pizarro se embarcaría de seguida para España como le decía el marqués, y lo prometiera el mismo Hernando, empeñando su palabra de caballero.

Almagro no vaciló y contrariando á todos los suyos, le devolvió á Hernando su libertad.

La entrevista de Almagro con Pizarro tuvo lugar el 13 de noviembre de 1537 en un punto de la costa llamado Mala; pero los dos jefes se separaron más descontentos que antes y sin arribar á resultado alguno. Se refiere que en esta entrevista Pizarro tuvo el proyecto de apoderarse de su rival, y que éste fué advertido oportunamente de la traición. Sin embargo, esta denuncia no bastó por sí sola para que interrumpiese la negociación con Pizarro, y habiéndose ofrecido Fray Francisco Bobadilla como mediador para resolver las diferencias pendientes, y poner término á la guerra civil, Almagro, que tenía confianza en su imparcial rectitud, lo aceptó como juez árbitro. Pizarro se avino tambien á someterse á sus decisiones.

La sentencia arbitral no se hizo esperar, y segun ella, Almagro debía entregar el Cuzco á Pizarro hasta que un diestro piloto determinase fijamente la línea divisora entre las dos gobernaciones.

Almagro, airado como los suyos, creyó que esta sentencia era una traición, y sin vacilar declaró que estaba resuelto á no darle cumplimiento.

Esta declaración que colocaba la cuestión en el terreno de las armas, satisfacía los deseos de Pizarro, que aprovechando bien el tiempo que le dieran sus enredos y sus falsías, había organizado sobre la base de dos compañías veteranas, que le había mandado el Gobernador de la isla de Santo Domingo, un ejército muy superior al que podían oponerle. Se componía de más de 700 soldados; mandaba la infantería Gonzalo Pizarro, la caballería Alfonso de Alvarado, y Hernando Pizarro, que honradamente debía estar en viaje para España, tomó el mando en jefe.

Almagro apenas pudo reunir quinientos hombres, y aunque previendo el desastre, anciano,

---

(1) El Sr. Barros Arana, de quien he tomado estas y muchas otras páginas, dice que en los Archivos de Indias depositados en Sevilla, existen dos voluminosos cuerpos de autos que Pizarro mandó á España para acusar á su rival.

quebrantado por los excesos y las fatigas de su vida, y en la ocasión enfermo, su ánimo no decayó; se colocó al frente de los suyos en la llanura vecina del Cuzco, para poder aprovechar su mejor caballería.

Las montañas que rodeaban esa llanura estaban coronadas por multitudes de indígenas que acudían de todas partes para presenciar el sangriento espectáculo que se preparaba.

Los dos ejércitos se avistaron el 6 de abril de 1538 en las Salinas, á dos millas de distancia del Cuzco, y olvidados de que todos eran españoles, vasallos de un mismo soberano, trabóse el más encarnizado combate en el que no pudiendo sostenerse, Almagro á caballo, se hizo llevar á una altura inmediata para ser testigo de la batalla que iba á decidir su destino. Sus veteranos y su mejor caballería hicieron una larga y valerosa resistencia, con no poco daño de los contrarios; pero éstos que tenían como base inconmovible las dos compañías de fusileros de Santo Domingo, rehaciéndose sobre ellas conservaron mejor su organización y esta circunstancia y la superioridad numérica le dieron completa victoria á los Pizarros.

Los vencedores persiguieron á sus enemigos con un furor extraordinario, acuchillándolos inhumanamente y ejerciendo en ellos atroces venganzas. El bizarro Orgoñez fué asesinado despues de la batalla, é igual suerte corrieron muchos otros oficiales y soldados.

Al pronunciarse la derrota, un amigo de Almagro lo sacó del campo de batalla en unas parihuelas, y llegado al Cuzco se encerró en la fortaleza. Allí se rindió al capitán Gonzalo Pizarro, y fué trasportado á una prisión.

Los vencedores trataron á la Ciudad como enemiga, despojándola de las reliquías y de lo que quedaba de sus antíguas riquezas y á los partidarios de Almagro de todo cuanto poseían.

Cumpliendo las instrucciones del Gobernador Pizarro, se trató, desde luego, de alejar á los oficiales y soldados más partidarios de Almagro; muchos fueron mandados á continuar la conquista de Chile á las órdenes de Pedro de Valdivia: el capitán Gomez de Alvarado fué destinado á conquistar Huánuco; el capitán Francisco Chaves, á hacer la guerra á los indios de Trujillo: el capitán Pedro de Vergara, á intentar la conquista de Chachapoyas: el capitán Francisco de Orellana, á restablecer la fundación de Guayaquil; y el capitán Pedro de Aruras, á sujetar la provincia de los coyas y fundar la Ciudad de Chuquisaca, á lo que ayudaron despues los dos Pizarros.



Fig. 19. — Pedro de Valdivia.

Muertos sus principales capitanes, fugitivos sus más decididos partidarios, y dispersada en las comisiones que acabo de nombrar lo que quedaba de su deshecho ejército, Almagro, vencido, encorvado por los años, postrado moral y físicamente, quedaba solo en el Cuzco, prisionero de Hernando Pizarro, á quien él había conservado la vida y restituido la libertad.

Pudo creerse que Hernando lo recordaba al verle prodigando á Almagro todo género de atenciones, y haciéndole entender que en breve lo despacharía al campo de su hermano Francisco si éste no llegaba antes al Cuzco. Tenía Almagro un hijo natural nacido en Panamá, llamado Diego, y Hernando tambien se esmeró en atender á este jóven, y lo mandó cerca del Gobernador, el cual lo recibió como si fuera su propio hijo.

Estos actos, suavizando moralmente las penalidades de la estrecha prisión en que se le mantenía, le hicieron creer á Almagro, tan crédulo en la desgracia como lo había sido en la prosperidad, que su antíguo amigo y compañero procedería con él como él había procedido con los suyos.

Pero entre las negras oscuridades en que siempre se escondían las intenciones de los Pizarros, otro era, y bien diverso, por cierto, el desenlace que se preparaba.

Hernando Pizarro había mandado instruir un proceso secreto contra Almagro, en el que se le acusaba de haberse apoderado del Cuzco á viva fuerza, y de haber hecho armas contra el Gobernador, entendiéndose con los indios insurrectos.

En este proceso, que no se instauraba para esclarecer la verdad de los hechos sinó para justificar ante la Córte la muerte del prisionero, resuelta por Pizarro desde el primer instante, no hubo tachas de testigos ni defensa del acusado en la forma legal. Procedióse como se había procedido en la causa de Atahualpa, acumulando declaraciones de jefes y soldados que decían lo que á los fines del proceso convenía, y las declaraciones fueron tantas, que, segun un testigo de vista, á que hace referencia el historiador cuyas palabras cópio, «el expediente se hizo tan alto como hasta la cintura de un hombre».

Pero si tantos fueron los que declararon contra Almagro, no faltaron algunos que movidos por sentimientos justicieros ó piadosos, tuvieron el intento de sustraer á la víctima de la saña de sus enemigos. Parece que los padres mercenarios que acababan de establecerse en el Cuzco, trataron de abrir un forado subterráneo para arrancar á Almagro de su prisión, y varios oficiales pensaron en libertarlo por la fuerza. Hernando Pizarro, que tuvo conocimiento de estos conatos, aprovechó los rumores de sublevación para acelerar la terminación del simulado juicio, y el 8 de julio fué firmada la llamada sentencia, con el carácter con que el mismo Almagro asociado á Pizarro, había firmado la de Atahualpa. En el mismo dia, Hernando Pizarro en persona, le notificó á Almagro la sentencia que lo condenaba á sufrir la pena de garrote, pocas horas despues, por el crímen de traición.

Almagro no comprendía lo que le pasaba: su ánimo decayó, y al oírle á Hernando que se le negaba el derecho de apelación, cayó de rodillas recordándole la generosidad con que lo había tratado hacía pocos meses. «Señor, contestóle Pizarro, no hagais esas bajezas; morid tan valerosamente como habeis vivido, que no es de caballeros humillarse».

El capitán Diego de Alvarado, aquel que, como se recordará, obtuvo la libertad de Hernando garantiendo su honor y la hidalguía del Gobernador, se interpuso en favor de Almagro queriendo que en esta ocasión le correspondiese Pizarro como caballero, más éste rechazó sus ruegos con la más ofensiva altanería.

Convencido Almagro de que su muerte era inevitable, empleó las pocas horas que le quedaban en prepararse á morir como cristiano, é hizo su testamento nombrando albacea á Alonso Henriquez de Guzman, y recomendando su hijo á Juan de Rada, hombre inteligente y de intrépido coraje, quien le dió palabra de no desamparar al jóven que le confiaba.

Recibió la muerte de garrote que se le dió en su prisión con ánimo sereno, á los 75 años de edad. Su cadáver fué conducido á la plaza principal, donde amarrado al poste del banquillo, le cortaron la cabeza, mientras el pregonero anunciaba la sentencia que don Hernando Pizarro mandaba ejecutar á nombre del rey.

Apenas tuvo noticia de la ejecucion de Almagro, el Gobernador Pizarro se puso en marcha para el Cuzco, haciendo ostentación del más profundo dolor. Sin embargo, entró en la Capital como vencedor, con gran aparato militar, y en todos sus actos trató con el más altanero desprecio á los partidarios de su antíguo sócio y amigo.

Hernando Pizarro entregó á su hermano el mando de la Ciudad, y despues de haberle aconsejado que desconfiara de los almagristas, y de haber reunido sus nuevos tesoros, se puso en marcha para España, con el objeto de informar al rey sobre los últimos sucesos del Perú.

Cuando estos sucesos se producían, el Gobernador Pizarro había dispuesto que se suspen-



El Adelantado Don Diego de Almagro fue preso, y por orden de Hernando Pizarro hecho su proceso, sentenciado á muerte, y justiciado. Fig. 20.

diera la salida de todo buque de los puertos del Perú, para evitar que llegase á las otras colonias la noticia de la guerra civil y del proceso de Almagro; pero estas precauciones fueron ineficaces, porque todo se divulgó, quizá por medio de pequeñas embarcaciones, en alguna de las cuales desapareció del Cuzco en el dia de la ejecución de Almagro, el capitán Diego de Alvarado, para reaparecer en Panamá y luego en España, como acusador de las infamias y de los crímenes que había presenciado.

Hernando Pizarro, que era precavido, y temiendo ser maltratado en las colonias del tránsito, se dirijió á la costa de Méjico, creyendo que este rodeo lo salvaría de toda persecución; pero allí mismo lo precedió la noticia de sus atrocidades; fué preso, y solo por falta de jurisdicción se le permitió seguir viaje á su pátria.

A su llegada á España se encontró con el capitán Diego de Alvarado, el cual lo emplazó á un combate singular, «pero todo lo atajó, dice el cronista Herrera, la repentina muerte de Alvarado, que sucedió luego en cinco dias no sin sospecha de veneno».

En Valladolid, donde estaba la Córte, fué recibido con mucha frialdad, y á los pocos dias fué preso en el Alcázar de Madrid, y en seguida trasportado á un castillo de Medina del Campo, donde quedó olvidado y sepultado en vida, hasta que el rey Felipe II lo mandó poner en libertad cuando ya nadie recordaba los sucesos en que había intervenido. (1)

Apoderado del gobierno de todo el Perú, Pizarro se contrajo á organizar la administración de sus dominios, á terminar la conquista, á fomentar el descubrimiento de minas y el comercio, aprovechando el gran número de aventureros que venían de todas partes á buscar fortuna, en la fundación de nuevas ciudades. De esta época datan Guamanga, Charcas y Arequipa.

Su hermano Gonzalo emprendió entonces la memorable expedición á las regiones orientales, en la que los españoles, en lucha con la Naturaleza, hicieron verdaderos prodigios de fortaleza, de abnegación y de perseverancia.

Pero Pizarro era rencoroso é intransigente, y mantenía á los que no habían seguido su partido desheredados de toda participación que les fuera ventajosa en la vida social. Los del bando de Almagro habían quedado arruinados, y se les ponían toda clase de trabas para que no saliesen de esa penosa situación.

Habíase recibido la noticia de que Cárlos V había nombrado un comisionado régio con facultades para asumir el gobierno del Perú, apaciguarlo y organizarlo regularmente, y esta noticia, llenando de halagüeñas esperanzas á los oprimidos, los contuvo, paralizando el golpe que ya tenían resuelto y preparado.

Pero poco despues se supo que el comisionado régio, don Cristóbal Vaca de Castro, había naufragado, y la impaciencia de los conjurados no les permitió esperar ni averiguar más.

El domingo 16 de junio de 1841, despues de medio dia, Juan de Rada y diez y ocho de los conjurados, salieron de la casa de Almagro armados de piés á cabeza, y se dirijieron á la casa del Gobernador gritando: «¡Viva el rey! ¡Muera el tirano!»

Los otros conjurados habían ocupado la entrada de la plaza para que Pizarro no pudiera ser socorrido, y Rada y sus acompañantes penetraron en la casa del Gobernador antes de que se les pudiera oponer resistencia, llegando con poco esfuerzo á la puerta del salón en que éste se encontraba. Pizarro se había puesto precipitadamente una coraza, y teniendo una capa en su brazo izquierdo y una espada en la otra mano, se precipitó sobre los conjurados luchando con una destreza y un esfuerzo dignos de sus mejores años. Muertos tres de los que lo defendían y atacado por todos lados, resistió por algunos momentos más, pero herido en la garganta cayó al suelo, y pedía confesión, cuando le descargaron un golpe en la cabeza que concluyó con su vida.

Con las espadas teñidas en la sangre del Gobernador, salieron del palacio los conjurados, gritando «Muerto es el tirano, viva el rey, póngase la tierra en justicia; viva Almagro». La audacia de los conjurados y la desaparición de Pizarro, que no tenía sustituto, al menos entre los que estaban en Lima, animó á los almagristas que se habían mostrado prescindentes, y reunidos cerca de trescientos, proclamaron Gobernador del Perú al jóven Almagro; al mismo tiempo saqueaban el palacio y otras casas, tomando en éstas noventa mil pesos, y cien mil en las habitaciones de Pizarro; la Ciudad se llenó de espanto y confusión; amenazaban con venganzas fero-

(1) Hernando Pizarro gozó de esta libertad por mucho tiempo, pues murió cumplidos cien años. Casó con doña Francisca, hija natural de su hermano el Gobernador, y su nieto obtuvo el título de *Marqués de la Conquista*.



EL MARQUEZ DON FRANCISCO PISARRO de Truxillo.
Fig. 21

ces; lloraban las familias de los perseguidos. y eran muchos los que temían por sus personas ó por sus haciendas.

En este trance, los religiosos de la Merced salieron con el Santísimo Sacramento en solemne procesión, y se ordenó por bando, bajo pena de la vida, que los vecinos se retirasen á sus casas. Esto restableció la calma, y depuestos los alcaldes ordinarios que no eran del partido triunfante, fué reconocido á las dos de la tarde por el Ayuntamiento y los oficiales reales el nuevo Gobernador, que se instaló en palacio despues de pasear la Ciudad á caballo al son de clarines y trompetas.

El nuevo Gobierno, nacido del asesinato alevoso, no podía esperar que se reconociera la legalidad originaria de la autoridad de que se investía por medio de ese crímen execrable; y no esperándolo, trató de imponerse por la fuerza, que era, por otra parte, el credo y la Ley de los aventureros de la conquista.

Fué, pues, su primer cuidado, alistar un ejército. Los que siempre habían seguido el bando de Almagro; los que por diversos motivos estaban enemistados con Pizarro; la gente perdida que acudía al Perú por la fama de su riqueza ó por la licencia de las costumbres; muchos que aspiraban á mejorar sus repartimientos y otros fáciles de contentar con pequeñas dádivas, proveyeron el contingente de soldados; echando mano de los quintos del Rey y de los bienes de difuntos, y ausentes se hicieron de los fondos que necesitaban; los vecinos de Lima, de grado ó por fuerza, dieron armas y caballos.

Para facilitar el reconocimiento de la nueva autoridad, se prometió gobernar en paz y con justicia; se procuró ganar á los tenientes de Pizarro; se amenazó con la fuerza, y no se escasearon ejemplares sangrientos de la mala suerte que podía caberles á los que rehusasen satisfacer los pedidos del Gobierno, ó se dispusiesen á contrariarlos.

Cortaron la cabeza al Secretario de Pizarro, Picado, porque ni á buenas ni en el tormento descubriera los supuestos tesoros del Marqués; el camarero Alfonso de Cabrera, que con otros amigos se proponía vengar á su amo, fué condenado á muerte con dos compañeros; igual suerte corrieron un tal Orchuela, recien venido de España, porque vaticinó que aquella situación duraría poco, y el capitán Chaves, porque resentido por su desaire, había manifestado que dejaba de ser amigo.

Trujillo, Huamanga y Arequipa se sometieron expontáneamente; San Miguel, porque no pudo resistir á la tropa con que marchó García Alvarado á asegurar las colonias del Norte; y el Cuzco, cuyos principales vecinos estaban ausentes ó querían ganar tiempo, hubo de ceder al motin provocado en favor del nuevo Gobernador por los padres de la Merced, y por unos ochenta de los vencidos en las Salinas.

Al mismo tiempo, y en descargo del asesinato, se presentaba el trágico fin del Gobernador como un acto de la Divina Providencia. «Dios, decían, había permitido que el culpable recibiera una herida mortal cuando los amigos de la justicia solo fueron á prenderlo para salvar sus vidas y para-



ESTANDARTE REAL

QUE TREMOLÓ PIZARRO EN LA CONQUISTA DEL PERÚ (Fig. 22.)

tenerle á disposición del Comisario Régio», y declinando en estos términos la responsabilidad de la muerte de Pizarro, solicitaron de la Audiencia establecida en Panamá la confirmación del Gobierno interino de Almagro que, reconocido por los oficiales reales, por el Ayuntamiento y por todo el país, había contenido las pasiones desencadenadas.

Difícil era que la Audiencia se considerase competente para otorgarle al nuevo Gobierno del Perú la absolución y confirmación que se le solicitaba, y aún en el caso de que ella se creyera competente, que estableciera por acto suyo que los que en asonada pública y al grito de «muera el tirano!», asaltasen á mano armada la residencia oficial del Gobernador, y enrojecieran en su sangre las espadas desnudas que llevaban y contra él esgrimieron, estaban libres de la responsabilidad de esos hechos, desde que *Dios los había permitido*, ó, lo que es lo mismo, porque no lo había impedido, puesto que esa jurisprudencia sería la impunidad de todos los crímenes que se cometieran en la tierra, ó, lo que es lo mismo, la supresión de la justicia humana.

Y si no podían esperar lo que solicitaban de los tribunales de justicia, mucho menos podían esperar ni siquiera la tolerancia del Comisario Régio, Vaca de Castro, que, salvado del naufragio de la nave que lo conducía, asumió el carácter de Gobernador que le daban las credenciales reales, al saber la muerte de Pizarro. En ese carácter fué reconocido por Benalcazar, que gobernaba en Popayan, y sucesivamente por otros jefes y autoridades que se pusieron á sus órdenes.

Imposible era que el representante del Rey, á quien todos los vasallos podían elevar sus quejas y de quien todos debían esperar la justicia que les fuera debida, les reconociera el derecho de hacérsela por sus manos, menos aprisionando, deponiendo ó matando á los que bien ó mal ejercían el Gobierno en nombre del mismo Rey.

Pronto advirtieron que el crímen que los había llevado al Gobierno, fortificaba moral y legalmente á sus adversarios, y que él no tendría más justificación ni más perdón que el que desgraciadamente impone de hecho la preponderancia de la fuerza material, y desde luego se decidieron á aumentar la suya, y á obrar con rapidez para dispersar á la que tenían ó reunían sus adversarios.

Con este propósito salió Almagro de Lima en la dirección de Jauja; pero allí sobrevinieron dificultades imprevistas que impidieron el éxito del plan que iba á ejecutarse.

Saavedra, Gomez de Alvarado y otros jefes que no estaban por la guerra, se retiraron: Rada, que era el hombre necesario en el consejo y en la acción, enfermó y poco despues murió; los capitanes García de Alvarado y Cristóbal Sotelo se disputaban la dirección de la campaña, esforzados ambos y experimentados en la guerra, pero celosos el uno del otro hasta el último extremo. Además, García Alvarado era un mozo de veintinueve años que á nadie temía ni á nadie respetaba, y perjudicaba igualmente á contrarios y amigos con su presunción y desenfreno.

Peralizadas ó desorientadas por esos motivos las operaciones, las fuerzas de Almagro no pudieron dar alcance ni á las de Holguin, que llegó á aproximarse á Jauja, ni á las de Alonso de Alvarado; y estos dos jefes se incorporaron, en el campo del comisionado real, á otros que ya se encontraban allí, ó por ser partidarios de Pizarro, ó por hacer acto de lealtad ó de obediencia á la autoridad real.

Las circulares del comisionado, dirijidas á los Ayuntamientos, llegaron al Cuzco y á Lima, y las dos ciudades acataron la autoridad real en la persona de Vaca de Castro.

En esta situación, Almagro intentó enviar á Lima á García de Alvarado, á quien había nombrado su Capitán General, pero desistió de este propósito recelando que la violencia de los suyos en la Ciudad de los Reyes hiciera más difícil toda reconciliación con la autoridad real.

Tomó pues, el partido de abandonar á Lima, que no pertenecía á la jurisdicción del Gobierno, que él creía haber heredado de su padre, y de ocupar el Cuzco, Capital de la Nueva Toledo, donde podía hacer pié firme y defenderse como autoridad legítima.

Trasladado Almagro al Cuzco, allí estallaron con mayor fuerza las rivalidades que habían dificultado las operaciones de su ejército: la discordia entre Alvarado y Sotelo se había convertido en ódio mortal, y cada uno de ellos tenía partidarios animados de igual encono. El primero entró

en casa de Sotelo, y habiéndole provocado á un desafío, no obstante hallarlo muy enfermo, lo hizo asesinar allí mismo por uno de los que lo acompañaban.

Almagro, que sentía doblemente este atentado por su afecto á Sotelo, y por el desacato hecho á su autoridad, hubo de tolerarlo, temiendo mayores males; pero Alvarado, á quien no se ocultaba la mala voluntad de su jefe, resolvió asesinarlo, asumir el mando y entrar en transacciones con Vaca de Castro.

Súpolo Almagro, y por su órden fué asesinado Alvarado.

Como si al ordenar esa muerte, que se hizo á su vista, algun esfuerzo supremo hubiera despertado ó libertado las dotes y las energías personales adormecidas ó comprimidas por la tutela en que se había educado y gobernado, el jóven Almagro desplegó desde ese dia condiciones de mando que nadie había esperado. Reveló tanta energía como previsión, sofocó los gérmenes de discordia, imponiéndose á los mismos amigos de Alvarado, reunió á su partido, y se preparó á combatir bajo los mejores auspicios.

Candía y otros hábiles griegos fabricaron diez y seis cañones, ocho de ellos de grueso calibre y ocho de los llamados falconetes: con una mezcla de plata y cobre se forjaron armas tan bien templadas como las de Milan; el Inca Manco facilitó expontáneamente un gran número de las que había tomado desde el principio de su levantamiento, prometiendo además un cuerpo de indígenas á las órdenes de su hermano Paulo.



Fig. 23

Sin contar con estas fuerzas auxiliares, disponía Almagro de quinientos buenos soldados, doscientos de ellos de á caballo, bien montados, cubiertos de cota de malla y la mayor parte veteranos de su padre, y los otros trescientos arcabuceros y parte alabarderos perfectamente equipados. El azufre abundante de las cercanías había permitido fabricar la pólvora necesaria. El tesoro estaba bien provisto merced á las minas de Porco y á los bienes que se habían tomado á los vecinos de la Plata.

Apesar de la importancia de su poder militar, Almagro no desconoció lo mucho que aventuraba al hacer armas contra el enviado del Rey; y queriendo tentar primero la via de las negociaciones, escribió á Vaca de Castro «que sus intenciones no eran disputarle el Gobierno de Nueva Castilla, sinó el de conservar el de la Nueva Toledo como su legítima sucesión, mientras el Rey no ordenare otra cosa». Á esta comunicación, que estaba redactada en el lenguaje más respetuoso, contestó Vaca de Castro de un modo perentorio, insistiendo en que Almagro disolviese su ejército y le entregase los asesinos de Pizarro como el único medio de asegurar su propio perdón.

Estos términos excluian todo avenimiento, y Almagro hizo saber á sus tropas que iban á hacer la guerra, no contra el Rey, sinó contra un comisionado que excediéndose de sus facultades, pretendía despojarlos de sus derechos adquiridos. «Siempre leales y fieles, exclamó, matamos al Marqués para tomar por nuestras manos la justicia que se nos negaba; de igual suerte la sangre que ahora se derrame caerá sobre la cabeza del ambicioso Vaca de Castro que nos obliga á defender lo que es nuestro».

Esta era la opinión de todos los suyos; pero á fin de ligarlos más, se procedió á reconocer al Gobernador de Nueva Toledo de la manera más solemne; se leyeron las provisiones en que se señalaba la jurisdicción del viejo Almagro y se le autorizaba á nombrar su sucesor, conforme á las que había legado á su hijo el Gobierno de Nueva Toledo: luego se levantó en el campamento un altar, y puestas las manos sobre la cruz, juraron todos morir en defensa de su amado caudillo.

Mientras así se organizaban y aprestaban para la guerra en el campo de Almagro, escenas semejantes ocurrían en el de Vaca de Castro, el que, haciendo valer el título real que le autorizaba para ocupar la vacante de Pizarro, pidió auxilios á todos los capitanes de las provincias vecinas y diligenció, por medio de agentes, el reconocimiento de su Gobierno en todo el Perú.

Llegáronle voluntarios de todas las cercanías y Pedro Puelles, que mandaba en la Ciudad de Quito, por ausencia de Gonzalo Pizarro, le presentó su gente. Algunas herramientas que se hallaron enterradas fueron transformadas en cien arcabuces; de espadas viejas, ballestas y herraduras quebradas se hicieron más de trescientos hierros de picas; y por cuanto los almagristas decían que no se les podía vencer sinó trayendo de España cuatrocientos caballos aderezados, se puso toda diligencia para formar algunos escuadrones.

El letrado Gobernador, desagradado porque Belalcazar había favorecido la fuga de Pedroso, asesino de Pizarro, le separó enérgicamente de su campo apesar de su importancia militar, y por auto irrevocable lo hizo volver á Popayan; y habiendo llegado Pedro de Vergara con los expedicionarios de Jaen, resolvió dirijirse á Huaran con las fuerzas que tenía, para incorporar las de Alonso de Alvarado y Pedralvez Holguin, que allí le esperaban.

Estos dos capitanes, como los de Almagro y todos los de la conquista, estaban divididos por rivalidades y ambiciones de mando, y para ahogar en su gérmen discusiones tan peligrosas, Vaca de Castro los redujo de buen grado á deponer sus pretensiones, y para conservar la unidad de acción y el prestigio del poder real de que estaba investido, asumió personalmente la dirección suprema de la campaña militar, en la que, aunque extraño al arte de la guerra, se condujo como si su única profesión hubiere sido la de las armas.

Asumido el mando, envió el grueso de sus fuerzas al valle de Jauja, y se dirijió con un pequeño destacamento á Lima, donde fué recibido con entusiasmo. Allí obtuvo por préstamos del comercio, donativos de los vecinos y algun dinero confiscado, los recursos pecuniarios más indispensables, y que administrados con singular economía, sirvieron para comprar muchos útiles de guerra, para favorecer á muchos soldados, y para vestir á la gente de Vergara, que entre sus lucidos compañeros del Cuzco y Chachapoyas se avergonzaban de los harapos de la montaña. Se consiguió recojer las armas y caballos que habían escapado á la rigurosa requisición del enemigo y muchos encomenderos, inclusos algunos partidarios del viejo Almagro, se alistaron bajo la bandera real. Vaca de Castro sabía atraerlos con dádivas ó con promesas, recordándoles á todos la fidelidad que al Rey debían, y aproximándose mucho al campo enemigo, se apresuró á reunirse con las fuerzas de Jauja: en este valle recibió una carta de Gonzalo Pizarro que acababa de regresar, ofreciéndole sus servicios, pero sin dejar de agradecer su buena voluntad, le aconsejó que permaneciera en Quito descansando hasta que las circunstancias hicieran necesario su venida al ejército: formó dos compañías nuevas y dió el mando de los arcabuceros al bachiller Juan Velez de Guevara, tan dispuesto para las letras como para las armas.

Preparadas las operaciones decisivas, para amedrentar á los contrarios que recelasen incurrir en el enojo del Rey, promulgó á su nombre un auto por el cual sentenciaba inapelablemente á los rebeldes, á la pérdida de vida y haciendas, de conformidad con la Ley tercera, título treinta, de la segunda Partida; y para alentar á los suyos, prometió recompensar con *repartimientos* valiosos, á los que más se distinguieran en el servicio real.

Y despues de algunos dias perdidos en inútiles tentativas de un avenimiento, que en los términos en que estaba colocada la cuestión era imposible, y en intrigas de mala ley para obtener defecciones, se movieron los dos ejércitos, y en la tarde del dia 16 de Septiembre de 1542 se encontraron en la llanura de Chupas, cerca de Huamanga.

El de Almagro con 700 hombres: doscientos de infantería, doscientos cincuenta de caballería, y los demás armados de lanzas, espadas, alabardas y picas, todos con corazas. Tenía además una poderosa artillería y el cuerpo auxiliar de indígenas del Inca Paulo, hermano de Manco.

El de Vaca de Castro tenía igual fuerza númerica; ciento sesenta fusileros: trescientos cincuenta de caballería, y el resto armado de picas, alabardas, etc. solo tenía tres cañones pequeños.

Almagro había tomado una posición ventajosa y que su superior caballería hacía inexpugnable; pero él no tenía la experiencia de la guerra y sus jefes eran inferiores á los de su enemigo.

El de mayor experiencia y astucia entre los de Vaca de Castro, era Francisco Carbajal, que en Europa había servido con distinción á las órdenes del Gran Capitán, y que, apesar de ser setentón,

conservaba todo el vigor y la agilidad de la juventud. Este oficial demostró á los jefes valerosos dispuestos á atacar la posición de Almagro, de frente, arrostrando á pecho descubierto el fuego de los cañones, que esa heroicidad sería un desastre irreparable, al paso que si, evitándose los estragos de la artillería, se flanqueaba al enemigo, podría obligársele á abandonarla, y á librar la batalla en condiciones menos favorables para él.

Este parecer, que desde luego tuvo la aceptación del prudente Vaca de Castro y despues del arrojado Alvarado, se practicó tomándose el partido de hacer desfilar las tropas á cubierto por una encañada que iba al través, y por donde no podían ser ofendidos por las balas de los cañones.

El éxito de esta operación fué completo, porque viendo Almagro que su enemigo maniobraba fuera del alcance de su artillería pesada, y podía alejarse ó elejir una ventajosa posición, abandonó la suya, saliendo á su encuentro y trabándose la batalla.


Gabriel de Rojas General de la Artilleria.

Fig. 24

Fué ésta reñida y estuvo por mucho tiempo indecisa, pero una carga dada por Vaca de Castro en persona, decidió la victoria en su favor al acercarse la noche.

El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres y de heridos que muy pronto fueron muertos, porque los indígenas, auxiliares de Almagro, que se dispersaron á los primeros tiros que les hicieron los arcabuceros, regresaron por la noche á recojer su botin, y para despojarlos de las armas y de los vestidos, los mataron, haciendo lo mismo con los fugitivos que se internaron en las tierras.

Por estas circunstancias, de los mil cuatrocientos hombres de que contaban los dos ejércitos, solo quedaron con vida seiscientos cincuenta!

Al siguiente dia, los vencedores enterraron á los muertos despues de haber saqueado el campo enemigo, donde hallaron bastante oro y plata.

Pronunciada la derrota, el jóven Almagro, en el extremo de la desesperación, se arrojó en medio de sus enemigos, espada en mano, para recibir en el campo de batalla la muerte que le esperaba en el patíbulo. Durante un gran rato, luchó él solo contra muchos, dando la muerte á varios oficiales, sin que por casualidad ninguno acertase á herirle, hasta que ya enteramente rendido su brazo se resolvió á huir en la dirección del Cuzco, donde todavía podría resistir con los elementos que allí había dejado; pero allí le esperaban los desengaños inseparables de la desgracia, en las épocas en que imperan los egoismos personales, y los mismos alcaldes á quienes había confiado la defensa de la Ciudad, viéndolo solo y derrotado, para congraciarse con el vencedor, lo prendieron á traición y lo encerraron en cárcel segura.

Por su parte Vaca de Castro avanzó resueltamente en persecución de los fugitivos y penetró en la Ciudad del Cuzco, donde fué recibido no solo con la pompa del triunfo, sinó tambien con la apostura y el fausto de un jefe supremo que pretende realzar á los ojos de la muchedumbre la dignidad de su cargo.

Los asesinos de Pizarro, y otros treinta prisioneros, la mayor parte de ellos oficiales, sufrieron la última pena, y cuarenta condenados á destierro fueron mutilados de una ó más extremidades.

La sangre de Almagro, cuyo nombre era la bandera del partido vencido, es la última que enrojece los laureles del vencedor de Chupas.

Era Almagro un jóven de veinte y cuatro años; cabalgaba con mucha bizarría; manejaba las armas con destreza; excedía en instrucción á sus compañeros de guerra; tenía propósitos elevados, la franqueza, la generosidad y la valentía de su padre, y era el primer *mestizo* que llegaba á gobernar y mandar ejércitos, demostrando por todas sus dotes personales que no era cierto que la raza española degenerase por la mezcla de su sangre con la de los indígenas del nuevo mundo. Habíase lanzado al crímen por la pasión menos vituperable, y caído en otros excesos por las influencias del medio social en que se había educado y en el que actuara.

Condenado á muerte, representó á Vaca de Castro que nunca había pensado en faltar al Rey, sinó en sostener sus propios derechos, y no concediéndosele apelación de la sentencia ni encontrando misericordia sobre la tierra, apelaba á la justicia divina.

Los últimos momentos del jóven Almagro fueron dignos de un guerrero cristiano: recibidos devotamente los auxilios de la religión, pidió que su cadáver fuese sepultado en la misma fosa donde yacían los restos de su padre: al marchar al patíbulo protestó contra los que por pregón público lo acusaban de traidor; yá con el cuchillo al cuello pidió que no le cubriesen el rostro porque deseaba ver hasta el último momento la efigie del divino Redentor, y obligado á admitir el velo, entregó humilde su cabeza al verdugo.

Cuando en la plaza del Cuzco caía la cabeza del último representante de los gobernadores de la conquista, ya, en la noche de la batalla de Chupas, cuando los fugitivos del ejército de Almagro eran muertos por los indígenas que acababan de ser sus aliados, había sido asesinado (se supone que en represalias por alguno de los refugiados españoles) el Inca Manco Capac, último de los emperadores peruanos.

Al mismo tiempo que desaparecía el emperador, se disipaban las ilusiones en que él había fundado su política, que consistió, desde que se encendió la guerra civil entre los españoles, en auxiliar al más fuerte, para que se debilitasen y destruyesen recíprocamente.

Esperaba que al fin su número se reduciría tanto que fácil le sería exterminarlos y recuperar el perdido imperio.

Pero el número de españoles se aumentaba progresivamente en proporciones muy crecidas, y los recursos y la autoridad del Rey se manifestaban tan poderosos y eficientes que el triunfo del Comisionado Régio sobre el ejército más poderoso de los conquistadores lo desengañó y desalentó profundamente. Todos los suyos compartían el desaliento que lo dominaba en su última noche, y esto los predisponía para el sometimiento inevitable.

Vaca de Castro adelantó la conquista por las armas en los territorios á que no había llegado ó en los que todavía era resistido á mano armada: facilitó por medios benéficos ó persuasivos la sumisión de los indígenas dominados, y asentó alguna de las bases de una sociedad regular, reprimiendo á los soldados acostumbrados á todas las licencias, imponiendo sus voluntades por la ley de la espada; reglamentó los servicios urbanos de las ciudades; fomentó el trabajo y la industria, refrenó los excesos del juego y los desórdenes del comercio; prohibió la traslación de los indígenas á lugares insalubres, y cortó otros abusos destructores que eran habituales, y, por fin, prohibió la venta de encomiendas que, de hecho, era la venta de los indígenas. Esta última no era más que un homenaje aparente al principio de la libertad humana consignado en las mismas leyes que autorizaban las encomiendas y los repartimientos que condenaban á los indígenas, libres en principio, al trabajo forzado que era la esclavitud, de hecho. Cuando el Gobernador Vaca de Castro prohibía la transferencia de las encomiendas en forma de compra-venta, él mismo creaba nuevos encomenderos y les repartía millares de indios como premio y recompensa de los servicios prestados á la autoridad real.

Restablecida la paz y la tranquilidad, perturbadas por los anteriores desórdenes y contiendas civiles, el Gobernador quiso definir la posición de Gonzalo Pizarro, que se encontraba en Lima, y que tal vez creía que el Gobierno del Perú era propiedad de su familia. Tratándolo con suma

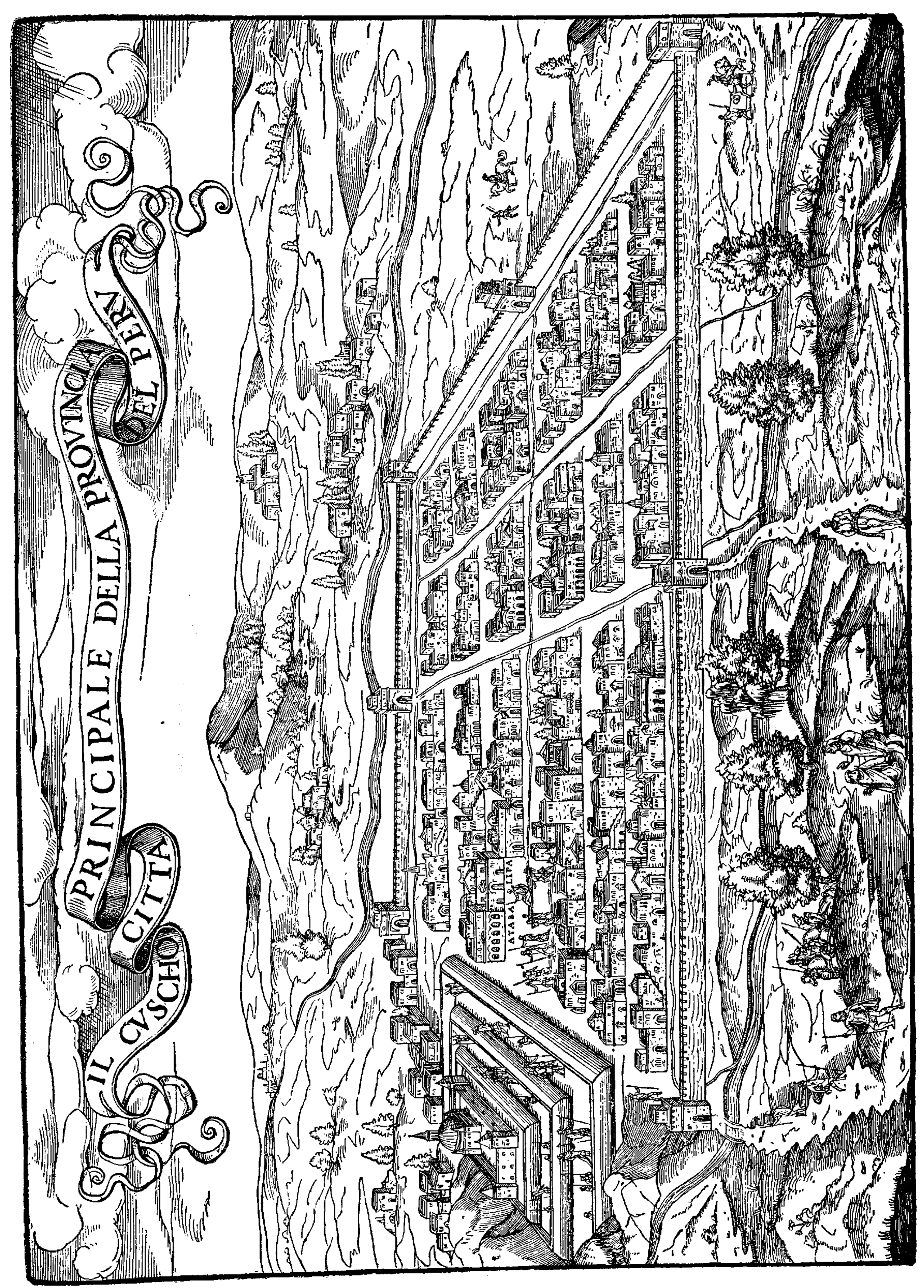


Fig. 25.

cortesía y urbanidad, le hizo entender desde luego que no había ni habría más Gobierno que el del Rey, que lo ejercía por medio de los delegados de su elección, lo que no les dejaba á los conquistadores derecho alguno ni posibilidad de continuar interviniendo en los negocios públicos. La habilidad y la firmeza con que esto fué dicho, imposibilitaba toda observación, y Pizarro sometiéndose á la supremacia del Rey, se retiró pacíficamente á Charcas, donde tenía inmensas propiedades territoriales, en las que principiaba á beneficiar riquísimas minas.

Así quedó consumada la conquista del Perú, cerrado el período del Gobierno de los conquistadores, y establecido el de los delegados amovibles de la autoridad real. (1)

IV

La conquista española en toda la grande extensión del nuevo mundo que abarcó, tuvo los mismos objetivos, los mismos medios y los mismos resultados.

Ella fué emprendida ó realizada por rudos aventureros, cuyos únicos propósitos y fines eran la adquisición inmediata de las riquezas auríferas; y estos hombres animosos, dotados de fuerzas y resistencias físicas imponderables, no tenían más ley ni más medios que los de la fuerza material.

Puestos en contacto con tríbus nómadas ó rudimentarias, cuyos brazos necesitaban para arrancarle á la tierra el oro que ambicionaban, recurrían al terror, y como Ovando en las Antillas, quemaban por docenas á los caciques que no les sometían sus tríbus, y exterminaban tríbus enteras, matando á hierro y fuego á millares de hombres desnudos é inermes ante la coraza, las alabardas y arcabuces de los conquistadores.

Cuando internándose audazmente en imperios civilizados con fuerzas numerosas organizadas, impulsados por la avaricia y en pós de los fabulosos tesoros de esos países se colocaban, con un heroismo digno de los más puros y encumbrados ideales, en la imposibilidad de retroceder, como Cortés en Méjico, quemando sus naves, y Pizarro en el Perú, encerrándose entre los peñascos y precipicios de los Andes, recurrieron sin escrúpulo al engaño, á la felonía, á la traición, á todas las abominaciones morales.

En la conquista de Méjico, Cortés adormeció al emperador Motezuma, que le recibió benévolamente, con alevosía lo aprisionó despues, preso obtuvo que los mejicanos lo obsequiaran con enormes cantidades de oro y de plata y con otros objetos de mayor valor para ellos, y, por fin, le creó una posición que lo condujo á morir apenado, desesperado.

Un teniente de Cortés, Pedro de Alvarado, se inquietó por unos, al parecer, síntomas de insurrección en la población de Méjico, y para tranquilizarse, aterrorizando, aprovechó un dia de fiesta solemne en el templo, rodeó todas sus avenidas para evitar la fuga, y cargó, sable en mano, sobre los indígenas desarmados. El Obispo Las Casas computó en dos mil el número de asesinados, y el cronista Oviedo dice que «la sangre corría por el suelo, como el agua cuando llueve mucho».

A la matanza se siguió el saqueo y la profanación del templo.

---

(1) Para la narración que dejo hecha, he consultado los cronistas primitivos de la conquista, y entre muchos de los historiadores modernos, á Muñoz, Prescott, Barros Arana, Llorente y Pagador. De éstos he tomado los hechos que me han parecido mejor averiguados ó comprobados, copiándolos con la misma redacción de esos autores, cuando la he encontrado correcta y armonizable con la mía.

Pero si he tomado de esos libros los hechos que no he podido estudiar en los elocuentes originales que guarda el Archivo de Indias, los he tomado solo como simples materiales, dándoles la colocación que mejor cuadraba á mi propósito. y estudiándolos, presentándolos y juzgándolos moral, social y políticamente con mi criterio personal.

En el Darien el Gobernador Pedrarias procedía con Vasco Nuñez de Balboa, descubridor del Mar Pacífico, como los Pizarros con Almagro.

El Obispo Fonseca, con el deseo de poner término á las rivalidades de esos dos hombres, que traían dividida é inquieta aquella población, logró persuadir á Pedrarias de que más le valía hacer suyo de una vez á Balboa, casarle con una de sus hijas, y ayudarle á seguir la carrera brillante que la suerte al parecer le destinaba. Mozo, hijodalgo, y ya Adelantado, era un partido conveniente á su hija, y él podría descansar en su vejez dejando en las manos robustas de su yerno el cuidado y estrépito de la guerra. Concertáronse, pues, las capitulaciones, el desposorio se celebró por poder, y Balboa fué yerno de Pedrarias y esposo de su hija mayor, doña Maria.

Balboa se contrajo entonces á preparar la expedición para llegar al Perú por el Mar Pacífico, y su situación llegó á ser la más brillante y lisonjera de su vida: tenía cuatro navíos, trescientos hombres, suyo el mar, y la senda abierta á los tesoros de los Incas.

Pero mientras Balboa hacía sus aprestos, sus antíguos enemigos avivaron otra vez las sospechas y el rencor mal dormido de Pedrarias, haciéndole creer que el Adelantado iba á hacerse á la vela apartándose para siempre de su obediencia. Buscáronsele cómplices entre los amigos suyos que deseaban perderle. Hecha la trama, recibió Balboa una órden de Pedrarias mandándole que viniese á Acla para comunicarle cosas de importancia necesarias á su expedición.

Balboa acudió al llamamiento de su suegro sin pérdida de momento, y apenas llegó fué aprisionado. Pedrarias vino á su encierro, y dióle todavía el nombre de hijo, y le consoló diciéndole que no tuviera cuidado de su prisión, pues no tenía otro fin que satisfacer á Alonso de Puente y poner su fidelidad en limpio.

Pero la verdad era que todos sus antíguos ódios se habían reanimado, y que había resuelto sorprender á su víctima y sacrificarla. Así es que, estando el proceso suficientemente fundado para la ejecución sangrienta á que aspiraba, volvió á verle y le dijo con semblante airado é inflexible: « Yo os he tratado como hijo, porque creí que en vos había la fidelidad que al Rey, y á mí en su nombre debiades. Pero ya que no es así, y que procedeis como rebelde, no espereis de mí obras de padre, sinó de juez y de enemigo ».

Contestóle Balboa: « Si eso que me imputan fuera cierto, tenía á mis órdenes cuatro navíos y « trescientos hombres que me amaban, y me hubiera ido la mar adelante sin estorbármelo nadie. « No dudé como inocente venir á vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuese para « verme tratado con tal rigor y tan enorme injusticia ».

Sentenciado á muerte, sin admitírsele la apelación que interpuso para el Emperador y Consejo de Indias, sacáronle de la prisión, publicando á voz de pregonero que por traidor y usurpador de las tierras de la Corona se le imponía aquella pena. Al oirse llamar traidor, alzó los ojos al cielo y protestó que jamás había tenido otro pensamiento que acrecentar los reinos y señoríos del Rey.

No era necesaria esta protesta á los ojos de los espectadores, que llenos de horror y compasión le vieron cortar la cabeza, y colocarla despues en un palo afrentoso. Con él fueron degollados Luis Botello, Andrés de Valderrábano y Fernando Argüello, todos amigos suyos en viajes, fatigas y destino. Miraba Pedrarias la ejecución por entre las cañas de un vallado de su casa á diez ó doce pasos del suplicio. Vino la noche, faltaba aun Argüello por ajusticiar, y todo el pueblo arrodillado le pedía llorando perdonase á aquel, ya que Dios no daba dia para ejecutar la sentencia. « Primero moriré yo, respondió él que dejarla de cumplir en ninguno de ellos ». Fué, pues, el triste sacrificado, como los otros, seguidos de la compasión de cuantos lo veían y de la indignación que inspiraba aquella deshumana injusticia. (1)

Me limito á estos pocos ejemplos para corroborar la afirmación de que los conquistadores fueron los mismos en todos los lugares del nuevo mundo á que aportaron y ejercieron su acción.

Para condensar en breves términos á la conclusión de este libro, los legados que le dejaban

(1) Quintana—Vidas de españoles célebres.

la conquista á las nuevas colectividades en que iban á coexistir socialmente la raza vencida y la raza vencedora, no puedo dejar de volver la vista á lo que queda en el camino que acabo de recorrer.

Todas las construcciones de la arquitectura incásica se convertían en ruinas: las grandes calzadas del Imperio se derrumban ó desaparecen á la vista, porque, abandonadas las fuerzas naturales que sus piedras comprimían, recuperan el dominio y las ocultan entre los verdes del césped y del follage de su vegetación primitiva; los grandes acueductos obstruidos ú obstruyéndose; los templos, los palacios, los baños, las hosterías, abatidos, despedazados, empleándose sus materiales en habitaciones vulgares; los muros casi ciclópeos, las estupendas fortalezas derruidas ó abandonadas, entregadas á las injurias y á los destrozos del tiempo; ciudades enteras en escombros; provincias despobladas.

Los jardines, los prados, las sementeras, privados de todo cuidado, de todo cultivo, y de la irrigación fecundante, entorpecida ó destruida, han desaparecido, sustituyéndolos las malezas que han resurjido en las arenas del desierto que invaden los terrenos antes labrados. Los tesoros acumulados durante siglos, salteados, arrebatados, han desaparecido tambien, sin retorno, para los pueblos á quienes pertenecían legítimamente.

Con la destrucción del Imperio, cayeron todas sus leyes expresas ó consuetudinarias que determinaban la escala social, y con arreglo á ella, reglamentaban el cambio de servicios, que es el que crea y conserva la vida colectiva. Entre esas leyes, alguna había que le impusiera á la clase menos favorecida la obligación de emplear una parte de su tiempo y de su trabajo en servicio y provecho de la comunidad, pero en cambio las mismas leyes proveían á la alimentación de los inválidos y de los menesterosos. (1)

Abolidas todas las leyes, rompiéronse todos los vínculos y la sociedad se extinguió. Los hombres que la componían quedaron á merced de hombres de otra raza, de otro idioma, de otras costumbres, y que, duros, avaros, crueles, no respetan ni practican otras leyes que las que ellos mismos derivaban de sus voluntades y de sus fuerzas materiales.

La avaricia los conduce á la esclavitud de los vencidos, y éstos ahí quedan en el camino que hemos andado, condenados á servirlos como instrumentos de trabajos penosos y mortíferos ó como béstias de carga.

Si la conquista se hubiere inspirado en los propósitos declarados por los Reyes Católicos y cumplido fielmente la condición expresa de la donación que les hizo la Santa Sede « difundiendo la luz de la religión de Cristo para disipar las oscuridades morales en que vivían los habitantes del Nuevo Mundo », es seguro que las páginas de su historia no estarían manchadas con los crímenes, las atrocidades y las abominaciones en que ha incurrido y que condena, en absoluto, la doctrina cristiana, madre de la civilización moderna.

La doctrina de Cristo, que vino y padeció por regenerar á la humanidad, la arrancó al politeismo que era la manifestación del fraccionamiento del género humano por la diversidad de los dioses del paganismo, en los cuales estaban divinizadas todas las pasiones terrestres, con sus sensualidades, sus flaquezas y sus crueldades, y lo sustituyó por el verdadero Dios, único, exento de todas esas pasiones, cuyas leyes son incruentas, leyes de amor y de misericordia inagotables. Depurando al mismo teismo de Moisés, de toda noción materialista, le dió á la humanidad la unidad del orígen y la inmortalidad de las almas.

Desde que los hombres tienen el mismo orígen, son hermanos; desde que son hermanos, son iguales, y desde que son iguales, tienen los mismos derechos y son igualmente libres; y esta igualdad se complementa por la inmortalidad de las almas, ante la cual desaparecen todas las desigualdades, las inferioridades y las deformidades físicas, desde que en el hombre más mísero y abatido, como en el más fuerte y encumbrado, se encierra un alma inmortal.

---

(1) Las anotaciones del Apéndice contendrán alguna parte del estudio, recientemente hecho por un eminente pensador y publicista español, de la legislación de los Incas á que voy refiriéndome.

Esta doctrina, puramente espiritual, no estaba al alcance de los conquistadores, hombres vulgares que no tenían más preparación religiosa que la que les daban las interpretaciones prácticas del fanatismo, encendiendo hogueras para quemar á los herejes, y provocando la persecución y exterminio de los «perros infieles».

Para el materialismo de estos hombres, Dios era Todopoderoso porque no había fuerza superior á la suya; y, por consiguiente, la primera idea que inculcaron en los indígenas, fué la de que el Dios de los cristianos era mucho más fuerte que los que ellos adoraban. Esta idea hizo camino, como ya lo he dicho, y los indígenas principiaron á creer en la debilidad relativa de sus dioses, desde que el hijo del Sol había sido aprisionado y muerto, los templos profanados y los santuarios abatidos, sin que ni el rayo aniquilase á los sacrílegos, ni la tierra se abriera para tragarlos.

La superioridad de un Dios sobre otros dioses, era el desconocimiento radical del cristianismo, porque era el politeismo.

Despues de Dios venía el Rey Católico, cuya alta investidura era, como había sido la de los Incas, de derecho divino, y á quien el Sumo Pontífice, por autoridad y en nombre de la Iglesia de Jesucristo, había hecho donación de todas las tierras y naciones que los españoles hubieren descubierto ó descubrieren en el Nuevo Mundo.

Si los naturales de estas tierras, las naciones y los gobiernos en ellas establecidos no rinden vasallaje al Rey Católico, su legítimo dueño y señor, se les someterá á viva fuerza, tratándolos y castigándolos como súbditos rebeldes.

En esa forma, sustituida la conquista espiritual por la material, y la predicación evangélica por la violencia de la fuerza bruta, atribuyeron al que dijo: «Mi reino no es de este mundo», la autorización para el salteamiento y el despojo de las propiedades terrestres.

Y por fin, para colmo de estas desnaturalizaciones del cristianismo, les hacen creer á los ignorantes que obraban con la protección divina, descendiendo del cielo cooperadores y auxiliares directos de los hechos de la conquista.

En Tumbes, Pedro de Candía, acometido por un tigre enfurecido, le presenta la cruz, y el tigre se amansa; en la Puná combate San Miguel con el Arcángel rebelde; en Cajamarca, se aterra al ejército de Atahualpa por la aparición de una mujer con un niño en los brazos y de un guerrero con la espada en la mano; el fuego del palacio de Viracocha había sido apagado por las manos de la Vírgen; la misma Madre de Dios había cegado con un polvo sútil á los sitiadores que en una noche de luna pretendieron escalar el Cuzco; y en todos los peligros extremos siempre había combatido al lado de los cristianos el apóstol Santiago, montado en un caballo blanco como la leche.

Así, los míseros indígenas quedaron como estaban, envueltos en la atmósfera de lo sobrenatural, que es la que corresponde á la infancia ó la ignorancia de los pueblos.

Los conquistadores no iluminaron con las luces del Evangelio.

El Padre Valverde, que era en la conquista del Perú el más autorizado representante de la Iglesia, no ejemplarizó jamás la doctrina cristiana, incruenta, fraternal, misericordiosa, caritativa. Al contrario, compartió ó patrocinó todas las violencias y crueldades de los conquistadores seglares, y aun las impulsó, como en Cajamarca y en la sentencia de muerte de Atahualpa, que se manifestó dispuesto á firmar para que no dejara de pronunciarse.

Por la diversidad del idioma, las costumbres de los indígenas solo podían suavizarse y moralizarse por los buenos ejemplos, y los que dieron los conquistadores estaban bien lejos de merecer este calificativo.

La cristianización se reducía al bautismo, fórmula vana, careciendo el que lo recibía de los rudimentos de la doctrina cristiana. Valverde se la impuso á Atahualpa, que se horrorizaba de morir quemado, ofreciéndole que se conmutaría esa pena en la de garrote.

Las malas costumbres de los indígenas se fortificaban, si es que no empeoraban, por los ejemplos de los conquistadores.

En todo esto no quiero decir que las naciones indígenas comparadas con la española, no mereciesen la calificación, que es siempre relativa, de bárbaras ó atrasadas.

El solo hecho del descubrimiento, que es una gloria hasta ahora no excedida de la nación española, basta para establecer su superioridad inmensa sobre las agrupaciones civilizadas del Nuevo Mundo.

Les era tambien inmensamente superior, por su organización social, su religión, su ciencia, sus artes y su industria.

Pero precisamente por esto, no es posible dejar de ser severísimos con los aventureros que ignorados y cegados por la avaricia, descendieron al nivel de la barbarie.

Los aventureros que expedicionaban á regiones ignotas en busca de mejor fortuna personal, solo daban cuenta al Rey del éxito de la aventura cuando el descubrimiento ó la conquista estaban consumados ó muy adelantados. Por ejemplo, la del Perú solo fué conocida por Cárlos V por la relación que le llevó Hernando Pizarro, acompañada del quinto de los tesoros acumulados para el rescate de Atahualpa.

La España, pues, no tenía sobre los hechos de los conquistadores acción preventiva, y la represiva, que más tarde le cabría ejercer, debilitada por la distancia y contrariada en las nuevas colonias por los hechos consumados y por los intereses y las necesidades que en ellas se habían creado, no podía dejar de ser poco eficaz.

Las disposiciones, siempre renovadas de los reyes, en favor de la libertad y de los otros derechos naturales de los indígenas del Nuevo Mundo, y los pareceres de los teólogos, de los jurisconsultos y de otros españoles de consejo, condenan todas las violencias de los conquistadores; y el Código de Indias, del cual me ocuparé en el libro segundo, prima por su humanidad y por sus sanas previsiones entre los que dictaron las otras naciones europeas para sus respectivas colonias.

Él traza la línea hondísima que separa á la civilización española representada por sus leyes, de la barbarie de la conquista comprobada por los hechos de los conquistadores.

Estos hechos, que no pudieron tener coercitivo alguno, le dieron á la conquista del Nuevo Mundo el carácter histórico que tuvieron en el antíguo las invasiones de los bárbaros, y determinaron las bases orgánicas de las nuevas agrupaciones sociables que ellos dejaron establecidas.

Alucinados por las perspectivas de fabulosas riquezas de fácil adquisición, las naves de la primera expedición colonizadora (segundo viaje de Colón) fueron estrechas para contener á los aventureros que ansiaban llegar á las nuevas tierras donde soñaban enriquecerse sin trabajo, cosechar sin sembrar.

Poco despues, desvanecidos los seductores mirajes del primer viaje de Colón, tocada la realidad, y la realidad era que en las entrañas de las nuevas tierras existían grandes tesoros auríferos, y que la vegetación maravillosa y las espesas capas de humus que las cubrían, probaban su riqueza y su fecundidad agrícola, pero que todos esos tesoros y esas riquezas solo podían obtenerse por el trabajo, abriendo el seno de la tierra por el esfuerzo de los brazos, humedeciéndola con el sudor de las frentes.

A la vista de estos resultados, los aventureros retrocedían y la corriente emigratoria se paralizó del todo, haciendo necesario que se abrieran las cárceles de España, y se indultaran los criminales para proveer á las nacientes colonias de las Antillas, de los brazos que demandaba su propia conservación.

Sin disponer de los brazos de los indígenas, la extracción del oro y el cultivo del suelo era imposible; y en esta situación, como se habrá visto en el relato histórico de los hechos, los conquistadores no retrocedieron ante ninguna violencia ni ante ninguna crueldad para proveerse de los instrumentos humanos de trabajo que les eran indispensables para enriquecerse, y, en algunos casos, para alimentarse.

La reina Isabel, condenando los procederes inhumanos de los conquistadores, no pudo, sin embargo, dejar de reconocer que el trabajo de los indígenas era indispensable para conservar la

ocupación y la colonización de las tierras descubiertas ó que se descubrieren; y con ese convencimiento, para conciliar en lo posible el derecho de los indígenas con aquella necesidad, aceptó y autorizó el término medio de los llamados *repartimientos*, que consistía en imponerles en condiciones razonables el trabajo remunerado.

Pero este real acuerdo, como todos los otros que se tomaron en favor de los indígenas, no tuvieron existencia práctica, y solo sirvieron para dar nombre legal á la esclavitud de los indígenas que siguieron siendo víctimas de las más inauditas tiranías. El trabajo forzado, la esclavitud de los indígenas en diversas formas ó con diversas denominaciones, pero siempre la esclavitud, ha sido la base fundamental de todas las colonias establecidas por los conquistadores.

Éstos, despues los españoles que venían á *Indias*, como entonces se decía, y poco más tarde los que sin salir de la córte obtenían *repartimientos de indios*, eran verdaderos señores y amos de los indígenas que les repartían, ó que ellos mismos se repartían; y esos desventurados esclavos vivían apenados ó morían en las duras labores de las minas, en los lavaderos de oro ó en la labranza de los campos.

Fundadas y radicadas las colonias sobre esas bases, ni las leyes, ni el Gobierno lejano de la Metrópoli podrían restablecer el imperio del derecho, devolviendo su libertad natural á los indígenas, sin desposeer á los españoles en ellas establecidos y sin sustituir el trabajo de esos mismos indígenas, para lo que se requería una fuerza material preponderante en toda la extensión territorial de la conquista y un número de colonos libres que sustituyesen á los esclavos.

No es necesario decir siquiera que todo eso era impracticable, y que, por consiguiente, los hechos consumados, los intereses creados y el régimen político y las teorías económicas de la época, les daban á las colonias españolas en el Nuevo Mundo como bases orgánicas, la servidumbre de los indígenas, los privilegios de casta ó de orígen, y el monopolio industrial y comercial de la Metrópoli.

En cuanto á los indígenas, los no sometidos quedaban en las breñas ó en el desierto como enemigos de las nuevas sociedades; y los sometidos, cristianos en el nombre, idólatras supersticiosos en el hecho, sin conocer más ley que la de la fuerza, ni más respeto que el que ella impone, condenados á la servidumbre, que los mantendría naturalmente dispuestos á la insurrección.

Adherida á la esclavitud existe siempre una revolución latente.

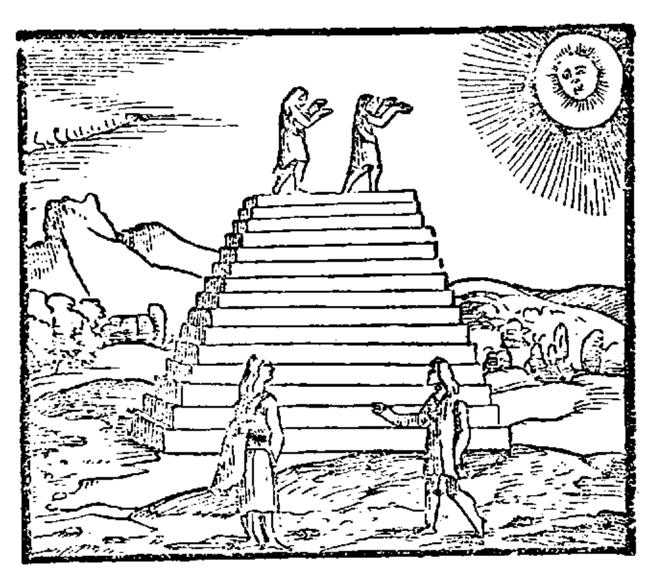


Fig. 26. — Antíguos Peruanos adorando al Sol.